
ESCENA PRIMERA
DE
LA TOLERANCIA,⁽¹⁾

DRAMA Á QUE NO DARÁ NUNCA FIN
EL MALACONSEJADO VATE QUE MUCHOS AÑOS HA EMPEZÓ Á ESCRIBIRLE

DESPACHO EN CASA DE DON VICENTE.

DON VICENTE y DOÑA TOMASA.

Aquél, sentado en una butaca leyendo un periódico; ésta entra agitada y colérica por la puerta del foro.

D.^a TOMASA. ¡Qué bribón! ¡Qué desalmado!
¡Qué!...

D. VICENTE. «La oposición trabaja,
pero en balde.» *(Leyendo.)*

D.^a TOMASA. Está perdido
sin remedio.

D. VICENTE. ¿Quién? «La palma
del triunfo...»

D.^a TOMASA. ¿Quién ha de ser?

D. VICENTE. «El Ministerio...»

D.^a TOMASA. Otra hazaña
del señorito.

D. VICENTE. La misma
canción de siempre. ¡Malhaya!...

(1) El ilustre autor de *El drama nuevo*, de quien hace años nada inédito saborean los amantes de las bellas letras, ha accedido bondadosamente á nuestras reiteradas instancias, y proporcionado á esta REVISTA el honor de publicar la presente bellísima escena de exposición de un proyectado drama, que, para nueva gloria de la escena española, deseamos ver concluído. Reciba, pues, su eminente autor la expresión de nuestra fervorosa, sincera gratitud.

D.^a TOMASA. Amén.

D. VICENTE. No es un ángel.

D.^a TOMASA. ¿Ángel?

Patudo.

D. VICENTE. «La tolerancia...»

D.^a TOMASA. ¿Quiere usted oír?

D. VICENTE. ¿Pues no?

D.^a TOMASA. Entonces... (*Quitándole el periódico.*)

D. VICENTE. ¡Eh, que se rasga!

D.^a TOMASA. Mejor.

D. VICENTE. No es un ángel... tiene faltillas...

D.^a TOMASA. Tiene faltazas.

D. VICENTE. ¡Bah! No tantas ni tan grandes como usted quiere pintarlas. Cosas de chico.

D.^a TOMASA. Eso mismo digo yo; sí. Que se jacta de no haber visto una iglesia por dentro desde la infancia; claro está, cosas de chico.

D. VICENTE. ¡La impiedad! ¡Qué horror! ¡Qué plaga tan funesta! Pero usted se empeña en no ver que cambian los tiempos, que ya no estamos en los de Mari-Castaña, y exige al muchacho ciertas tontunas...

D.^a TOMASA. ¡Si no mirara!... Que de su padre se mofa, que se le sube á las barbas; cosas de chico.

D. VICENTE. ¡Hace mal, muy mal! Pero ¿quién contrasta el espíritu de un siglo?

D.^a TOMASA. Usted, no.—Que no va á cátedra, y un año y otro le dan los maestros calabazas; cosas de chico.

D. VICENTE. Ese lance

que usted deplora con harta razón, á todo el que estudia puede pasarle.

D.^a TOMASA. Necuácuam:
al que estudia, no señor,
al que no estudia le pasa.
Y un chico—preciso—juega,
y si pierde—pues—se entrampa.

D. VICENTE. El ejemplo... la ocasión...

D.^a TOMASA. Y con mujerzuelas anda siempre enredado.

D. VICENTE. ¡Es tan frágil
la naturaleza humana!

D.^a TOMASA. Y ahora, ahora mismo... ¡Tan sólo de recordarlo!... Ahora acaba de pasar en coche abierto por esta calle—¡qué audacia!—por la calle en que usted vive, con esa pícara chata que le corrompe, con esa bailarina, esa madama Rabel... ó Pastel... ó como se llame la condenada. Sin poderme contener, «bribones» dije en voz alta: miran, me ven, y los dos sueltan una carcajada. La Petra estaba conmigo y me cogió de la saya: si no, me tiro sobre ellos desde el balcón.

D. VICENTE. Sí que es ganga el Felipito. ¡Ya, ya!

D.^a TOMASA. ¡Ya, ya! ¿Con esa cachaza la toma usted?

D. VICENTE. No, que voy á darme de cabezadas contra la pared.

D.^a TOMASA. ¡Qué pena que usted se descalabrara!

D. VICENTE. El chico ha salido un poco travieso.

D.^a TOMASA. Un poco.

D. VICENTE. Es desgracia, pero yo...

D.^a TOMASA. Cuando usted iba á emprender la caminata para ser embajador en tierra de la otra banda, y yo acá me vine, á fin de que Eduardo no se hallara sin guía mientras usted fuera estuviese de España, ya le prediqué bastante para que también dejara conmigo á Felipe. Cierto que á mí nada me tocaba el hijo de su primera mujer de usted; pero á causa de esto mismo, yo le habría cuidado con eficacia mayor que á mi propio nieto. Usted no oyó mis instancias, y Felipe se quedó con su tío. ¡Buena alhaja; sí, señor, muy buena! En cuanto le vi con aquella cara de mono triste, y le oí decir dos ó tres cosazas de las que él dice, con tono que parece de campana tocando á muerto, me dió mala espina. Y no fué vana mi presunción. ¡Qué herejote! Y al mismo tiempo ¡qué sátrapa tan largo! Aquí se ha metido y aquí tiene mesa, cama, ropa limpia; y además, le saca á usted con sus trápalas buen dinero. ¿Y en qué estriba

su saber, que á usted le pasma?
 ¡No más que en dudar de todo!
 ¿Qué sabe, Dios de mi alma,
 el que no sabe creer?

D. VICENTE. Por cierto que usted le trata...

D.^a TOMASA. Le trato bien. Todavía
 está su persona intacta.
 Pero todo se andará.
 «¿Conque usted»—me preguntaba
 riéndose anoche—«cree
 que hay infierno?» Tuve calma,
 y—«Para creer»—le dije—
 «que hay infierno me bastara
 con verle á usted, porque á usted
 para diablo ¿qué le falta?»

D. VICENTE. ¡Aciaga suerte! Idolatro
 la paz, y nunca en mi casa
 deja de haber ruido.

D.^a TOMASA. El ruido,
 eso es lo que á usted le enfada.
 Lo demás no importa un bledo.
 Chitito, y siga la danza.

D. VICENTE. Aunque mi cuñado tiene
 ideas... un poco raras,
 si usted no fuera también
 tan extremosa, y no hablara
 tanto de Dios...

D.^a TOMASA. ¿Qué remedio?
 Yo hablo de Dios porque él habla
 contra Dios...

D. VICENTE. Déjele usted
 delirar, y santas pascuas.

D.^a TOMASA. Que nones.

D. VICENTE. ¿Y por qué no?

D.^a TOMASA. Porque no me da la gana.

D. VICENTE. Los cristianos deben ser
 prudentes.

D.^a TOMASA. No papanatas.
 ¿Qué más quisieran ustedes
 que hacer el daño á mansalva,

y llevarnos al pilón
 sin que nadie resollara?
 Habrá paz cuando el modrego
 del cuñadito se vaya
 con la música á otra parte.
 Quién ha tenido más gracia
 para gobernar muchachos,
 si ese Merlín, ó esta zafia
 lugareña, el menos lince
 lo dirá. Mi niño encanta
 por lo humilde y lo juicioso,
 por su conducta sin tacha,
 por su aplicación: Felipe
 es un necio, un tarambana,
 un disoluto, un judío...

D. VICENTE. ¡Agua va!

D.^a TOMASA. Sí, señor, agua
 y alquitrán. Y ello es forzoso
 que hoy mismo, sobre la marcha,
 empiece usted á cambiar
 de método. El mal se agrava
 á ojos vistas, y con paños
 calientes y cataplasmas
 no ha de curarse. Energía,
 rigor. No hay otra esperanza.

D. VICENTE. Los padres intransigentes
 no están ya de moda.

D.^a TOMASA. ¡Calla,
 que hay modas para los padres
 como para las casacas!
 Pues tienen muy linda hechura
 los papás que ahora se gastan,
 muy preciosa.

D. VICENTE. ¡Y tanto! Un padre
 su gloria mayor alcanza
 si llega á verse trocado
 en amigo y camarada
 de sus hijos.

D.^a TOMASA. Ciertamente
 que fuera cosa muy grata

para un General que un día
le hiciesen cabo de escuadra.
De gustos nada se ha escrito.
Mula, á tu gusto, y le daban
de palos. Yo no diría
ni amén, si las bribonadas
de Felipe en daño propio
solamente redundaran.
Pero el caso es que él se pierde,
y á la corta ó á la larga
su pobre hermano también
se perderá.

D. VICENTE. ¡Qué bobada!
No, señora. Más probable
es que triunfe en la demanda
el buen ejemplo, y Felipe,
de la noche á la mañana,
se haga un santo como el otro.

D.^a TOMASA. Hay risas que cuestan lágrimas.

D. VICENTE. Tengo dos hijos: el uno
sólo amigo de las faldas
y del mundo; el otro sólo
dado al estudio y las prácticas
religiosas: yo repruebo
lo que hay de extremado en ambas
tendencias, pero...

D.^a TOMASA. ¡Jesús!
¿Qué exceso querrá que haya
en obrar bien?

D. VICENTE. Pero el mal
no se remedia ni ataja
reprimiéndole...

D.^a TOMASA. Pues ¿cómo?
¿Abriéndole calle franca
y dejándole correr?
¡Se oyen unas patochadas!

D. VICENTE. Y yo, resuelto á seguir
la política más sana,
á ninguno de ambos quiero
poner inútiles trabas;

á los dos concedo igual libertad.

D.^a TOMASA. ¡Cristo me valga!
¡Igual libertad al lobo
y al cordero! ¿Será chanza?
Al bueno—¡pues no que no!
¡claro!—libertad: no es dársela
favor, es justicia. Al malo—
¿qué libertad?—una tranca.

D. VICENTE. Pero si usted—repetirlo
tantas veces ya me cansa,—
si usted da á las travesuras
de Felipe una importancia
que no tienen.

D.^a TOMASA. Yo repito
que nadie puede excusarlas.

D. VICENTE. Usted, señora, salió
por primera vez de Ocaña
seis años ha: lo que allí
vicio, desorden, infamia,
depravación, impiedad,
aquí es tan sólo pecata
minuta que la costumbre
disculpa, y á nadie espanta.

D.^a TOMASA. Pues mire usted qué simpleza:
yo creía que se hallaba
más obligado el más culto
á tener vida arreglada.
Ya veo que es la virtud
cosa de gente ordinaria,
y que á un señor, si es muy fino,
le está bien ser muy canalla.

D. VICENTE. Así va el mundo.

D.^a TOMASA. Primero,
que usted al mundo levanta
falso testimonio: el vicio
donde quiera desagrada:
y segundo, que si todos,
menos usted, se emborrachan
en casa un día, y resuelven

tirarse por la ventana,
no creo que usted se tire
también.

D. VICENTE. Lo que yo afirmaba,
lo que afirmo es que una cosa
que en las costumbres se arraiga...

D.^a TOMASA. Si es mala...

D. VICENTE. Si la hacen todos,
ó casi todos, no es mala.

D.^a TOMASA. ¿Conque no sería malo
robar si todos robaran?

D. VICENTE. Prueba al canto.

D.^a TOMASA. A ver la prueba:
diga usted.

D. VICENTE. Robar con maña
entre los lacedemonios
por gloria se reputaba.

D.^a TOMASA. Si eran demonios, ¿qué habían
de hacer los malditos? Manda
no hurtar el séptimo: el bien—
dejémonos de patrañas—
es bien, y el mal...

D. VICENTE. ¿Y qué es mal?
¿Qué es bien? No siempre la raza
de Adán logrará saberlo.

D.^a TOMASA. ¿Usted no lo sabe? ¡Cáscaras!
Pues no estaría demás,
aunque ya peina usted canas,
ponerle blusita, y gorra
y ver de que le enseñaran
en una escuela de párvulos
la doctrina.

D. VICENTE. Esto se saca
de hablar con quien no es capaz
de entendernos.

D.^a TOMASA. ¿Sí? ¡Me agrada
la ocurrencia! Él á sí mismo
no se entiende, y luego extraña
que yo tampoco le entienda.

D. VICENTE. Usted no me entiende—en plata—

porque usted es...

D.^a TOMASA. ¿Qué soy yo?

D. VICENTE. Porque usted es algo...

D.^a TOMASA. Vaya,
suéltela usted. Algo bestia.

D. VICENTE. No digo tanto.

D.^a TOMASA. Ya estaba
yo en eso, que usted jamás
dice las cosas tan claras.
Pero si á mí no me importa
parecerle á usted negada;
si yo presumo saber
más que usted.

D. VICENTE. ¿Quién se compara
con mujer que tanto sabe?

D.^a TOMASA. Yo, así á la pata la llana,
sé algo de fijo, y usted
no está seguro de nada.

MANUEL TAMAYO Y BAUS.

DOCTRINA ESTÉTICA DE PLATÓN ⁽¹⁾

Cuenta Xenophonte ateniense, en el cap. 10, lib. III de sus *Recuerdos socráticos*, que Sócrates, hijo de Sofronisco, preguntó un día al pintor Parrasio: «¿Crees que la pintura es representación de cosas visibles por medio de colores? Yo veo que cuando vosotros, los artífices, imitáis una forma hermosa, como no es posible hallar un hombre perfecto en todas sus partes, elegís de cada uno lo que más bello os parece, y formáis así un cuerpo hermosísimo.—Verdad dices, le contestó Parrasio.—¿Y no imitáis también un alma cariñosa, dulcísima y amable, ó por ventura esta alma no es susceptible de imitación?—¿Y cómo ha de ser imitable ¡oh Sócrates! lo que no tiene proporción ni color, ni en modo alguno es visible?—¿Y no acontece que el hombre mira de un modo dulce ó amistoso á otros hombres?—Así me lo parece.—Luego esto podrá expresarse con los ojos.—Sí, por cierto.—Luego también pueden representarse los afectos del ánimo.—Indudablemente,» dijo Parrasio.

Otro día fué Sócrates al taller del escultor Critón, y tuvo con él este diálogo:

«Veo, Critón, cuán bellos son los corredores, luchadores, púgiles y atletas que tú produces; pero ¿cómo llegas á darles vida?—Dudó un poco Critón antes de responder, y Sócrates acudió á

(1) El presente artículo es un retazo de la introducción á un libro que pienso titular *Historia de las ideas estéticas en España*. Como las enseñanzas de Platón, de Aristóteles y de Plotino forman, así en nuestra literatura filosófica como en todas las de Europa, el fondo principal de las especulaciones sobre el arte y la belleza, antes de Baumgarten, me ha parecido preliminar indispensable exponerlas con cierta amplitud. Fácil me hubiera sido acudir á cualquiera de los excelentes libros que sobre la materia existen, así en Alemania como en Francia, v. gr., el *Ensayo*, de Egger, *sobre la crítica entre los griegos*; pero he preferido estudiar por mí mismo las fuentes y basar en ellas todas mis afirmaciones. Cuanto aquí se diga, será tomado directamente de los originales.

darle la mano, diciendo:—¿Lo haces por la imitación de formas vivas?—Sí, por cierto.—¿Luego podrás también expresar y hacer visibles las cosas que, por medio del gesto y de la mirada, se manifiestan en los cuerpos?—Verdaderamente que sí.—Luego la escultura debe reproducir por medio de la forma los afectos del alma, de tal modo que los hombres parezcan vivos.»

Por primera vez proclamaba en estos diálogos el moralista más popular de la antigüedad el valor de la *expresión moral* en el arte; pero al mismo tiempo su odio á las especulaciones ontológicas le hacía encerrar el concepto de la belleza en una forma estrictamente relativa, que toca los linderos del concepto de utilidad. Así podemos aprenderlo en el cap. 8.º del mismo libro, donde Sócrates discurre con Aristipo sobre la noción de hermosura. «¿Qué es la hermosura? le pregunta Aristipo.—Muchas cosas, responde Sócrates.—¿Pero son cosas semejantes entre sí?—Algunas muy desemejantes.—¿Y cómo puede ser hermoso lo que difiere tanto de lo hermoso?—Llamo hermoso y bueno todo lo que es acomodado á su fin.—¿Dices, pues, que una misma cosa puede ser bella y fea?—Sí que lo digo, y añado que puede ser á un tiempo buena y mala. Lo que es bueno para el hambre es malo para la fiebre, lo que es hermoso en la carrera resulta feo en la palestra, y al contrario, porque todo es bueno y hermoso en cuanto sirve á su fin, feo y torpe en cuanto no sirve. Y así vemos que la casa que es buena para el invierno, es mala para el verano.»

En el cap. 6.º, lib. IV del citado libro, Sócrates, en diálogo con Eutrapelo, vuelve á encerrarse en el mismo estrecho y relativo empirismo, llamando bello á lo que es bueno para el objeto á que se destina. Así, aun no nacida la ciencia estética, se iniciaba ya la funesta intrusión del concepto de utilidad en los dominios de lo bello.

Semejante invasión venía á herir de plano el armonioso conjunto de las ideas helénicas respecto de la hermosura, ideas que no estaban escritas, pero que animaban y fomentaban secreta y cariñosamente toda obra de ingenio, porque en las razas privilegiadas y próceres en cuanto al sentimiento artístico, una estética latente, pero real y armónica, antecede al desarrollo especulativo de la filosofía de lo bello. Que la belleza tenía por sí un valor propio, real y sustantivo, independiente de cualquiera relación extrínseca, llámese *utilidad* ó de otro modo, bien lo mostró el padre Homero, haciendo caer á Ulises de rodillas ante Nausicaa, porque nunca los ojos del sabio Ithacense habían visto otra belleza igual ni de varón ni de mujer. Y de un

modo semejante los ancianos de Troya daban por bien empleadas las fatigas de la guerra, que les consentía tener dentro de sus muros á aquella mujer cuya belleza igualaba á la de los eternos dioses.

Presentaron Homero ó los poetas homéricos, sin auxilio de teorías y como por intuición semidivina, el dechado más perfecto y ejemplar de arte que han podido contemplar entendimientos humanos, y sus procederes técnicos se perpetuaron entre los aedas y los rapsódas, que constituyeron á la larga escuelas y certámenes públicos, en que la ingenuidad de la primitiva inspiración hubo de perderse, sobreponiéndose á todo los artificios de la profesión literaria, templados, no obstante, en aquella remotísima época, por la rudeza de las costumbres, y en aquella raza feliz, por el equilibrio casi perfecto de las facultades estéticas.

Así se fué educando lentamente una generación literaria más reflexiva y estudiosa, engendradora, á la larga, de gramáticos y de sofistas. La tradición literaria y el buen gusto individual bastaron á guiar á los críticos ó *diaskevastas*, que en la era de los Pisistrátidas ordenaron en un haz las rapsodias homéricas y fijaron su texto. Al mismo período, que pudiéramos llamar *espontáneo*, de la crítica literaria, pertenecen los fallos de los jueces de los concursos dramáticos de Atenas, la oposición de Solón al teatro por considerarle una nueva falsedad propia para pervertir á los ciudadanos, el elemento crítico que se insinúa en la tragedia ateniense (juntamente con el abuso de recursos patéticos y de ingeniosos efectos teatrales), haciendo, por boca de Eurípides (1), la censura y aun la parodia de la ruda naturalidad del viejo Esquilo; y la protesta que, en nombre del arte tradicional, patriótico y semirreligioso, formula la *comedia antigua*, dechado de lo cómico ideal y fantástico, en *Las Ranas* y en *Las Tesmoforias*. Gran cúmulo de observaciones técnicas debió de recogerse también en los primitivos tratados sobre la música, en los ensayos de los gramáticos y sofistas (Córax, Tisias, Gorgias), para sistematizar la filosofía del lenguaje y las reglas de la retórica, y quizá en los libros perdidos del abderitano Demócrito, que escribió, según refiere Diógenes Laercio, *del ritmo y de la armonía, de la música, de la belleza de los versos*, etc., etc. Con todo eso, los sofistas, más bien que los filósofos, analizando por primera vez las condiciones estéticas del lenguaje, echaron las bases de una teoría de la elocuen-

(1) Léase, v. gr., la *Electra*.

cia, no alterada en lo sustancial ni por el mismo Aristóteles, debiendo añadirse que ellos educaron la prosa griega y le dieron su ritmo propio, distinto del de los versos, y que si á los principios afectó pompa monótona y simétrica, harto más ingrata que los candorosos *anacolutos* de los primitivos *logógrafos*, trocóse luego en instrumento fácil y armonioso de la divina filosofía de Platón y de la austera palabra de Demóstenes.

Viniendo después de la tendencia, en todo relativa ó más bien escéptica, de los sofistas, no son de maravillar las proposiciones de Sócrates que antes trasladamos, conforme al verídico testimonio de Xenophonte, el cual, por ser de naturaleza mucho menos propensa á la metafísica que los demás discípulos suyos, reprodujo también con rasgos menós idealizados la figura del pensador popular, psicólogo y moralista.

Pero dentro de la misma escuela socrática comenzaba á educarse y á despertar la tendencia contraria, que, apartando la vista de lo fenomenal y limitado, busca en región más alta el principio generador de la belleza, así en las obras de la naturaleza como en las del arte. Fué intérprete de esta tendencia y (por decirlo así) hierofante y revelador de los misterios de la hermosura á los mortales el filósofo más digno de declararlos, varón naturalmente *estético*, amado más que otro alguno por la Venus Urania, y en quien toda idea y abstracción de la mente se vistió con los hermosos colores del mito y de la fantasía, templados por una suavísima tinta de ática ironía, fácil y graciosa.

Fué la filosofía de este sabio filosofía de amor, como él mismo la define. *Yo nada sé, fuera de una exigua discíptica de amor*, dice en el *Theages* (1), y quería dar á entender con esto que su enseñanza no era dogmatismo estéril y cerrado, sino que se fundaba en la simpatía entre maestro y discípulo, fusión íntima, secreta, misteriosa y divina, única que puede hacer fecunda la transmisión de las ideas, de tal modo que éstas no caigan en el alma del oyente como en tierra ingrata á los afanes del cultivador.

Ni tampoco se enderezaba esta doctrina platónica á henchir de vanagloria el ánimo del alumno, sino á producir en él la templanza

(1) Diálogo de autenticidad dudosa, negada por Schleiermacher, Ast, Hermana y Stallbaum (Vid. pág. 99, ed. Didot, *Hirchisg recensuit*, París, 1873, que es la que seguiremos siempre.)

ó *sophrosyne*, unida á la justicia, según leemos en el diálogo de *Los Amantes* (1).

Á causa de esta forma libre y amplia de exposición, no puede decirse que la doctrina platónica (aquí nos limitamos á la que especula sobre el amor, la hermosura y las bellas artes) se encuentre compendiada en un solo diálogo, sino derramada en muchos y muy disemejantes, y animando oculta é interiormente los demás. Recorrerlos todos es imposible; pero conviene analizar los más señalados, porque nada ha influido de un modo tan directo y eficaz en todos los idealismos posteriores, y aunque el idealismo ande hoy decadente, nunca deja de ser la mitad, por lo menos, de la especulación científica.

Volvía triunfante el rapsóda *Ion* (2) de los juegos de Epidauró, cuando se le hizo contradicho Sócrates, y quiso persuadirle que no era el arte quien guiaba al rapsóda, sino cierta fuerza divina que le mueve, al modo que el imán atrae los anillos de hierro. Así arrebató el divino instinto á los poetas, y son admirables los épicos, no por el arte, sino por este aliento sagrado, y lo mismo los *mélicos* (ó líricos) que, arrebatados de un furor análogo al de los Corybantes, se empapan en la armonía y en el ritmo, y salen de seso como las bacantes, que se imaginan beber en los ríos leche y miel. Porque el poeta es cosa leve, alada y sagrada, que trae sus cantos de los huertos y de los verjeles de las musas, y no puede poetizar hasta que esté lleno del Dios y arrobado. Un Dios saca de seso á los poetas y los convierte en oráculos y adivinos suyos. No hemos de creer, pues, que hablan ellos, sino que habla el Dios por su boca.

Á esta teoría de la inconsciencia artística acompaña en el *Ion* otra muy digna de notarse sobre las relaciones entre el artista y el público. El espectador es el último anillo de una cadena, cuyos eslabones se enlazan por su virtud atractiva, semejante á la de la piedra imán, siendo el anillo medio el rapsóda ó el *mimo*, y el anillo primero el poeta, por ministerio del cual lleva el Dios los ánimos de los hombres á donde le place.

El arte empírico y utilitario que los sofistas llamaban Retórica

(1) Rechazado como apócrifo por Schleiermacher, Ast, Socher, Stallbaum y Víctor Cousin, y puesto ya en duda por Trasylo.

(2) Niegan la autenticidad del *Ion* Ast y Schleiermacher, pero la admiten Stallbaum y Hermann. (Pág. 391, ed. Didot.)

ha sido discutido por Platón en uno de sus diálogos más extensos y famosos, el *Gorgias* (1). Pregunta Sócrates á Gorgias qué idea tiene de la Retórica, y contesta él que versa sobre las palabras, *περὶ λόγους*, en las cuales consiste toda la virtud y eficacia oratorias. «¿Y qué palabras son ésas? continúa interrogando Sócrates.—Las mayores y más excelentes.—¿Y en qué consiste su excelencia?—En llegar los hombres por medio de ellas á dominar en su ciudad, á persuadir con palabras á los jueces en el tribunal, á los senadores en la asamblea, á los congregados en el tribunal.»

«Luego la Retórica es arte de persuasión (objeta Sócrates), pero también hay otras artes que persuaden: variarán, pues, en el modo de la persuasión y en la materia de ella. ¿Sobre qué versa la persuasión retórica?—Sobre lo justo y lo injusto, responde Gorgias.—Pero no hay ciencia alguna que sea á un tiempo verdadera y falsa: habrá, pues, dos maneras de persuasión, una fundada en doctrina, y otra que carece de ella.»

Aquí Gorgias, en vez de contestar directamente á la objeción socrática, pondera en gárrulas frases la utilidad de la Retórica, con tal que se haga buen uso de ella y no se la infame, porque entonces será lícito aborrecer, mandar al destierro y aun matar al que abuse de la elocuencia, pero no á su maestro.

Sócrates obliga á Gorgias á declarar que no atañe al retórico conocer las cosas mismas, tales como son en sí, y que le basta tener cierto arte para persuadírselas á los ignorantes. «Pero á lo menos deberá conocer lo que es bueno ó malo, hermoso ó feo, justo ó injusto, antes de llegar al aula del maestro de Retórica, ó deberá éste enseñárselo, objeta Sócrates.—Así es, dice Gorgias.—Luego el que aprende lo justo será justo.—Concedido.—Y obrará la justicia y no hará injuria á nadie. Luego forzoso es que el retórico sea justo, y entonces, ¿cómo ha de ser posible que nadie use injustamente de la Retórica, como tú decías, oh Gorgias?»

Aquí interviene otro sofista agrigentino llamado Polo, y pregunta á Sócrates: «¿Qué arte juzgas tú que es la Retórica?—Ninguna, á decir verdad, sino cierta *práctica*.—¿Y *práctica* de qué?—De producir gracia y placer, no de otro modo que el arte de cocina y la sofística y el arte cosmética, partes una y otra de un estudio nada

(1) Interlocutores: Sócrates, Cherephón, Gorgias y Polo, reunidos en casa de Calicles, después de una lección de Gorgias.

bello ni honesto, fundado en la *adulación*. La Retórica es un simulacro ó ídolo de la ciencia política, y por tanto, cosa torpe, como lo es el arte *opsónica*, simulacro de la medicina, y la cosmética, que simula la verdadera hermosura corporal que se adquiere sólo por la gimnástica. Y es fundamento de todas estas artes la adulación, porque sólo tiran á halagar el gusto y no se fundan en razón: así la sofística remeda á la *nomotética* ó arte de legislar, y la Retórica á la *dicástica* ó arte de justicia.»

Replica groseramente Polo que los retóricos ejercen en las ciudades igual poder que los tiranos, matando á quien quieren, despojándole de su patrimonio y arrojándole de la ciudad. «Ni los tiranos ni los retóricos hacen lo que quieren, contesta Sócrates: hacen solamente lo que les parece bien, y éste de ninguna manera ha de tenerse por gran poder, puesto que le posee un loco.» Y aquí, por medio de una digresión ética, fundada lógicamente en el optimismo socrático, Platón distingue el fin y el medio de la acción humana. El fin es siempre el bien, y nadie que esté en su juicio tiende al mal. De los medios se escoge el que pueda acomodarse y proporcionarse al fin. No hace el hombre el mal por voluntad suya, sino por ignorancia de la relación que hay entre los medios y el fin... Las ideas favoritas de Sócrates: que la virtud es una ciencia, y que el criminal tiene derecho á la pena, animan esta parte del diálogo, que sólo en apariencia se desvía del objeto principal, defendiendo la idea de justicia y la pura noción del sumo bien contra los sofistas, que tienen por suprema felicidad la tiranía. Si el malo es siempre desdichado, lo es todavía más cuando no paga la pena de su injusticia: él mismo debe confesarla y ofrecerse al castigo, aunque le pongan en tormento, aunque le saquen los ojos, aunque vea el suplicio de su mujer y de sus hijos, aunque le crucifiquen ó le quemen vivo ó le sumerjan en pez hirviente, porque así será mucho más feliz que si en su ciudad usurpase la tiranía, y viviese á su capricho, de tal manera que le envidiasen todos los ciudadanos y los extraños.

Niega Polo la identidad entre lo bello y lo bueno, lo malo y lo feo. Y Sócrates le responde: «Cuando llamas hermosos los cuerpos, las figuras, los colores, las voces, los estudios, no lo haces refiriéndolos á la utilidad ó al placer que producen en los espectadores. Y lo mismo ha de juzgarse de las artes y disciplinas. Lo bello se define por el deleite y por el bien; lo feo, que es su contrario, por el dolor y por el mal. Luego el que castiga justamente y el que es jus-

tamente castigado, hacen y producen cosa bella, buena, expiatoria, y que limpia el ánimo de la depravación.»

De todo esto deduce Sócrates que la Retórica es arte inútil y nociva, como no nos valgamos de ella para acusarnos á nosotros mismos y á nuestros deudos y amigos, cuando hayamos, ó hayan ellos, cometido algún crimen, y para descubrirle y sacarle á luz, hasta que, siendo castigados, nos libremos, ellos ó nosotros, de nuestra maldad y error de ánimo, y sin temor ni vacilación nos entreguemos, con los ojos cerrados, al tormento, al destierro, á la muerte, como quien se entrega al médico, para que con el hierro y el fuego le cure.

Tales sublimidades morales no aquietan á los sofistas, y Calicles comienza á defender la teoría del placer, la ley del más fuerte y los instintos de la naturaleza sensible, contra la ley moral y la ley escrita. La naturaleza nos muestra que los más fuertes y robustos deben poseer y gozar más que los débiles é inferiores. La ley es un fingimiento y una convención; la filosofía, entretenimiento de niños, vano y ridículo para hombres hechos.

Entonces prueba Sócrates que no se ha de confundir el deleite con el bien, por ser el deleite cosa relativa que va mezclada siempre con el dolor de la privación ó necesidad moral sentida, al contrario del bien que es, por su esencia misma, absoluto. El placer es común á todos, y el bien no, ni el bien se mide por la intensidad y la duración del deleite, y cuando se habla de deleites conformes al bien, es el bien mismo quien se convierte en regla de vida. No se ha de buscar el bien por el deleite, sino el deleite por el bien.

Artes adulatorias del deleite, lo mismo que la Retórica, son la *didascalia* de los coros, y la poesía ditirámbica, y aun la misma tragedia que se dirige principalmente á halagar el gusto de los espectadores. La poesía es una manera de retórica; la retórica popular una especie de poesía desligada de la forma métrica.

Pueden darse, con todo eso, dos maneras de oradores: unos que miran en sus discursos á la utilidad de los ciudadanos, y procuran que se hagan mejores con sus palabras, y otros que quieren engañar al pueblo con halagos, como á los niños. El arte de los primeros es adulatorio y torpe; el de los segundos, hermoso y bueno como lo es siempre el decir la verdad, agrada ó no á los oyentes. Pero de este género de oradores que hayan hecho más buenos á los atenienses aun no hemos visto ninguno, ni lo fueron Cimón, Milciades ni Pericles.

Pero la Retórica de tal varón, dado que alguna vez exista, será arte, porque mirará á algún término, es decir, al bien, y conforme á él, ordenará su obra ó le dará cierta forma ajustada al orden, y así será arte, porque *el arte es orden y ornato*, y de esta manera el orador artificioso y bueno ahuyentará del ánimo de sus conciudadanos la injusticia y la destemplanza, y hará que reinen en ellos templanza y justicia, porque el alma que tiene su propio ornato es mejor que la que carece de él. Este ornato es la templanza y la *sophrosyne*, á seguir y ejercitar la cual debemos enderezar todos nuestros esfuerzos, apartándonos por igual razón de la intemperancia para obtener la felicidad. Quien se deje arrastrar de las pasiones, no será querido ni de los hombres ni de los Dioses, ni podrá vivir socialmente y en amistad, porque ya nos enseñaron los sabios antiguos que el cielo y la tierra y los dioses y los hombres estaban unidos por cierta sociedad y amistad (*philia*), por *ornato*, por *sophrosyne* y por justicia: de aquí que el mundo se llame *cosmos* y no *acosmos*; de aquí que valga tanto la armonía geométrica entre los hombres y los dioses.

Este es el punto culminante de la discusión: el divino filósofo proclama el valor absoluto y transcendente de la ley de armonía, de justicia, de orden; ley á la vez ontológica, ética y estética. No importa el vivir, sino el vivir conforme al orden, ni se ha de amar por sí misma la vida, sino dejar á Dios el cuidado de ella. Todo arte que tiende al deleite es arte servil, y todavía concede Platón á la sofística cierta ventaja sobre la Retórica, no de otra suerte que la nomotética se aventaja á la judiciaria y la gimnástica.

Para entender cómo en el pensamiento de Platón se concordaban la idea de la absoluta inconsciencia del artista, manifestada en el *Ion*, y el fin moral y purificador que asigna al arte en el *Gorgias*, y exagera luego, como veremos, en la *República* y en las *Leyes*, conviene penetrar más adelante en la teoría platónica, y preguntar á otros diálogos suyos lo que el filósofo pensaba sobre el concepto de la belleza y sobre la noción del amor, inseparables en su mente del concepto del arte.

No es el *Hipías Mayor* (I), si sólo se le mira en la corteza, un diálogo dogmático, sino polémico ó más bien *eurístico*, ni da al parecer solución alguna, aunque pone en camino de buscarla; pero lo cierto es que en el fondo de esta especie de comedia, donde ojos

(1) Interlocutores: Sócrates y el sofista Hipías.

poco atentos sólo verán la vanidad burlada del sofista Hipías de Elea, «que con el estudio de la sabiduría ha acumulado más dinero que ninguno otro de los griegos,» yace el principio capital de la estética platónica (antítesis viva de los principios del Sócrates de Xenophonte), esto es, que la belleza es una *idea* ó realidad ontológica separada é independiente de las cosas bellas, y por cuya participación pueden llamarse bellas estas cosas («y todas las cosas hermosas por la hermosura son hermosas»).

Veámos ahora por qué hábiles procedimientos dialécticos de exclusión y de reducción al absurdo, y con qué mezcla de blanda ironía llega el Sócrates platónico á esta conclusión, no tan implícita y latente como inducirían á creerlo las últimas palabras del diálogo.

Hipías ha leído en Esparta una oración sobre los *hermosos estudios*, y Sócrates le pregunta qué es lo bello, y si es algo como la justicia que hace justas las cosas, y la sabiduría que hace los sabios, y el bien las cosas buenas; porque si el bien, la sabiduría y la justicia no existiesen, no habría cosas buenas, justas ni sabias. Hipías, con su ligereza de retórico, empieza confundiendo lo bello con las cosas bellas, v. gr., una mujer hermosa, un caballo hermoso... «Y una hermosa olla fabricada por un buen alfarero,» añade Sócrates. Retrocede Hipias ante lo ridículo de la conclusión, pero Sócrates le enseña que la inferioridad sólo consiste en el género, y por eso (según parecer de Heráclito), el más hermoso de los monos resulta feo en cotejo con el género humano; pero lo mismo sucedería á la más hermosa de las mujeres y al más sabio de los hombres, si se los comparase con los eternos dioses. De aquí se inferiría que toda belleza es cosa relativa, no habiendo diferencia alguna entre lo bello y lo bello.

Abandonada su primera posición, busca Hipías nueva definición de la belleza, y concede que lo bello es lo que adorna ó decora las cosas bellas, y con su presencia las hermosea, v. gr., el oro. «Luego fué rudísimo artífice Fidias, objeta Sócrates, que no hizo de oro, sino de marfil, los ojos, los pies y las manos de su Minerva.—También es hermoso el marfil, responde Hipías.—Y entonces, ¿por qué no hizo de marfil, sino de mármol, las pupilas de los ojos?»

Nueva definición de Hipías: «Lo más hermoso es ser sano, rico, honrado entre los griegos hasta la extrema vejez, y ser enterrado magníficamente por sus hijos.—Pero lo que buscamos, dice Sócrates, no es una belleza particular, sino aquello que hace hermosas todas las cosas en que reside, una piedra, un leño, un hombre, un

Dios, y toda acción y todo conocimiento: lo que es bello siempre y para todos. ¿Será la belleza el *decoro* ó conveniencia? Pero ¿qué es el *decoro*? ¿Lo que hace parecer bellas á las cosas, ó lo que las hace ser realmente bellas? Mas el que lo parezcan sin serlo es una falacia y un simulacro, y no puede ser lo bello que buscamos, independientemente de que las cosas lo parezcan ó no. Si el *decoro* y la belleza fuesen la misma cosa, no habría disputas entre los hombres sobre la belleza, porque parecerían bellas todas las cosas que realmente lo son.

Y Sócrates va proponiendo definiciones, y analizándolas y destruyéndolas. Todas ellas han sido profesadas y defendidas, andando el tiempo, y han servido de base á sistemas estéticos. ¿La belleza es lo útil? ¿Será, pues, bella la fuerza, fea la impotencia, bello lo que sirve para algún fin, feo lo que para nada sirve? ¿Pero llamaremos bella la potencia que se ordena al mal? De ningún modo. ¿Y la que se ordena al bien? Sí. Luego la belleza será la causa eficiente del bien, será como su madre; pero no será el bien mismo, sino que se distinguirá de él como la causa del efecto, y el hijo del padre.

¿Será la belleza lo que nos deleita por el oído y por la vista, v. gr., la hermosura humana, una estatua, un cuadro; el canto, la música, los discursos y conversaciones? Pero ¿cómo reducir á las impresiones de estos dos sentidos la belleza, y excluir á los restantes, que también á su modo deleitan con la comida, la bebida, el acto carnal, etc.? ¿Por ventura no son agradables estas cosas? Y sin embargo, ¿quién las llamará bellas, aunque las tenga por dulcísimas y suaves? Además, ¿llamamos bellas á las ciencias y á las leyes, porque se nos comunican mediante la vista y el oído, ó por otra razón? ¿Lo que es bello para el oído es bello para la vista, ó viceversa? De ningún modo. Luego la belleza de la vista será distinta de la belleza del oído, y para encontrar su naturaleza común, hemos de buscarla fuera de los sentidos, porque si no, la belleza de un sentido excluiría á la del otro. Algo de común tienen que las hace ser bellas: lo son por la esencia ideal que hay en ellas, de la cual esencia participan entrambas y cada una. Sócrates termina con el antiguo proverbio: «Todas las cosas son difíciles.»

El conocimiento, posesión y goce de esta belleza perfecta, suprema é ideal, se logra por medio de la filosofía de amor, cuyos misterios están expuestos por el hijo de Aristón con estilo ditirámico y casi profético y sacerdotal en dos diálogos, que contienen lo más sublime y arcano de su filosofía, y que en la relación de arte

no ceden á ninguno de los suyos: el *Fedro* (1) y el *Sympósio*, venero inagotable de conceptos para todos los teosófos y místicos posteriores.

Á orillas del Iliso, «á la sombra del plátano, sobre la blanda hierba, lugar acomodado para juegos de doncellas, santuario de las ninfas y del Aquelóo, donde espira fresco viento y resuena el estivo coro de las cigarras,» se sientan Sócrates y Fedro á oír la lectura de un discurso de Lysias sobre el amor. Pero á Sócrates no le contentan ni la invención ni la disposición del elegante retórico. Él ha aprendido mejores cosas sobre el amor, «leyendo á los antiguos hombres y mujeres, especialmente á la hermosa Safo y á Anacreonte el sabio, y además le bullen en la mente mil ideas, que no sabe de dónde ni cómo le han venido.» Fedro le excita á declararlas.

Previa invocación á las Musas, comienza á explicar qué es el amor y cuál su fuerza. El amor es deseo. En cada cual de nosotros hay dos ideas dominantes é impelentes: un innato deseo de deleites y una *opinión* adquirida, que ambiciona lo mejor. Unas veces aparecen conformes estos impulsos, otras lidian entre sí. Cuando domina la opinión, llegamos á la templanza; cuando domina la concupiscencia irracional, su imperio se llama liviandad.

Al llegar á este punto toma el discurso (*palinodia* le llama Sócrates, por ser en alabanza del amor, á quien antes había maltratado) un tono ditirámbico, como nacido de inspiración de las Ninfas. Las mejores obras humanas se hacen por cierto furor, manía ó delirio que los dioses nos infunden. *Manía* es el arte que predice lo futuro, y de aquí se llamó *μαντιχη*. *Manía*, el arte expiatorio y propiciatorio que lava la mancha de antiguos crímenes, y *manía* también la inspiración poética que instruye á los venideros de los hazañosos acaecimientos de los pasados. Quien sin este furor se acerque al umbral de las Musas, fiado en que el arte le hará poeta, verá frustrados sus anhelos y comprenderá cuán inferior es su poesía, dictada por la prudencia, á la que procede del furor, concedido á nosotros por los dioses inmortales para nuestra mayor felicidad. También es manía el delirio erótico, el de la Venus Urania.

El alma es semejante á un carro alado del cual tiran en dirección opuesta dos caballos dirigidos por un auriga moderador. Es condi-

(1) *Fedro, ó del amor*. -- Así le apellidó Trasylo. Oros le llamaron *de lo bello, de la belleza primera ó de la belleza universal*, y algunos *de la retórica*.

ción de las alas elevar el alma á la esfera de lo divino, sabio y bueno, á la región de las ideas, adonde se encamina el carro del mismo Júpiter y tras él todo el ejército de los dioses y de los demonios, dividido en once escuadrones. Los caballos de los dioses son excelentes, y con facilidad llegan al término; pero el carro de los hombres, por la fuerza del caballo partícipe de lo malo, tira hacia la tierra. Aquel lugar supraceleste, ningún poeta le alabó bastante, ni habrá quien dignamente le alabe. Porque la esencia existente, sin color, sin figura, sin tacto, sólo la puede contemplar el puro entendimiento. Allí reside la verdadera é inmaculada ciencia. Nutrido con ella el pensamiento divino, nutrido todo entendimiento en algún tiempo remoto, gozará, y se alegrará en la contemplación de *lo que es*, y verá como en círculo la justicia *en sí*, la templanza *en sí*, la ciencia *en sí*, la ciencia del ente, y cuando esto haya contemplado, atará el auriga sus caballos al pesebre y les dará á beber néctar y ambrosía, que tal es la vida de los dioses. No llegan á tan pura contemplación los hombres, sino que bregan con sus caballos entre tumulto y sudor, y unos ruedan del carro, otros vacilan y tropiezan; ni alcanzan á descubrir, sino de lejos, los resplandores de la verdad y entretanto se nutren con el alimento de lo opinable, que les hace anhelar por descubrir el campo de lo real donde brotan las hierbas que vigorizan el ánimo. Y es ley de la diosa Adrastea que el ánimo imitador de los dioses que logre alguna parte de la verdad, pase ileso á otro círculo y se trueque en filósofo amante de la hermosura, músico ó erótico, y quien alcance menos, en rey ó tirano. Los adivinos y profetas están en el quinto grado de la metempsicosis, y los poetas y demás artífices de imitación en el sexto. Sólo el conocimiento de la filosofía restituye al hombre sus alas y le hace recordar las ideas *que en otro tiempo vió* (doctrina de la reminiscencia), y despreciar las cosas que decimos que son, y volver los ojos á las que realmente son. El que se instruye en tales reminiscencias y sacrosantos misterios, se hace verdaderamente perfecto, se aparta de los míseros anhelos de los demás humanos, y atento á lo superior y divino, pasa por dementado á los ojos de la multitud, la cual ignora que está lleno de espíritu divino. Y por eso, cuando ve alguna hermosura terrena, acordándose de aquella verdadera hermosura, recobra sus alas y quiere volar, y como no puede hacerlo, y ama las cumbres y desprecia los valles, dicen las gentes que está loco, como si esta divina enajenación no fuese la sabiduría más excelente de todas. Toda alma de hombre ha contemplado en otro tiempo la verdad;

pero el recordarla no es para todos, ó porque la vieron breve tiempo, ó porque al descender fueron infortunados y perdieron la memoria de las cosas sagradas. Pocos quedan que las recuerden, pero cuando ven aquí algún simulacro de ellas, salen de su seso, y ellos mismos no se dan cuenta de la razón, ni atinan con el género, sino que aciertan solamente á vislumbrar entre oscuras nubes aquella nítida hermosura que en otro tiempo vieron al lado de Jove y de los otros dioses, contemplando, cercadas de luz purísima, las *íntegras, sencillas, inmóviles y bienaventuradas ideas*. Entonces estábamos puros y no ligados, como la ostra, á esto que llamamos cuerpo.

Es privilegio de la hermosura el ser percibida por la vista: no así de la ciencia, que excitaría ardentísimos amores, si cara á cara la contemplásemos. Quien no está iniciado en estos misterios, vase como un cuadrúpedo tras del deleite; pero quien está iniciado y ha contemplado las ideas en otro tiempo, en viendo un cuerpo hermoso, siente al principio una especie de terror sagrado: luego le contempla más, y le venera como un Dios, y si no temiera ser tenido por loco, levantaría á su amor una estatua. Siente amor y ardor insólitos, y bebiendo por los ojos el influjo de la belleza, comienzan á brotarle las alas, y siente extraño prurito y dolor, como los niños en las encías, cuando empiezan á brotarles los dientes...

El un caballo de los que tiran el carro del alma es alto, bien dispuesto de miembros, erguida la cabeza, ancha la nariz, blanca la color, negros los ojos: es codicioso de honor, amigo de la *sophrosyne* y de la opinión recta, dócil á la razón y al dictamen prudente. El otro es torcido, confuso y mal dispuesto, dura la cerviz, breve el cuello, aplastada la nariz, fosca la color, sanguinolentos los ojos: es súbdito de la petulancia y de la terquedad: hirsutas y sordas son sus orejas: apenas obedece al látigo ni á la espuela. Cuando el auriga ve un objeto hermoso, el uno de los corceles quiere arrojarse á él para disfrutarle, aquejado por el deseo bestial; pero el otro, contenido por la templanza, reprime su furia, y da tiempo á que el auriga medite y traiga á la memoria la naturaleza de la hermosura, y la vea inseparable de la templanza, y asentada en casto fundamento, por donde le inspira temor y reverencia. Y á este sagrado embebecimiento se aplica aquel antiguo mito de los hombres convertidos en cigarras, sin comer ni beber, absortos en el canto de las Musas.

La segunda parte del diálogo, más enlazada con la primera por el pensamiento del autor que por sus palabras expresas, trata de la

Retórica. Sócrates manifiesta su acostumbrado desprecio á los logógrafos y sofistas, pero no condena en absoluto el arte de escribir, y trata de averiguar en qué consiste su perfección. Recuerda Fedro la sentencia de algunos, que afirman no ser materia del orador lo justo, sino lo que parece tal á la multitud. Pero ¿cuál será el fruto de tal oración? Ni esa Retórica será arte, sino cierta práctica ó empirismo sin arte. Ni se limita la Retórica á los juicios ni á las arengas, sino que se dilata mucho más, y alcanza toda la vida humana. La semejanza ó desemejanza entre las cosas, principal base del arte retórico, sólo la conocerá quien penetre la verdad de la cosa misma, no quien se deje guiar por la opinión. Para no tropezar en las ambigüedades en que tropieza la multitud, es necesario saber definir y conocer los caracteres de cada especie y de cada género. Ha de ser el discurso como un animal que no carezca ni de pies ni de cabeza, y tenga medios y extremidades, correspondientes al todo, y correspondientes entre sí. Dos especies hay de oratoria: unas veces el orador refiere á una idea los miembros esparcidos; otras veces, apoderándose de la idea general, la divide en sus especies. *Ver lo mucho y lo uno* es el ejercicio propio del dialéctico (análisis y síntesis).

Desde tal altura, natural es que Sócrates desdeñe los libros del arte de decir, compuestos por los Trasímacos, Teodoros, Lysias y Gorgias, con la doctrina del exordio, el orden de las pruebas, y los *schemas* retóricos, que hacen parecer grande lo pequeño y pequeño lo grande. Todos estos preceptos retóricos son preparaciones y antecedentes para el arte, pero no son el arte mismo, á la manera que no basta mover los afectos para producir poesía trágica. La dificultad está en disponer el cuerpo de la tragedia ó del discurso. Sólo la naturaleza ayudada por la doctrina y el ejercicio hace al orador excelente. Pero este arte es muy distinto del que Lysias y Trasímaco enseñaron, y apenas puede concederse el lauro de orador perfecto á otro que á Pericles, amamantado con la filosofía de Anaxágoras, de donde aprendió la naturaleza y esencia del alma humana. El alma humana no se conoce sino conociendo el alma del universo. Y así, lo primero que debían enseñarnos Trasímaco y los demás maestros de Retórica es si la naturaleza del alma es una y simple, ó es multiforme según la variedad de cuerpos. En segundo lugar, cuáles son sus facultades activas y pasivas. En tercero, distinguiendo los géneros de elocuencia y los afectos del alma, mostrar qué razonamientos se acomodan á cada estado del espíritu; porque la fuerza de la oratoria

consiste en ser una *psicagogia* ó potencia de conmover los ánimos. Pero ¿cómo se han de conmover, si no se conocen los afectos del alma humana, y no se corre tras de lo verdadero, contentos con lo verosímil, que es un simulacro de verdad?

La Retórica platónica, pues, no se distingue de la dialéctica más que en su poder afectivo é incitador ó moderador de la pasión, pero conviene con ella en género y materia: dividir las cosas en sus especies, ó comprenderlas todos en una idea. Este poder se ejerce más noblemente por la palabra que por el razonamiento escrito: la palabra es un animal vivo; el libro, un simulacro ó apariencia.

En el *Convite (Sympósio)*, admirable cuadro de costumbres, á la manera de los *Mimos* de Sophrón, cada uno de los convidados al banquete triunfal del poeta trágico Agatón, hace á propuesta de Fedro un breve discurso en elogio del Amor (1), el más antiguo de los dioses, y émulo del Caos en vetustez, según Hesiodo y Parménides. Establece Pasanias la distinción de la Venus Urania ó celeste y de la popular ó *demótica*. Prueba Eryximaco la universalidad del amor en la naturaleza viva. Toda ciencia es para él ciencia de amor, y de armonía y consonancia entre principios desemejantes: así la música, así la astronomía, así la medicina que concuerda los elementos discordes del cuerpo humano, así el arte adivinatorio, que funda la amistad entre hombres y dioses.

Según Agatón, el Amor es el más feliz de todos los dioses, por ser el más bello, el mejor, y el más joven, tierno y sutil. Entre jóvenes mora, y huye de la vejez. Perpetuo enemigo de la fealdad, posa entre flores, y se deleita con olores suavísimos. Posee en grado sumo la templanza que enfrena el placer y el deseo. Ni hace ni padece violencia. Es poeta y hace poetas á los que domina. Toda invención de arte liberal procede de él. Amor crea la familiaridad, los convites y las dulces congregaciones; preside las ceremonias y los sacrificios: es propicio á los buenos, y grato á los dioses: admíranle los sabios: es padre de la comodidad, de las gracias, del suave deseo y del encendimiento amoroso: ornato de hombres y dioses, á quien todo hombre debe celebrar con himnos, uniendo su voz á la canción que

(1) De la parte propiamente dramática de este *Sympósio* no hablaremos aquí. Los razonamientos de Fedro, de Pausanias, de Eryximaco, de Aristófanes y de Alcibiades, bellísimos como arte, no contienen doctrina propiamente estética. Aun en los restantes el elemento ético es poderoso, pero siempre sucede en Platón lo mismo. La filosofía de la voluntad es inseparable en él de la filosofía de la hermosura.

él entona, y con la cual esparce suave *sophrosyne* en el ánimo de hombres y dioses.

Sócrates responde que el amor es amor de algo, y amor de aquello de que se carece. ¿Y de qué otra cosa puede ser sino de belleza, ya que los dioses ordenaron todas las cosas por amor de lo bello, y de cosas feas no puede haber amor? Pero si el amor busca la belleza que no tiene, evidente cosa es que no se le puede llamar hermoso por sí mismo, diga lo que quiera Agatón. Y si lo bueno es juntamente bello, tampoco es bueno el amor, puesto que desea el bien.

Y Sócrates continúa declarando lo que del amor le enseñó una forastera de Mantinea, llamada Diótima, profetisa y gran maestra en purificaciones y sacrificios expiatorios. El amor no es bello ni bueno, pero tampoco es feo ni malo, así como la opinión no es la ignorancia, aunque tampoco sea la ciencia, sino un medio entre ambas. No todo lo que no es bello es necesariamente feo, ni todo lo que no es bueno es necesariamente malo. Infiérese de aquí que el Amor no es un dios, porque no es bello ni feliz. Pero no es mortal tampoco, sino un medio entre mortal é inmortal. Es por consiguiente un *demonio*, pero de grande y extraordinario poder. Son los demonios seres intermedios que llevan á los dioses los votos de los hombres ó traen á los hombres las voluntades de los dioses, y mantienen la armonía en el universo, sirviendo de lazo entre lo mortal y lo inmortal, lo terreno y lo celeste. De ellos se deriva el arte profética y adivinatoria y todo lo concerniente á la magia y á los sacrificios. Por medio de los demonios se comunican los dioses con los hombres, así en la vigilia como en el sueño. Uno de estos demonios es el Amor, hijo de *Poros* y de *Penía*, engendrado en las fiestas del natalicio de Afrodite, cuando su madre vino descalza y cubierta de harapos á pedir limosna á la puerta de los dioses. Como nacido de *Penía*, es pobrísimo, flaco y macilento; anda descalzo y sin lumbre donde calentarse; duerme en el suelo, por las calles ó en los caminos. Como hijo de *Poros*, es fuerte, audaz y terco; anda siempre tras de lo bueno y lo hermoso: es astuto artífice de dolos é ingeniosidades, gran sofista, mago y encantador. Y como no es sabio ni ignorante, *filosofa* y es amigo de la sabiduría.

Amor es el deseo de poseer siempre el bien y la belleza: deseo común á todos los hombres, aunque sólo á una de las especies del amor se aplique el nombre del todo, como á una sola manera de producción aplicamos el nombre de *poesía*. Existe en lo bello un misterioso parto, así por lo que hace al cuerpo como por lo que

respecta al alma. Una alma mortal se hace inmortal por la fecundación y generación en lo armónico; y la belleza es amparadora de la generación, como Parca ó Lucina. De aquí que el amor, más que amor de belleza, sea amor de engendrar ó de producir en lo bello. Toda naturaleza creada y perecedera tiende á immortalizarse y á dilatar su vida en un nuevo sér por obra de generación: así llega á participar de la inmortalidad lo mortal, en quien todo cambia y sin cesar se trasmuda. De aquí el anhelo de gloria, por el cual se arrojaron á la muerte la piadosa Alceste y Aquíles y Codro. Cuanto más excelentes son los hombres, más aman la inmortalidad. Y unos son fecundos en el cuerpo, otros en el alma, y engendran y conciben de ella la justicia, la templanza y todas las virtudes. Esta fecundidad de alma la tienen los poetas y todos los artífices é inventores; pero aún es mejor género de prudencia la de los políticos que rigen bien la ciudad.

Quien siente en sí este anhelo de generación y lleva consigo la semilla de las virtudes, en abriendo los ojos á la razón, busca algún sér hermoso en quien engendrar, y por instinto huye de lo feo. Prefiere, pues, los cuerpos hermosos que decoran un alma bella y de generosa índole. Y viviendo íntimamente unido con el sér hermoso y amado, fecunda el germen de las virtudes que yace en su alma, y habla con él de virtud, y le encamina á ella, con familiaridad todavía más sagrada que la de los padres y los hijos. Así se engendran frutos de virtud y de ciencia, de bellas obras y de sabias leyes, como las de Licurgo ó de Solón. Por tales hijos espirituales se han levantado templos, nunca por los hijos humanos.

Estos son los primeros grados de la iniciación del amor: lleguemos á los últimos. Comience el que ama, por amar un solo cuerpo: comprenda luego que no reside en él toda la belleza, sino que es la misma de otros cuerpos y una sola en todos, con lo cual dejará de amar exclusivamente al primero. Entienda que la belleza del alma es superior á la del cuerpo; y si encuentra un alma armónica, aunque el cuerpo no lo sea, siembre en ella máximas de virtud, y contemple y admire la belleza en las acciones y en las leyes. Pase de aquí á la belleza de las ciencias, tendiendo siempre á una belleza más alta, y no esclavizándose á una sola, sino abismándose en el inexhausto piélago de la hermosura, hasta que nutrido y vigorizado con tan copiosa filosofía, contemple la ciencia una, la ciencia de la belleza en sí.

«Y el que por sus grados haya sido conducido hasta aquí, viendo

por su orden las cosas bellas, llegado al fin de los arcanos de amor, verá de súbito una admirable belleza, por la cual ¡oh Sócrates! bien podemos tolerar los anteriores trabajos; la cual belleza existe siempre, y ni nace ni muere, ni mengua ni crece, ni es en parte hermosa y en parte fea, ni hermosa unas veces y fea otras, ni hermosa respecto de unas cosas y fea respecto de otras, ni hermosa aquí y fea allí, ni parece á unos hermosa y á otros fea. Ni puede imaginarse esta belleza como un rostro hermoso ó unas hermosas manos, ó cualquiera otra cosa corpórea, ni como un razonamiento, ni como una ciencia. Ni podemos pensar que resida en otra cosa, v. gr., en un animal ó en la tierra ó en el cielo, ó en otra cualquiera parte, sino que ella existe por sí misma, y uniforme siempre, y todas las demás cosas bellas lo son porque participan de su hermosura, y aunque todas ellas nazcan ó perezcan, á ella nada se le añade ni nada se le quita, ni ella se inmuta en nada.»

Y así el que comienza por amar un cuerpo, y de allí pasa á dos, y luego ama todos los cuerpos hermosos, y después las bellas acciones y las ciencias ó doctrinas bellas, llegará finalmente á la doctrina de la misma belleza, y conocerá lo que es bello en sí. «Y cuando llegues á contemplarla (añadió la extranjera de Mantinea) te parecerá más preciosa que el oro y los vestidos recamados, y más que los hermosos adolescentes, ante los cuales te quedas ahora embebido, y te quedarías tú y otros muchos, sin comer ni beber y sin más que contemplarlos. Y si esto es así, ¿cuán maravilloso espectáculo será el de la belleza misma, simple, pura, íntegra, no revestida de humanas carnes ó colores ni de ninguna otra apariencia mortal, sino bella en sí misma, uniforme y divina? ¿No crees que quien contemple entonces cara á cara la belleza con los ojos con que puede ser contemplada, no producirá ya imágenes de virtud, sino la virtud misma, porque ya no posee un simulacro vano, sino la cosa en sí? ¿Y no crees que produciendo y nutriendo verdaderas virtudes, se hará amigo de los dioses, y que si algún hombre llega á ser inmortal, éste lo será sin duda?»

Si existe en lengua mortal algo más bello que este ditirambo en loor de la eterna belleza, por mí indignamente traducido, declaro ingenuamente que no lo conozco. Pero de este mismo entusiasmo lírico de Platón por la pura é incorrupta idea, por la idea *en sí*, por el mundo ontológico, nace fatalmente, impuesto por una necesidad lógica, su menosprecio á las artes de imitación, que semejantes al arte del sofista de que se habla en el *Teetetes*, «producen imitacio-

nes» y simulacros de cosas vanas. Para Platón sólo es *poética* en el más alto sentido del vocablo (*creación* que diríamos) la obra de la naturaleza. Las del hombre son falsas y aparentes, sueños para gente despierta. Y es el arte más ruin de todos el que no conoce por principios de ciencia el objeto que se propone imitar.

De aquí surge la intolerante disciplina ética de la *República* (ó gobierno de la ciudad) y de las *Leyes*, en que el arte está subordinado siempre á un fin pedagógico y de utilidad civil, que si tal utopia fuera posible, acabaría por reducir la poesía á los versos gnómicos y á las sentencias de Focílides. Conviene conocer en todos sus detalles este plan de educación estética, tan rígido y cerrado como puede serlo el del más austero moralista cristiano. Pero se ha de advertir que la enemiga de los filósofos contra la poesía homérica no comienza en Platón, y que llevaba en el fondo una condenación implícita de la antigua religión helena, consagrada por el poeta en versos inmortales.

La educación, en la ciudad perfecta é ideal (1), ha de ser armónica por medio de la gimnástica y de la música, mezclando el oro y el hierro, la dulzura y la fuerza en partes iguales. La música, en el sentido de los antiguos, abarca también la poesía; pero Sócrates se declara contra la costumbre de imbuir á los mancebos en todo género de fábulas poéticas, contrarias muchas de ellas á lo que han de tener por verdadero, cuando lleguen á la madurez. Tarde se pierde el sabor de las primeras impresiones. Y no ha de servir de excusa á los poetas la ficción, porque Homero y Hesiodo no fingen hermosamente, antes describen mal á hombres y dioses, cometiendo el mismo yerro que el pintor que se apartara de la similitud con su original. Aunque fuesen verdaderas algunas de las cosas que los poetas cuentan de los dioses, no debían decirse sino muy en secreto para que no se excusase ningún crimen con el mal ejemplo de los dioses. Aun las narraciones de guerras debieran omitirse, y persuadir, si fuera posible, á los jóvenes, que nunca un ciudadano puede ser

(1) Son interlocutores de la *República*, Sócrates, Glaucón, Trasímaco, Adimanto y otros que en el Pireo, en casa de Polemarco, disputaron sobre la justicia.

Las ideas estéticas que van en el texto, han sido entresacadas de los libros 2.º, 3.º y 10. Bueno será advertir que la división en libros no es del autor, sino de los gramáticos alejandrinos. Proclo dedicó la mayor parte de su comentario de la *República* á defender la poesía de Homero, explicando sus ficciones por la alegoría. *Apologia pro Homero et arte poetica*, llamó Conrado Gessner á este comentario.

enemigo de otro; y no se hable de alegorías, que no está para los mozos el penetrar su sentido. Las primeras fábulas, pues, con que se eduque á la juventud han de estar hermosamente ordenadas para la virtud. Si el modelo es el Dios, debe ser presentado tal cual es, así en la poesía épica, como en la mélica ó lírica y en la tragedia. Y así el poeta ha de mostrar que Dios no es la causa de todo, sino solamente del bien, y que Dios es inmutable y simple en su sér, no sujeto á metamorfosis, porque el pasar á una forma peor ó á otra mejor contradice igualmente á la absoluta perfección de su naturaleza.

Los poemas destinados á la enseñanza no han de infundir el terror que enmáellece el ánimo de los jóvenes y los hace tímidos para la guerra por la demasiada estimación de esta vida. No deben poner en los claros varones lágrimas, quejas y lamentos (*Filoctates*), ni risa inextinguible en los dioses. Han de infundir á los jóvenes el amor á la verdad y á la templanza ó *sophrosyne*, habituándolos á estimar con riguroso criterio ético el valor absoluto, real y sustantivo de la justicia.

¿Y esta enseñanza político-moral en qué forma ha de darse? Ó el poeta habla directamente por narración sencilla, ó por imitación, ó combinando los dos modos. En estos dos últimos casos el poeta es imitador, y sus artes de imitación (tragedia, comedia, epopeya) deben proscribirse por ser mentira, apariencia y simulacro vano, indignos de entrar en la educación de hombres libres. Á lo sumo será lícito imiten las palabras de algún varón virtuoso y prudente, pero nunca lo malo ni lo ridículo. «Y si llegase á nuestra ciudad algún varón hábil en el histrionismo y en fingir todas formas é imitar cualquier género de acciones, y quisiere leernos sus poemas, le veneraremos como sagrado, admirable y dulce, pero le diremos que no hay tales hombres en nuestra república, ni conviene que los haya, y le enviaremos á otra ciudad, coronándole antes y derramando unguentos sobre su cabeza. Y nuestro poeta será otro más austero y menos agradable, ó menos diestro artífice de fábulas, que nos imite tan sólo la locución de un hombre templado.»

Á la poesía acompañan el canto y la música, porque la poesía consta de tres partes: palabras, armonía y ritmo. Platón, con la misma severidad ética, destierra el ritmo lidio y el miso-lidio, por lo que tienen de quejumbroso, y el ritmo jónico por lo muelle y afeminado, reservando sólo la viril armonía doria, incitadora del valor en los combates. Destierra la flauta y los instrumentos de muchas cuerdas, conservan-

do sólo la lira y la cítara. Esta misma ley de la templanza ha de extenderse no sólo á los poetas y á los músicos, sino á todas los demás artífices, no consintiéndoles nada intemperante ó indigno de hombres libres, ni en las estatuas, ni en las piedras, ni en los edificios. Guárdese el lauro para aquellos artistas que sean naturalmente dispuestos para penetrar la naturaleza de lo bueno y conveniente: en las obras de los cuales se eduquen los jóvenes como en lugar ameno y saludable, donde de las hermosas obras brille y espire á sus ojos y á sus oídos un resplandor y una aura sana y robustecedora, que desde sus primeros años, y como sin sentirlo, los vaya conduciendo á la virtud, á la amistad y á la armonía. Y así será eficacísima la educación musical, porque el número y la armonía penetran más hondamente en lo íntimo del alma, y la bañan en luz de hermosura. Y quien de tal manera haya sido educado, gustará por instinto de las cosas bellas y aborrecerá las torpes, aun antes de haber llegado á la edad de la razón. Pues ¿qué cosa más bella que un alma hermosa encerrada en cuerpo cuyas partes todas responden armónicamente á la hermosura del alma?

De aquí que el filósofo (como se insinúa al fin del libro 9.^o de la *República*) sea á un mismo tiempo el verdadero músico y el verdadero político, por ser el único que mantiene en armonía las facultades de su alma y que se rige por el modelo ideal de república que no existe en la tierra.

¡Cuán lejos de esto los artistas imitadores! La imitación es el último grado de realidad, inferior no sólo á la idea pura, sino á las cosas sensibles, que elabora el demiurgo, contemplando la idea. El cuadro, la estatua, la tragedia son inferiores á la realidad viva, que ya, á su vez, lo es á la idea soberana. No alcanza la imitación más que un tenue simulacro de verdad, y puede hacerse sin conocer las cosas más que por la superficie. ¿Qué ciudad gobernó Homero? ¿Qué sabias leyes se le deben? ¿Qué cosas útiles para la vida humana inventó? Sólo emplea sus fuerzas en la imitación quien, incapaz de penetrar en la esencia de las cosas mismas, se detiene en los colores y en las figuras. El imitador no distingue lo que es realmente bello y bueno: imita lo que al vulgo le parece tal, y con esto se aquieta. La imitación es un juego de muchachos. Reproduciendo todos los accidentes de la vida humana, la queja, la pasión, el temor, fortifica todos los instintos cobardes, irracionales y menos nobles de nuestra naturaleza, siendo, á la verdad, mucho más fácil imitar de infinitos modos la pasión, que no la serenidad de un varón pru-

dente, lo cual, aparte de ser difícil, no daría gusto y parecería cosa extraña á la muchedumbre congregada en el teatro. Más cuenta trae imitar una naturaleza movediza y apasionada. La poesía, pues, y la pintura, dan alimento á las potencias inferiores de nuestro sér y las robustecen, destruyendo el imperio de la razón, y extraviando el discernimiento con simulacros muy lejanos de la verdad. Los afectos trágicos son femeniles, aunque nos deleiten, y á la larga enervan el alma, dejándola impotente para arrostrar los dolores de la vida. Otro tanto acontece con la risa, efecto propio de lo cómico. La imitación alimenta y riega todas las malas pasiones, la ira, el amor carnal, etc., etc., y las hace dominadoras en nosotros, cuando debían ser esclavas. Debe, por tanto, ser excluída de la ciudad toda poesía, excepto los himnos en alabanza de los dioses y de los varones ilustres, y no hemos de creer en manera alguna á los que nos dicen que Homero civilizó la Grecia, y dió norma para la vida y régimen de las ciudades; porque si la poesía se admite, el deleite y el dolor serán únicos señores de la república. Sócrates acaba despidiéndose bellísimamente de la poesía de Homero, que había encantado las horas de su infancia: «á la manera que los que aman á alguna persona, cuando ven su amor inútil, dejan de amarla, pero con profundo dolor.»

El mismo espíritu de severidad ética que predomina en la *República* informa el tratado de las *Leyes* (1), si bien algunas extremosidades están mitigadas, trocándose, v. gr., en previa censura lo que antes era proscripción y destierro.

Y así la educación en las *Leyes*, tratado menos utópico que la *República*, se define ya «disciplina del placer y del dolor, cuyo desarrollo precede en el hombre al de la razón.» Reconoce el filósofo (libro 2.º) la importancia de los coros, del canto y de la danza, y la tendencia innata en todo sér animado al movimiento. Tiene el hombre, además, el sentimiento de la armonía y del número, de la belleza de los movimientos ordenados y de la voz. Ni ha de condenarse en absoluto el arte como imitación de costumbres, siempre que las costumbres imitadas sean buenas, y que el ar-

(1) Platón dejó incompletas y en borrón (en tablillas enceradas) las *Leyes*, que su discípulo Filipo de Opunto copió y puso en orden. Algunos han dudado de su autenticidad, que parece innegable por testimonio de los antiguos. Zeller es el más acérrimo contradictor de ella y llega á atribuir las *Leyes* al mismo Filipo. Nos atenemos al testimonio de Aristóteles.

tista se someta, como en Egipto, á modelos ideales que no le sea permitido modificar. ¡Última y funesta conclusión del *idealismo* fanático, que, á fuerza de encumbrar el arte á la región de las quimeras metafísicas, acaba por petrificarle en la inmovilidad hierática, condenándole eternamente á la repetición servil de las mismas formas y motivos!

Para Platón, por consiguiente, el arte sólo tiene valor como obra útil, en cuanto imitación de la belleza moral. Lo bello es lo que agrada á los varones rectos y templados, no al vulgo indocto, cuyo aplauso corrompe á los poetas. La poesía, como medio de educación, prepara en los niños con el halago del placer el venidero ejercicio de la razón, y lo bueno es fin, norma y ley única del arte. Para juzgar de la utilidad de una obra de arte, se ha de tener en cuenta: 1.º, la naturaleza del objeto imitado; 2.º, la verdad de la imitación; 3.º, la belleza propia de la obra misma, que en Platón se confunde con su moralidad y efecto extrínseco. Sólo lo honesto es hermoso. No ensalce el poeta otra cosa que la justicia y la templanza, ni anteponga á la virtud las demás obras que el vulgo llama buenas. Primera ley del arte sea el decoro, la conveniencia, la armonía, no dar á los hombres el lenguaje que conviene á las mujeres, ni al ciudadano el del siervo. Segunda condición es la *unidad*: no separar lo que la naturaleza ha reunido, no juntar lo que ha separado: no separar de la música los versos y la danza, ni de las palabras la música. La música instrumental sin palabras es cosa de bárbaros. Un coro de *ancianos* presidirá y vigilará las danzas y los *symposios* públicos en que se eduque á la juventud, al modo espartano. Como el poeta obra á ciegas, y no sabe distinguir lo bueno de lo malo, el magistrado nombrará censores que juzguen sus composiciones y le impidan apartarse de los eternos tipos ó leyes de lo bello, conservando el prestigio y fuerza de la autoridad, de la tradición y de las costumbres antiguas en cantos, juegos, ceremonias, sacrificios, espectáculos y en todo lo que pertenece al deleite. Sinó, fácilmente se arrojan los ciudadanos á novedades peligrosas, en materia más grave (libro 7.º).

La danza predilecta de Platón no es la música (verdadera poesía reproducida por los movimientos del cuerpo), sino aquella manera la danza que ni expresa afectos ni imita cosa alguna, sino que como parte de la gimnástica, da fuerza, gracia y agilidad al cuerpo, secundando armoniosamente la educación viril de la lucha y la palestra. La comedia se tolera, pero en manos de esclavos ó de extranjeros asala-

riados. «Y si los poetas trágicos vienen á nosotros, y nos dicen: «Extranjeros, ¿podremos entrar en vuestra ciudad?» responderemos á estos hombres divinos: «Nosotros también hemos compuesto la más hermosa y excelente tragedia que darse puede, porque toda nuestra ciudad no es más que una imitación de la vida más perfecta. Si vosotros sois poetas, nosotros también... Presentad á los magistrados vuestros cantos en certamen con los nuestros, y si á juicio de ellos nos vencéis, os concederemos un coro.»

Resumamos en breves proposiciones los resultados de este estudio analítico sobre algunos diálogos de Platón. Conviene que el lector los tenga á la vista, para compararlos con la exposición mucho más sistemática que ha hecho de la misma doctrina el autor de las *Eneadas*:

1.^a La belleza es una *idea* que no sólo en el mundo lógico, sino en el mundo real, es y existe independiente de las cosas bellas, que sólo pueden llamarse así en cuanto participan de la *Idea*.

2.^a Por *reminiscencia* de esta Idea, contemplada cara á cara en anteriores existencias, calificamos de bellos los objetos, y ardemos en amor vehementísimo de todo lo que nos ofrece rastros ó vislumbres de aquella eterna, inmutable y no creada ni percedera belleza.

3.^a Cuando domeñamos la parta ínfima y menos noble de nuestra naturaleza (simbolizada en el uno de los corceles que tiran del carro del alma), y sin pararnos en la corteza y superficie de la hermosura terrena, aprendemos á leer en ella los vestigios de la perfección soberana, y ascendiendo más, contemplamos la idea pura y *en sí*, el hombre se enaltece y hace semejante á los dioses, en plácida serenidad y beatitud.

4.^a De estas *ideas* desciende al poeta el divino furor y entusiasmo, á que inconscientemente obedece, no de otro modo que el hierofante ó la pitonisa que, poseídos y llenos del Dios (*entusiasmados*), pronuncian ó declaran los sagrados arcanos. Sin este divino furor ó inspiración no hay poesía ni arte posible.

5.^a Hay perfecta correlación, y aun pudiéramos decir identidad, entre la idea de lo bello, la de lo verdadero y la de lo bueno.

6.^a Toda doctrina de arte ó de retórica (v. gr., la enseñanza, de los sofistas) que abandone la consideración de las *ideas* y de la cosa *en sí*, es vana y estéril. La dialéctica (tomada esta vez en el riguroso sentido platónico) es la base de la Retórica, y aun se confunde con ella.

7.^a La poesía, la pintura, la escultura son artes de *imitación*, y no de la idea pura, sino de las apariencias naturales que la copian

y trasladan. En el modo libre y fácil de filosofar de Platón no es del todo llano conciliar esta doctrina con la de la inspiración y el furor divino, que convierte al poeta, aunque sin ciencia ni voluntad propia, en *spiráculo* del Dios. Caben, sin embargo, dos interpretaciones: 1.^a, el furor divino se aplica á los poetas sagrados y diti-rámicos, y no á los épicos y trágicos, que son los que proceden por vía de imitación, y en quienes el filósofo descarga sus iras; 2.^a y más racional y probable: en la creación artística intervienen dos elementos: el del entusiasmo ó furor; que es de especie alta y divina, y el de la imitación ó los medios de ella, única cosa de que es responsable el poeta y que le rebaja al grado de imitador de las obras del Demiurgo, como éste lo es de los eternos *tipos*.

8.^a El arte es filosofía de amor y tiende á restablecer en el alma la templanza, la serenidad, la *soprhosyne*, la armonía de elementos discordes. Todo lo que contribuya á perturbar esta armonía es, pues, cosa mala y reprobable. De aquí la proscripción absoluta de ciertos modos artísticos y las clarísimas trabas impuestas á otros. De aquí el que se vede ó coarte en la república platónica la imitación de lo malo, odioso y ridículo, y juntamente con esto la de la pasión desbordada y tumultuosa. De aquí la consagración de los tipos tradicionales y hieráticos, y el anatema sobre todo arte desmandado y amigo del movimiento, cosa la más fácil de imitar, y asimismo la más dañosa para el reposo de los afectos humanos (1).

La teoría de las artes de *imitación* encierra en germen toda la *poética* de Aristóteles, que en ésta, como en tantas otras cosas, no es adversario ni émulo de Platón, sino su fidelísimo discípulo. La doctrina idealista de la belleza en sí es la base de las especulaciones de los neo-platónicos de Alejandría. Sigamos atentamente estos dos desarrollos.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

(1) En el *Filebo* define Platón el placer: *la restauración de la armonía natural del sér...* Muchas veces andan juntos el placer y el dolor; así acontece en la tragedia, donde son dulces las lágrimas, y así en la comedia, donde de la calamidad ajena nace la risa. Otros placeres, como el del color, el de la figura, el del sonido y el de la ciencia, están exentos de esta mezcla, porque su privación no es un verdadero dolor.

El placer puro consiste en la contemplación de la belleza ideal escondida bajo formas sensibles... La unión de la sabiduría y del placer, en la cual el *sumo bien* consiste, ha de juntar estos caracteres: verdad, proporción, belleza. (Vid. Trendelenburg, *De Platonis Philebi consilio*, Berlín, 1837.)

Platón fué el primero en señalar la mezcla de placer y de alegría que caracteriza la emoción dramática.

EL RÉGIMEN POPULAR EN ARAGÓN⁽¹⁾

§ 7.º

DECAEN LAS COMUNIDADES EN CASTILLA DESDE EL SIGLO XIII
Y PROSPERAN EN ARAGÓN.

Por lo que ya queda dicho se comprenderán fácilmente las causas por que decayeron las Comunidades en Castilla desde principios del siglo XIII. La aristocracia castellana las miraba con malos ojos. Veía surgir en ellas un elemento poderoso y antagónico. Si los concejos organizaban bien sus fuerzas podían contrabalancear las de la nobleza, aunque muy inferiores en caballería. Los Reyes encontraban en aquéllas un poderoso apoyo, y á su vez los concejos hallaban amparo en el Rey contra las invasiones y usurpaciones de la nobleza.

Por ese motivo, al subir D. Fernando III al trono de Castilla y León, no sin embates y dificultades, lo primero que hicieron los nobles de Castilla fué malquistarle con las Comunidades, pintándolas como un elemento constante de anarquía y perturbación social, y tanto hicieron, y lograron tanto, que el Rey mandó deshacerlas. Aprovecharon también la ocasión algunas aldeas, que habían medrado en población, agricultura ó industria, para obtener del Rey el ser declaradas villas, y en tal concepto exentas de la jurisdicción comunal.

En los archivos de Segovia y Cuenca (2) existe el privilegio de San Fernando del año 1250, en que confiesa que al subir al trono le habían engañado sus consejeros preocupándole contra las Comunidades de Castilla.

(1) Véase la pág. 554 del tomo VIII.

(2) En el de Segovia pude copiarlo del original. Del de Cuenca me facilitó copia mi compañero y amigo D. Fermín Caballero.

«Conoscida cosa sea á quantos esta carta vieren como yo D. Fernando, Rey de Castiella... Envié mis cartas á vos el concejo et á los omes buenos de Segovia, que enviarades los omes buenos del vuestro concejo á mí por cosas que habia de veer et de hablar con vosco por buen paramiento de esa villa. Et vos enviases vuestros omes buenos ante mí, et yo fablé con ellos aquellas cosas que entendí que eran buen paramiento de la tierra, et ellos *salieronme bien, et recudieronme bien á todas las cosas*, de guisa que fuí su pagado.

»Et esto pasado rogaronme et pidieronme mercet por su villa (1) que les tuviese aquellos fueros, et aquella vida, et aquellos usos, que ovieron en tiempo del Rey D. Alfonso mio abuelo, et a su muerte, assi como yo ge los prometí, et ge los otorgue...

»Et yo bien conosco que quando yo era más niño, *que aparté las aldeas de las villas, et algunos lugares*, et á la sazón que yo esto fize, era yo muy niño, et no paré hy tanto mientes.»

Se ve, pues, que abusaron los cortesanos de su inexperiencia para sublevar las aldeas contra las villas capitales á fin de debilitarlas, suscitándoles rivalidades dentro del territorio. El Rey, advertido á tiempo, y desengañado de su error, lo confiesa y enmienda, y con consejo de Obispos, caballeros y Maestres de las Órdenes militares, que ya formaban su consejo, dice que *«tuve por derecho et por razon de tornar las aldeas á las villas, assi como era en dias de mio abuelo D. Alfonso, et á su muerte.»*

Autoriza al concejo para que envíe omes de él para hablar con el Rey, que sean cavalleros, que no sean más que tres, y que sólo lleve cada uno tres bestias, et non más. Si van hasta Toledo se les dará *medio maravedí cada día*, y de Toledo contra la frontera, un maravedí.

«Otrosi mando que los menestrales no echen suerte en jugado por ser juez, ca el juez debe tener la seña (2), et tengo que si afruentá viniese, ó á logar de periglo, et ome vil, ó raez, la toviese que podría caer el concejo en gran onra, et en gran verguenza.»

La fecha de este documento es la siguiente: *«Facta carta apud*

(1) La de Segovia, que aún no tenía honores de ciudad, á pesar de tener catedral y Obispo propio.

(2) El pendón concejil ó de la villa. De ahí el que algunos Corregidores, al sustituir á estos jueces concejiles, se titularan D. N. Corregidor y *capitán á guerra* de tal pueblo.

Sibilla Reg. exp. xxij die novembr. G.º mart. scripsit. Era MCC octogésima octava» (1).

Se ve, pues, por este documento la tendencia de la aristocracia á deshacer las Comunidades, lo mismo en Aragón que en Castilla, ó por lo menos á desvirtuarlas. Aun en este mismo documento de reparación de agravios y errores, se echa de ver la tendencia á que los caballeros preponderen en el concejo de Segovia. Otro tanto se advierte en el de Cuenca, y supongo que lo mismo sucedería en los demás.

Otro medio fué el erigir en villas algunas aldeas del territorio comunal, las cuales, en el hecho de ser villas, quedaban exentas de la villa capital y su concejo, pues lo tenían propio, y con eso se eximían de seguir el pendón concejil de la capital. Por eso los concejos llevaban á mal la erección de estas aldeas en villas, pues se disminuían sus fuerzas é importancia.

Es muy de notar que Cisneros, durante su breve regencia, tratara de organizar en Castilla las milicias concejiles de las Comunidades, formando lo que llamó la *gente de la ordenanza*, y armando una especie de milicia ciudadana llegó á tener 33.000 hombres armados, labradores y menestrales, gente honrada, como dice uno de sus secretarios, que servirían al Rey con decisión y lealtad, pues antes, las milicias levantiscas se componían *de desorejados* (2).

Así que, cuando la aristocracia se sublevó en Andalucía á favor del Conde de Cabra, que había atropellado á un alguacil, al intimarle un mandato del Consejo, el Regente les impuso, no con las dos compañías de arcabuceros que tenía en Madrid, sino con la gente de la ordenanza. Los nobles conocieron entonces á dónde tiraba *el fraile*, y lo que trataba de hacer en obsequio de la Corona. Los de Valladolid fueron tan necios, que no quisieron tomar las armas que les proporcionaba el Regente, pues el Almirante Enríquez les dijo que *el fraile* quería imponerles la servidumbre de servirle de soldados. Harto lo sintieron al estallar la guerra de *las Comunidades*, que acabó con la influencia de los concejos de Castilla.

Á Cisneros y á su política se culpó de haber iniciado la guerra de

(1) El sello: castillo en el anverso y león en el reverso, con las letras S. FERNA-
DI. REGIS. CASTELE. TOLTI.

(2) Véanse sobre ello las cartas de los secretarios de Cisneros que se conservan en la Universidad y publicadas por el Gobierno en 1875.

las Comunidades (1), y el mismo Gonzalo Fernández de Oviedo en sus *Quinquagenas* (2) considera á la gente de la ordenanza como canalla levantisca, pues él, como criado en Palacio, hablaba el lenguaje de los palaciegos de su tiempo.

Pero algunas de las aldeas erigidas en villa lograron más adelante que los Reyes premiasen sus servicios especiales formando Comunidades particulares, dentro de la Comunidad primitiva y capital, suscitándola rivalidades y antagonismos.

Así, por ejemplo, Sepúlveda logró emanciparse de Segovia y formó Comunidad aparte. También logró lo mismo la villa de Atienza, haciéndose Comunidad de varias villas hasta el Henares, y en tiempo de D. Alfonso VII.

En Aragón se fué verificando lo mismo, pero más adelante, y las Comunidades estaban muy pujantes en el siglo XIII y muy adictas al Rey, como veremos en el artículo siguiente, según la narración del mismo Rey D. Jaime, á quien prestaron grandes servicios. Cuando después del desastroso sitio de Albarracín se le sublevó toda la aristocracia, incluso sus parientes, se burlaron de él y le cogieron preso los oligarcas de la siempre leal ciudad de Zaragoza (*siempre adicta al Rey*, según Argensola), y le volvieron á coger preso los oligarcas de Huesca, cuenta el Rey que tuvo que retirarse á Calatayud, que era casi la única villa que le quedaba fiel.

La conquista del castillo de Chio, en Valencia, recuerda la prepotencia de las tres Comunidades, y la tradición milagrosa de los Santos Corporales de Daroca es un testimonio constante de ello. Según esta tradición inconcusa, iban á comulgar los caudillos de la gente de Calatayud, Daroca y Teruel, que habían conquistado aquel territorio cuando salieron los moros de rebato con tal furia, que los jefes no tuvieron tiempo para comulgar, y el capellán, que era el cura de San Cristóbal, en Daroca, en vez de sumir las formas, las envolvió en los corporales y las escondió debajo de una piedra y un palmito, por si acaso había que huir.

Terminado el rebato y vencidos los moros, cuando los caudillos de la gente de las tres Comunidades vinieron á comulgar, hallaron

(1) Hubo de particular, entre otras varias cosas, que Gonzalo Fernández de Ayora, escritor de aquel tiempo y capitán de los alabarderos del Regente, fué el que adiestró á los comuneros en el manejo de las picas.

(2) Véase el tomo 1.º y único hasta el presente, publicado por la Real Academia de la Historia, y su índice *rerum notabilium*.

las formas pegadas á los corporales y teñidas de color sanguinolento. Así se custodian en Daroca, desde el tiempo de D. Jaime I, que las hizo colocar en precioso viril.

§ 8.º

FEUDALISMO ECLESIAÍSTICO EN EL ALTO ARAGÓN.

Para poder apreciar bien el estado social y político de Aragón desde su unión con Cataluña, ó, por mejor decir, desde fines del siglo XII, preciso es tratar del feudalismo eclesiástico, sus grandes fuerzas é importancia, una vez que se han descrito las del Rey, la nobleza, la oligarquía y los concejos comunales. Preciso es también conocer su origen y desarrollo hasta llegar á formar un brazo especial en el Parlamento, que contrabalanceaba al aristocrático y al popular, y que por lo común se ladeaba al Monarca, pero no siempre.

La inmunidad personal del clero y sus iglesias, ó sea el fuero eclesiástico, quedó reconocido en el primer Concilio-parlamento de Jaca, en 1660, en el cual D. Ramiro reconoció que se habían hecho no pocos agravios á la Iglesia, y sancionó el fuero especial del clero, á cargo de los Obispos y arcedianos. *Statuimus etiam ut causæ clericorum, pro quibus hucusque Ecclesia nostris in partibus gravata non modicum extiterat deinceps Episcopo soli, et Archidiaconibus, ejus, discutiendæ relinquuntur.*

Firman allí, además del Metropolitano de Aux, los Obispos de Urgel, Olorón, Lascaris, Rueda y el de los mozárabes de Zaragoza llamado Paterno, pues los moros de allí rendían parias á veces á los Reyes de Navarra y Aragón. Á continuación de los Obispos firman los abades de San Juan de la Peña, San Victorián (*Asanense*) y de San Andrés. Échase de ver, pues, la parte personal del clero, su organización y la distinción del clero secular y el regular, la asistencia á las Cortes y Concilios, al estilo visigodo, no solamente de los Obispos, sino también de los abades, firmando después del Rey y antes que la aristocracia.

En rigor, pues, del brazo del clero habría que hablar más bien al tratar de la aristocracia que de la democracia; con todo, salvas algunas excepciones, el clero solía favorecer más bien al Rey, y como la mayor parte de aquél salía del estado llano, y acataba mucho los

fueros, no hay inconveniente en hablar de él y de su influencia social y política al tratar del régimen popular.

Los principales monasterios eran en un principio los de la montaña ya citados, San Juan de la Peña y San Victorián. Añadiéronse luego á éstos los de Santa Cristina *in summo portu*, junto á Canfranc, donde los monjes asistían á los viajeros y peregrinos, y más adelante Montearagón y Roda, cuando perdió su Sede y pasó ésta á Barbastro.

D. Pedro I de Aragón favoreció tanto al monasterio de San Juan de la Peña, por sus aficiones á los monjes cluniacenses, ya entonces decadentes, que, con mal entendida piedad, dejó casi sin obispado al Obispo de Jaca, D. García, hermano suyo. Éste se quejó al Papa, y le presentó al renuncia, que aquél no quiso admitir. Eran tan prepotentes los cluniacenses por aquel tiempo, que no fuera fácil el remedio (1). Y no era eso lo peor, sino que como dependientes de Francia y Borgoña, miraban con desprecio todo lo que era de España, y á los españoles como salvajes y casi infieles.

No es por tanto de extrañar que de San Juan de la Peña saliesen los tiros contra la liturgia antiquísima y apostólica de España, impropiamente llamada *gótica*, y malamente, y aun peor titulada *mozárabe*, pues la seguían los aragoneses de la alta montaña, que nunca fueron mozárabes, puesto que desde el siglo VIII se batían con los musulmanes, sin reconocer dependencia de ellos.

Para calcular la riqueza, vasta jurisdicción, y por consiguiente, la gran importancia de aquel monasterio, y de su abad como señor feudal y como Prelado exento, basta leer el enorme catálogo de monasterios y parroquias, pueblos y predios, que cita el abad Briz Martínez en el lib. I, cap. 56 de su historia de San Juan de la Peña, (página 255). Las iglesias parroquiales y demás seculares, que allí cita, suben nada menos que á 126, la mayor parte donaciones antiguas y en el alto Aragón. Algunas de ellas habían sido antes también monasterios, que absorbió el de San Juan, no con mucha ganancia del ascetismo y vida monástica de aquéllos. Además de estas iglesias seculares ó secularizadas, tenía jurisdicción sobre la friolera de otros 65 monasterios, cuyo catálogo puede verse allí mismo. (pág. 246).

(1) San Bernardo, al describir con su vehemente celo el fausto y opulencia de los cluniacenses, dice que tenían más lujo que los Obispos. Por eso San Roberto y los más fervorosos salieron de aquel instituto para formar el cisterciense.

Así que el obispado de Jaén quedó reducido casi á la nulidad, y al conquistar á Huesca, se trasladó allí la Sede, no sólo por la tradición, sino casi por decoro, pues era poco el Obispo al lado del opulento Abad.

Mas al restablecer Felipe II aquel obispado, no hizo más que devolverle á la iglesia de Jaca gran parte de las indiscretas donaciones de D. Pedro I, y además el territorio de la Valdonsella, que un Rey de Navarra había dado á Pamplona, en perjuicio de Jaca y Aragón, trayendo con ellos y los malhadados privilegios y exenciones un manantial de orgullo, que fecundaba un semillero de pleitos, con gran fruición de los curiales propios y extraños.

El mismo D. Pedro tuvo que palpar las funestas consecuencias de sus errores económicos. Exentos los monasterios, y opulentos con tan pingües donaciones, no querían contribuir para los gastos del Estado, y sobre todo de la guerra. El Rey entonces escribió al Papa Urbano II una carta muy dura, con rudeza militar y cierta *franqueza* al estilo de Aragón, diciéndole al Papa por lo turbio, si no por lo claro, que no tenía dinero ni de dónde sacarlo; que sus nobles estaban también faltos de recursos, que sin dinero no se podía hacer la guerra, y que, si no se hacía, vendrían los moros, y entonces el clero y los monjes tendrían que pagar á éstos lo que no querían pagar al Rey. El argumento era fuerte, y más dicho en aragonés, lenguaje muy claro, y sin ambajes ni rodeos. *Restat ut mendicitati dediti, dimissa militiâ, quæ absque pecunia exerceri non potest, per totum mundum vagentur* (pág. 674).

El Papa entonces concedió al Rey y á los magnates que todos los bienes, diezmos y rentas de los pueblos que sacasen de poder de infieles, fuesen para ellos, con sólo que atendiesen decorosamente al culto y sus ministros. Esta es la célebre concesión pontificia y origen del Real Patronato en Aragón, más amplio que el de Castilla. Por eso en Aragón no se conocían las Tercias Reales, ni el Noveno y Excusado, pues tenían el Rey y los ricos hombres por la bula de Urbano II mucho más que los de Castilla.

§ 9.º

FEUDALISMO ECLESIAÍSTICO EN EL BAJO ARAGÓN: ÓRDENES MILITARES EN AQUEL TERRITORIO.

Dada ya idea, aunque ligera, de lo que era el feudalismo eclesiástico, en el Alto Aragón, hasta fines del siglo XI, resta decir lo que era asimismo en el Bajo Aragón, ó sea la *tierra nueva*, desde las conquistas del Batallador á principios del siglo XII.

La tierra conquistada alcanzaba de Tudela á Mequinenza; de Soria á Monreal del Campo, entre Daroca y Teruel, y de Zaragoza á Medinaceli, siquiera luego perdiera Aragón todo el territorio de Soria, Medinaceli y Molina, quedando su límite en el otro Monreal de Ariza, como lo es hoy día. Trescientas iglesias dedicó el Batallador á la Virgen María en el misterio de la Asunción, y eso que dicen sus difamadores que era impío.

En el territorio nuevo restauró el obispado de Tarazona, y erigió colegiatas en las dos grandes villas cabezas de Comunidad, Calatayud y Daroca.

El clero de ambas Comunidades era *patrimonialista*, es decir, que no podían obtener beneficios en las iglesias parroquiales sino los bautizados en ellas; así que aquel clero indígena, aunque pobre, era muy afecto á los intereses del País, y á la vez los parroquianos lo eran al clero compuesto de sus hijos y parientes. No pasaba por muy ilustrado, pero sí por morigerado y sencillo, y era numeroso con poca renta; pues más bien que á tener pocos clérigos y ricos, como en Castilla, propendían á tener muchos y de poca renta, pero hijos del pueblo. Era cierta especie de clero popular, conforme á la índole de aquellos hombres agricultores y pobres, pero laboriosos, honrados é independientes; de carácter duro, vengativo y altanero si se los maltrata, dócil y cariñoso, á poco que se sepa llevarles el genio.

También el de Teruel era patrimonialista. El obispado de aquella ciudad no se creó hasta los tiempos de Felipe II.

El patronato de las parroquias lo tenían en las aldeas los mismos concejos. Véase por qué al hablar del régimen popular era preciso tratar también de las diferentes clases de organización que allí tenía el clero, y por qué esta organización patrimonialista y cuasi democrática respondía al régimen del feudalismo municipal de las

Comunidades, hasta el punto de que no lo hubiera en los otros territorios de Aragón, donde no había Comunidad.

La *tierra baja*, correspondiente á la antigua Edetania (1), era el territorio de las órdenes militares de Aragón.

Por su inconveniente testamento dejó D. Alfonso su Reino á las órdenes militares de Palestina. Esto indica que aquel Monarca se creía absoluto, aunque no lo era; y que no consultó con los ricos hombres su pía pero impolítica disposición. Á reclamar el cumplimiento vinieron caballeros del Santo Sepulcro y del Hospital de San Juan. Dió heredamiento D. Ramón á los canónigos y caballeros del Sepulcro en Calatayud, los cuales luego tuvieron fundaciones en Huesca y otras partes de Aragón y Cataluña. Á Castilla los trajo el Emperador D. Alonso VII, dándoles fundación en Logroño y otros puntos.

Á los hospitalarios, ó San Juanistas, les dió heredamiento en Caspe. Los caballeros de Calatrava, después de varias desgracias y reyerzas en Castilla, se establecieron en Alcañiz, dividiéndose en dos lenguas ó naciones, como los San Juanistas, entre los cuales la lengua de Aragón era más antigua que la de Castilla. El superior de éstos llevaba aquí el título de gran Castellán de Amposta. Los templarios tenían en Monsón su principal fortaleza, pero trabajaron bien en la Serranía de Teruel, donde se hicieron dueños de Cantavieja, Tronchón, Fortanete y otros pueblos de aquella Serranía, que luego pasaron á ser de la orden de San Juan.

Fama de rígidos y valientes tenían los templarios de Aragón, y por la historia aparecen más briosos que los San Juanistas, sus herederos.

En Sixena tenían los San Juanistas un monasterio fundado por la piadosa mujer de D. Alfonso el Casto, que era en Aragón lo que las Huelgas de Burgos en la Corona de Castilla. No tenían ni tienen rígida clausura aquellas religiosas. Allí trajeron los San Juanistas á enterrar al malandante D. Pedro II, muerto cerca de Tolosa, en Francia, á manos de Simón de Monfort y sus cruzados.

Orden peculiar de Aragón era la de San Jorge, patrón del Reino, la cual tuvo asiento en tierra de Teruel, y se tituló de Alfambra. Conquistaron algunos pueblos en las entradas de Valencia. Alguno ha opinado que pudiera ser esta orden la que estableció D. Alfonso el Batallador en Monreal, pero no parece cierto.

(1) La Edetania no sólo llegaba á Cæsaraugusta, sino que la comprendía.

Briz Martínez habla de los caballeros de San Juan, pero fueron meros donados, que se ofrecían al santo y su monasterio de la Peña, y no llegaron á formar un cuerpo de caballería y de religión formal, como los otros.

Las corporaciones eclesiásticas que asistían á las Cortes, según Martel, en la «forma de celebrar Cortes en Aragón» (pág. 43), son las siguientes:

DERECHA.

Obispo de Huesca.
 Obispo de Jaén.
 Obispo de Barbastro.
 Abad de Montearagón.
 Comendador de Alcañiz.
 Abad de San Juan de la Peña.
 Abad de Veruela (1).
 Abad de Santa Fe.
 Abad de la O.
 Prior de Nuestra Señora del Pilar.
 Prior de Roda.
 Capítulo de la Seo de Zaragoza.
 Capítulo de la Seo de Huesca.
 Capítulo de la Seo de Jaca.
 Capítulo de la Iglesia de Barbastro.
 Capítulo de Santa María de Calatayud.
 Capítulo de la Iglesia de Borja.

IZQUIERDA.

Obispo de Tarazona.
 Obispo de Albarracín.
 Obispo de Teruel.
 Castellán de Amposta.
 Comendador de Montalbán.
 Abad de San Victoriano.
 Abad de Rueda.
 Abad de Piedra.
 Prior de la Seo de Zaragoza.
 Prior del Sepulcro de Calatayud.
 Prior de Santa Cristina.
 Capítulo de Nuestra Señora del Pilar.
 Capítulo de la Iglesia de Tarazona.
 Capítulo de Santa María de Albarracín.
 Capítulo de la Seo de Teruel.
 Capítulo de Santa María de Daroca.
 Capítulo de la Iglesia de Alcañiz.

La presidencia la tenía el Arzobispo de Zaragoza entre los Obispos de Huesca y Tarazona, cuando se reunía aquel estamento ó brazo separadamente.

§ 10.º

JUNTEROS Y SOBREJUNTEROS: LIGA DE LOS CONCEJOS.

Para la mejor ejecución de la justicia y persecución de malhechores formaron juntas y corporación varias ciudades, comprometiéndose á no dar asilo á los malhechores, y antes bien perseguirlos y entregarlos á los tribunales. Sucedió con los junteros de Aragón lo que con la Santa Hermandad de Castilla y sus averiados *cuadrille-*

(1) Los Abades precedían á los Priors seculares por ser mitrados, pues conforme á los principios del derecho canónico, eran inferiores á los seculares.

ros (1); pues hubo que dar disposiciones contra sus abusos y desmanes. Los jefes se llamaban *sobrejunteros* (*supra juntarii*). En la compilación de fueros de Aragón se habla de ellos como de autoridades populares antiguas, reconocidas y existentes.

La primera disposición foral acerca de ellos da idea de su institución popular, y aun de algunos de los abusos que cometían, puesto que se les prohibió cometerlos, y no se prohíbe lo que no se hace (2).

«Los sobrejunteros ejecuten las sentencias del Justicia de Aragón y las que se les comuniquen de parte del Rey, y las que les mandare el Gobernador de Aragón, y también las sentencias de los demás jueces, y no sean negligentes en ello. No citen ni embarguen á nadie sin mandato del Rey, del Gobernador, del Justicia ó de los jueces, y esto sin entrometerse á conocer en las causas. Pero tengan obligación de perseguir de oficio á los ladrones, homicidas y demás malhechores, con requisitoria ó sin requisitoria, y prenderlos; y hagan que pongan de manifiesto los hurtos y robos, y éstos hagan que se restituyan á sus dueños, sin llevar nada por ello.»

Tasa en seguida el fuero sus derechos según la calidad de las villas, pero añade que no se obligue á ser junteros á los mesnaderos; caballeros, infanzones, ni á los vecinos de las *villas nobles*.

Lo más grave es que si el sobrejuntero era negligente, ó andaba remiso en la ejecución de las sentencias, ó en el desempeño de su oficio, tenía que responder de daños y perjuicios á las partes reclamantes que tuvieran allí asuntos que litigar: se les encargaba que lo hiciesen sin demora ni tardanza; y que si alguno debía de ser juzgado en Teruel, lo fuese á fuero de Aragón; pero á los de Teruel se les juzgase por el de Teruel.

Los de la Hermandad, ó germanía, debían enviar á Zaragoza dos vecinos del pueblo, el día de la Cruz de Mayo, para tratar los asuntos de la Hermandad, y si no lo hacían, debían pagar los gastos de todos los otros concejos.

Excusamos con esto dar idea de los demás fueros relativos á estas juntas ó hermandades populares, y á las varias disposiciones relativas á ellas, y á sus jefes ó sobrejunteros, en épocas posteriores ó con relación á los títulos siguientes.

(1) Desde tiempos remotos, y en el extranjero, eran conocidas *las guildas ó confratrias* armadas para la defensa y con carácter religioso.

(2) *De officio supra junctariorum*: Libro IX, en los fueros que ya son de D. Jaime II, y en las Cortes de Zaragoza de 1300.

Antes de esto habían hecho en 1260 otra Hermandad los concejos de Zaragoza, Barbastro, Huesca, Jaca, Tarazona, Calatayud, Daroca y Teruel, para la persecución de malhechores, comprometiéndose á perseguir y castigar según fuero á todo el que en ellos, ó en su territorio, cometiera homicidio, hurto ó robo (1). Si no se le podía prender, se le debía encartar, avisando á las demás villas agermanadas para que le prendieran y se hiciera justicia de él.

Entre las disposiciones que se tomaron, fué una de ellas que en cada villa se nombrasen dos sabidores de derecho (*duo sapientes*) para juzgar en las causas y pleitos de los forasteros, remedo del pretor peregrino de Roma, aunque los aragoneses miraban con malos ojos el Derecho romano.

§ 11.º

REYERTAS ENTRE LAS VILLAS CABEZAS DE COMUNIDAD Y LAS ALDEAS.

Hay ciertas evoluciones sociales que se cumplen de una manera parecida á ciertos fenómenos naturales: por eso, estudiando aquéllas y comparando no pocas con éstos, han dicho algunos observadores que las leyes del mundo moral son parecidas á las del físico en muchos casos y cosas. Las colonias, cuando han crecido en prosperidad y bienandanza, tienden á separarse de la metrópoli y constituir estado aparte, como los hijos se vienen á separar de sus padres, por mucho que los quieran, para constituir casa y familia, quedando emancipados. Esta ley inexorable de la familia y del régimen colonial se verificó en Aragón, y aun en Castilla, con las aldeas de las Comunidades.

Eran las aldeas unos barrios, y nada más que barrios, de la villa mayor cabeza de Comunidad. El dominio del territorio era de la villa: así lo dicen terminantemente las cartas pueblas, en que les señala el Rey territorio concejil con autoridad en todo él. Así que las aldeas no tenían concejo, sino meros alcaldes que pudieran llamarse *pedáneos*, dependientes del Justicia de la villa, y cuando más con algún sayón ó alguacil, llamado comunmente *andador*, término muy expresivo del cargo que desempeñaba. Pudieran compararse las al-

(1) Después de nombrar los citados concejos dice: *Per nos et nostros presentes et futuros facimos unitatem, germanitatem et societatem...*

deas con respecto á la villa capital, como los barrios de Altabás y Torrero en Zaragoza, los cuales, por populosos y aislados que estén por el río ó la distancia, no dejan de ser barrios de la ciudad con dependencia de su Ayuntamiento.

Mientras las aldeas fueron débiles y pobres no hubo reyertas con la capital, sino todo lo contrario; pues en las incursiones de moros ó de cristianos enemigos acudían á la villa con sus familias y fortuna á guarecerse, y de la villa salían el señor y los caballeros en hueste (*in hostem*) á batir á los que allí habían entrado en algara ó rebato; pues los pobres labradores de las aldeas no estaban en disposición de batir al enemigo, ni aun apenas defenderse, en los mezquinos torreones y almenaras que solían tener. Y tanto era así, que en Daroca, plaza muy fuerte por entonces y bien murada y torreada, cada pueblo de la Comunidad cuidaba de la conservación de su torreón y de la muralla adyacente, y añade la tradición local, que en los casos de sitio y rebatos, los aldeanos que se acogían á la villa sabían ya el sitio que habían de ocupar, para guarecerse y para el mejor orden y comodidad de la defensa.

Pero esto era en el siglo XII, pues antes de concluir éste, ya algunas villas habían crecido y prosperado mucho en vecindario, fortaleza, agricultura, y aun en industria y comercio, de modo que ya no necesitaban del amparo de la villa capital. Por otra parte, los curiales de ésta comenzaban á ejercer con ellos ciertos actos arbitrarios y de explotación y socaliña, que aquéllos no podían llevar en paciencia, y mucho más viéndose tratados con ese desdén y altanería con que el magnate trata al plebeyo, el ciudadano al lugareño, llamado vulgarmente *paleta*, y el militar al *paisano*, sin acordarse aquél de que ayer lo era, y al otro día lo volverá á ser. Además, en cuanto al pago de gabelas y su reparto, cargaban éstas en su mayor parte sobre las aldeas, de modo que los de la villa pagaban muy poco, y por el contrario, los míseros aldeanos pagaban mucho más respectivamente. Tales estorsiones y arterías tuvieron el resultado que era de esperar *naturalmente*; pues á la naturaleza misma se invoca en estos casos de queja por agravios y legítima defensa. Lo primero que hicieron los aldeanos fué quejarse al Rey, y comenzaron á pleitear y obtener sentencias contra la villa capital. Hicieron valer cerca del Monarca la influencia de sus hijos, si alguno de ellos, rico ó valeroso, llegaba á distinguirse, y aun obtuvieron privilegios especiales, con harto disgusto de los de la capital.

Mas como no siempre obtenían justicia del Rey, ni esas gra-

cias por sus servicios especiales, buscaron las aldeas defensa en sí mismas y en la unión de sus propias fuerzas: agermanáronse, pues, contra la villa capital, y pasando revista á sus fuerzas, se hallaron más fuertes que ella. Desde luego constituyeron juntas de Comunidad, que se reunían periódicamente, y turnaban entre sí, para la celebración de sus juntas y elección de sus diputados. En Castilla se dividieron en sexmos, á pesar de que no siempre estaban divididos por sextas partes. Los sexmeros de Salamanca llegaron á ser célebres por su energía (1). Los de tierra de Segovia tenían participación y representación en el concejo de la ciudad, y ésta admitía en su seno dos diputados ó representantes de sus aldeas, á los que daba asiento en juntas y ceremonias oficiales.

En Aragón se dividían las Comunidades por los ríos ó partidos. La de Calatayud, en vez de sexmos, tenía cuatro partidos denominados por sus ríos Jalón, Jiloca, Miedes y Ribota, ó la Cañada de Villarroya. En cada uno de estos distritos había su cabeza de partido, en antagonismo con la villa capital; y últimamente llegó el caso de que se alzarán con el nombre de *Comunidad*, contraponiendo éste al de las villas capitales, cuando éstas se erigieron en ciudades. Así que éstas llegaron á perder ya su autoridad administrativa en gran parte desde el siglo XIV, quedando solo á la ciudad el honor de serlo y tener maceros y clarines, en señal de su dignidad; la autoridad judicial en sus merinosé justicias ó corregidores, las notarías y escribanías públicas, pero no siempre ni en todo el derecho de repartir los tributos, derramas y gabelas, ó, en todo caso, con intervención de los sexmeros, ó diputados de los ríos, aunque sin nada del señorío feudo-municipal que se les diera en un principio. Obtuvieron además representación especial y peculiar en las Cortes, como veremos luego. La Comunidad de Calatayud llegó al extremo de avasallar casi á la ciudad, y no solamente se negó á seguir el pendón de ésta, sino que durante las guerras de Cataluña, en tiempo de Felipe IV, no quiso que el tercio de sus aldeas marchase con la compañía que envió la ciudad, y obtuvo privilegio de que llevara pendón aparte con las barras de Aragón y usara el sello con ellas.

Una de las causas de la terminación de lo que llamamos con mayor ó menor propiedad feudalismo de los concejos de Comunidad,

(1) Hubo corregidor en Salamanca en el siglo pasado que decía que le imponían más la capa parda y las *garipolas* de un charro sexmero, que el pectoral del Obispo y el bonete del Maestrescuelas.

fué la erección en villas de algunas aldeas en que los señores feudales tenían grandes heredamientos, ó adquirirían el territorio por compras ó permutas, ó por larguezas de los Reyes, no siempre espontáneas ni discretas. Estos señores daban á veces cartas pueblas y muy amplias, y atraían industriales, que hacían afluir á ellas el comercio y las riquezas. Estas hacían desear la independendencia; y, erigidas en villas, lograban emanciparse de la Comunidad, formando su concejo, cuyo alcalde nombraba ó confirmaba el señor feudal, Conde, Ricohombre, ó mesnadero. Así venían á constituirse pequeñas repúblicas dentro de otra república. Mas en estas villas de señoría aristocrático, los villanos, luego que fueron opulentos, vinieron á sentir los mismos conatos de emancipación que en las otras, y comenzaron á pleitear en su día con sus señores, como las otras habían pleiteado por sacudir el feudalismo concejil; y villa hubo, como Monreal de Ariza, patria de Antonio Pérez, que, no pudiendo ganar un pleito al Duque de Villahermosa, halló más sencillo matarlo de un trabucazo.

§ 12.º

ASISTENCIA DE LOS CONCEJOS Á LAS CORTES; CLASIFICACIÓN DE CIUDADES, ALDEAS Y VILLAS.

Mas estas noticias rebasan ya los límites del siglo XII y comienzos del XIII, que nos habíamos trazado en el estudio de esta segunda época, y de los preludios de las malhadadas guerras civiles de la Unión. Pero era preciso avanzar algún tanto en la descripción del régimen popular de Aragón, no fuera que, diciendo el origen y sus primera fases y evoluciones, resultase un estudio incompleto y deficiente, presentando los principios y no diciendo las consecuencias, siquiera sumariamente, y las causas sin sus efectos naturales y políticos.

Las Comunidades de Calatayud y Daroca sostuvieron todo el peso de la guerra que hizo D. Pedro el Cruel contra su no menos cruel adversario y homónimo el Ceremonioso. Tarazona y Borja apenas le opusieron resistencia. Calatayud se defendió durante cuatro meses contra un ejército de más de 30.000 hombres y numerosa artillería. Imposible parece. Dió tiempo con esto á que el Rey de Aragón, sorprendido malamente con violación de la tregua

puesta por el Legado pontificio, pudiera levantar ejército en Aragón y Cataluña. En Daroca, defendida por el Maestre de Calatrava y otros caballeros, no logró entrar el Rey de Castilla.

Al concluir la guerra, D. Pedro el Ceremonioso premió el valor de los vecinos de una y otra villa, haciéndolas ciudades; y no de balde, pues aquel Monarca tacaño no lo estilaba. Á los de Calatayud les vendió á peso de oro los castillos que habían regado con su sangre, sin que el Rey pudiera ayudarles á defenderlos.

La declaración de ciudad daba á las villas grandes cierta especie de nobleza municipal, que no siempre se ha podido definir ni apreciar bien. El derecho de alzar pendón lo tenían las villas, aun las menores, como las ciudades. Se ha querido suponer que el distintivo de las ciudades era el de tener maceros que precediesen á los concejos, como los lictores á los magistrados romanos. Pero resulta que también los tenían las villas, cuando querían tenerlos y podían pagarlos. El llevar clarines que avisasen su llegada, no era tampoco distintivo único. Los Ayuntamientos de Zaragoza, Huesca y Calatayud llevan todavía timbales y clarines, y puesto que han llegado hasta nuestros días tales distintivos, no es cosa de que lo pierdan, mucho más cuando los concejos de Vallecas, Meco, Retascón y Parla están en grave peligro de tener antes de poco tratamiento de *Ex-celencia*, ¡muy democráticamente, eso sí!

El Ayuntamiento de Jaca, con ser ciudad tan antigua, no usa timbales ni clarines, sino que uno de sus dependientes va delante del Ayuntamiento golpeando en un rudo y antiquísimo instrumento, que llaman el *chicotén*, y que se recomienda al estudio de los arqueólogos.

A la muerte de D. Pedro el Cruel dió el fratricida al *santo francés*, Mosén Beltrán Claquín, las villas de Soria y de Molina, que no le eran afectas. La canalla que trajo se apoderó de Soria y la saqueó á su sabor (1). Los de Molina, para conjurar el nublado, se pusieron en manos del Rey de Aragón. Éste no pudo socorrerles; pero el Justicia de Calatayud alzó el pendón de la villa, ya ciudad, y con cuatrocientos bilbilitanos y abundantes bastimentos, se metió en el castillo y defendió la villa, librándola de los insultos de aquellos ban-

(1) En Zaragoza les permitieron pasar por el puente después de haber barreado el arrabal, pero no les permitieron entrar en la ciudad ni parar en las inmediaciones: tal era la canalla que traía aquel *Mosén*, que los franceses quieren ahora vendernos *por santo*.

didados, los cuales dejaron tristes huellas en los pueblos por donde pasaron (1).

El Rey premió aquel servicio permitiendo al concejo de la nueva ciudad vestir á sus dependientes de paño azul celeste, que era el uniforme de los dependientes de la casa Real de Aragón. Dió también al Justicia de Calatayud el derecho de sellar en cera blanca; gran favor, según las apreciaciones de aquel tiempo. Por algo decía Fajardo Saavedra que los Reyes habían hallado el secreto de la piedra filosofal, buscado en vano por los alquimistas, pues de cualquier materia sacaban oro.

El Ceremonioso dió á Mosén Beltrán el Señorío de Borja. Éste se lo vendió al Arzobispo de Zaragoza, y éste se lo regaló á un sobrino. ¡Triste libertad tenían los pueblos cuando se los vendía y traspasaba como manadas de carneros! (2)

Las aldeas de las Comunidades, alzadas ya con el nombre de la Comunidad, y en antagonismo con las ciudades y sus capitales, obtuvieron representación en las Cortes de Aragón, independientemente de aquéllas, y ya que se dió anteriormente el orden de colocación que en ellas tenía el clero aragonés, terminaremos el estudio del régimen popular de aquel país, dando también el orden de colocación de sus concejos, según la descripción de Blancas, en su preciosa obra acerca del *modo de proceder en Cortes de Aragón* (folio 30, vuelto):

«Primo. En los bancos que estan de largo a la mano dreita del señor Rey, se posa el brazo eclesiastico.

»Ytem, a la parte sinistra del señor Rey, estan los Nobles, cerca del dito señor.

»Ytem, aprés de los Nobles a la dita parte sinistra, estan los caualleros e ynfanzones en bancos largos.

»Ytem, en los bancos traveseros, cara a cara del señor Rey, estan las universidades (los concejos y gente del pueblo) en aquesta manera:

(1) Pasado el peligro, los de Molina volvieron á ponerse en manos del Rey y echaron fuera á los aragoneses.

(2) Véase sobre esta venta el tomo XL de la *España Sagrada*.

DERECHA.	MEDIO, Ó CENTRO.	IZQUIERDA.
Huesca.	Zaragoza.	Tarazona.
Albarracín.	Jaca.	Barbastro.
Daroca.	Calatayud.	Teruel.
Alcañiz.	Aldeas de Calatayud.	Aldeas de Daroca.
Aldeas de Teruel.	Montalbán.	Fraga.
Tamarit.	Sos.	Alagón.
Almudébar.	Sarañena (<i>sic</i>).	Tahuste.

Los de Tauste y Sos, á título de Hermunios y de Caballeros, se iban al banco de éstos, desdeñándose de alternar con la gente popular.

Por la colocación anterior se ve el orden de preferencia que, en razón de antigüedad, origen é importancia, guardaban los principales pueblos de Aragón, y se aclaran y confirman varias de las noticias, que se han consignado en este artículo, que sin esto no se comprenderían bastante, como sin ellas no se explicarían tampoco las fases y evoluciones del elemento revolucionario de Aragón en los siglos XIII y XIV.

VICENTE DE LA FUENTE.

PESQUERÍAS CANARIAS

I.

CANARIAS.

Doscientas cuarenta leguas al Sudoeste de Europa, á 70 millas de la costa Noroeste del continente Africano, y entre los 27 y 29° de latitud Norte, encuentra el observador como hasta veinte islas, que se alzan cubiertas de perenne verdura sobre las agitadas ondas del Atlántico, formando encantador oasis en la inmensidad de un mar que parece interminable.

Pusiéronle los antiguos el poético nombre de *Afortunadas*, sin duda por la maravillosa benignidad del clima, y porque en su privilegiado suelo, bajo los tibios rayos del esplendente sol que las alumbra y vivifica, se disfruta de eterna primavera. Templan los rigurosos calores del estío las fresquísimas brisas del mar; y en la estación de los fríos, los hielos y las nieves huyen á otras regiones ó se esconden entre los apiñados pliegues de las nieblas que envuelven al famoso Teide, como si cedieran al ruego de preciadas plantas que tienen orgullo en conservar fresca y lozanía en los meses más crudos del invierno, ostentando primorosas y fragantes flores bajo un cielo purísimo que sonríe eternamente ante el sublime espectáculo de una naturaleza incomparable. Estas islas, desde fines de la Edad Media, comienzos de la moderna, en que fueron conquistadas y agregadas á la corona de Castilla, se conocen con el nombre de Canarias.

Por su posición geográfica pertenecen al Africa, y dada la aparente analogía entre la orientación de su sistema orográfico y el monte Atlas, ha habido quien afirme que en remotos tiempos debieron estar unidas á las costas africanas; mas hoy se sabe que el Atlas, como los Alpes, los Pirineos y tantas otras cordilleras de

montañas, se han formado por levantamiento, mientras que lo generalmente admitido respecto de las Canarias es que por erupción han surgido del fondo de los mares. A poco que se las examine, se adquiere el convencimiento de que es volcánica su constitución geológica, con rocas formadas por diversos minerales que dan lugar á una extraordinaria variedad que no tiene semejanza en ninguna parte. Formados los terrenos laborables por las transformaciones que al través de los siglos operan los agentes exteriores sobre esas rocas, hállanse constituídos por notable diversidad de componentes; circunstancia que unida á las condiciones climatológicas y uniformidad de corrientes marítimas y atmosféricas, obliga á decir que no hay en la superficie de la tierra comarcas que iguallen á aquellas comarcas en riqueza de predios susceptibles de todo género de cultivos, á cual con mejor y más lisonjero éxito.

En terreno que comprende reducidísimo número de leguas, se observan los climas todos de todas las latitudes, dándose en las costas, mayormente en las del Sur, productos de las regiones tórridas de distintos continentes; en altitudes medias los de los climas templados, y en las altas montañas una vegetación alpina. Asombra tal variedad en tan corto espacio de tierra, y maravillándose ante esa sorprendente singularidad los sabios que han recorrido alguna de las islas, como Buch, Humbold, Fritch, Elie de Beaumont, Lyell, Berthelot y otros, quienes han publicado útiles y profundos estudios acerca de aquellas maravillas de la naturaleza. Con decir que junto al pino crecen y vegetan con lozanía, dando sazonados frutos, la palmera, el plátano, la caña de azúcar, el algodón, el café, el castaño y el nogal, basta para que se comprenda el asombro que causa tan exuberante vegetación.

En sus montes se encuentran excelentes maderas de construcción, y en las poblaciones de importancia abundan aguas potables y toda suerte de artículos de primera necesidad. A la amplia libertad de comercio de que disfrutaban las islas desde 1852 se debe el que se tengan las manufacturas y productos extranjeros con un recargo insignificante sobre el precio de fábrica, determinando el que la vida sea sumamente barata. Situadas las Canarias en el camino que de Europa conduce al Sur de África, la multitud de barcos de vapor que sostienen el tráfico entre esta riquísima región y las principales poblaciones de Francia é Inglaterra tocan siempre en Las Palmas de Gran-Canaria y Santa Cruz de Tenerife, las ciudades de más importancia del archipiélago, sosteniendo con este

motivo activísimas comunicaciones con ambos continentes, que facilitan sobremanera las exportaciones é importaciones.

Si á estas y otras cualidades se añade la gran baratura de la mano de obra en todo linaje de trabajos, mayormente en los jornales del proletariado, se comprenderá que ningún país reúne mejores condiciones que Canarias para el desenvolvimiento de determinadas industrias, sobre todo si pertenecen á las pesqueras, objeto especial del presente trabajo.

Pero no es esto solo lo que proporciona, aunque vaga, una idea general de aquellos pueblos, que es preciso añadir algunas palabras que pinten, ó más bien, esbocen otros rasgos que son importantísimos, y que conviene tener muy en cuenta. Nada más puro que las costumbres canarias: las estadísticas de delincuencia lo demuestran, y eso que muchísimos de los crímenes son cometidos por hijos de las provincias peninsulares. La mayor parte de los Ayuntamientos forman caseríos diseminados sin orden ni concierto en todo el término municipal, muchos constituídos solamente por uno ó dos vecinos: lo mismo las viviendas que las propiedades carecen de cercas, vallados ú otros obstáculos análogos, pudiéndose penetrar sin violencia en ellas á toda hora del día y de la noche, pues permanecen siempre abiertas por punto general las puertas y ventanas. Sin embargo, los robos son rarísimos, y contados los hurtos de consideración. La seguridad personal es completa: cualquiera puede recorrer cuando y como tenga por conveniente largas distancias, llevando consigo todo género de intereses, seguro de que no encontrará quien le sorprenda ni moleste.

Los canarios son tan sobrios ó más sobrios que los árabes: el jornal de un bracero no pasa de un *tostón* (1), una peseta veinte y cinco céntimos, y con él se sostiene una familia, las más veces numerosa, que aquellas virtuosas y trabajadoras mujeres son prototipo de fecundidad. Al salir de su casa los lunes para el trabajo, casi siempre en pueblo distinto del en que reside el jornalero, lleva consigo la comida de la semana, que consiste en un zurrón lleno de *gofio* (harina de maíz tostado) y un pedazo de queso duro, y por todo utensilio de cocina una cazuela de madera. Un poco de *gofio* amasado con agua y sal en el momento de ir á comerlo y un poco de queso, hé ahí el manjar único del robusto trabajador en los días ordinarios. Su traje

(1) La peseta columnaria, de cinco reales, se conoce en el país por este nombre.

consiste en camisa y pantalón de lienzo, que no cubre sino la mitad del cuerpo, unos malos zapatos de suela sin curtir, y un mal sombrero, productos de la industria isleña; verdad que allí el clima no exige otros atavíos que los que la moral aconseja, porque la temperatura media en todo el año es de 18° centígrados.

Hacia la mitad del siglo XVIII no pasaba la población de las islas, que ocupan 8.830 kilómetros cuadrados, de 130.000 almas, que en el transcurso de un siglo apenas si pudo aumentar una mitad, como que en 1836 aún no llegaba á 200.000: en el censo de 1860 figura ya con 237.000 y en el últimamente verificado llega á 283.532.

Las alternativas de prosperidad y decadencia por que ha pasado esta provincia determinan extraños cambios en el total de sus habitantes, no ajustados á las leyes naturales que rigen el aumento de población. Comparando en larga serie de años el total de nacimientos con el de defunciones, nótase que es excesivamente mayor en cada uno el número de los primeros que el de los últimos, tanto que en este punto la provincia de Canarias figura entre las primeras de la Monarquía. No se descubre ciertamente la verdad de este hecho en el aumento de almas en las islas, pero vese confirmado al registrar los padrones de la población en Cuba y en todas las repúblicas del continente sud-americano: calcúlase que existen en aquella isla 70.000 canarios, y en éstas como unos 100.000, efecto de desconsoladora emigración, que crece á medida que falta trabajo y con él los medios de subsistencia á las clases menos acomodadas.

Muerto el cultivo de la grana, de riquísimas granjerías, á virtud de la depreciación del artículo, extremosa miseria se apodera paulatinamente de aquel privilegiado país, aumentando la emigración hasta un punto casi increíble, no obstante poseer veneros de incalculable riqueza, que yacen poco menos que abandonados. Tal acontece con las pesquerías.

II.

ANTECEDENTES.

Sería ofender la ilustración de los lectores si nos detuviéramos á probar la importancia que encierran las industrias pesqueras, que han adquirido portentoso desarrollo desde que los rápidos medios de comunicación permiten llevar fresco el pescado á las más aparta-

das poblaciones del interior, y los adelantos de las ciencias conducirle fresco también de unos á otros continentes.

Digno de particular atención es el estudio de la estadística á este respecto, sumamente olvidado hasta en naciones como Inglaterra, en que se sabe rendir á esta ciencia el culto que le corresponde. Para España constituye verdadera necesidad: la gran extensión de sus costas y el número de sus ríos son á propósito para que la pesca adquiriera grandísimo desarrollo, aunque si el abandono sigue en aumento, no sólo no daremos un paso de adelanto en las costas, sino que llegará á perderse por completo el pescado en las ya poco menos que exhaustas corrientes de agua dulce.

El objeto especial de estos artículos nos impide hacer consideraciones y apuntar datos referentes á piscicultura, aunque comprendemos cuanto importa á España este ramo de la producción; mas como quiera que el fin que nos hemos propuesto es hablar de las pesquerías canarias, no aduciremos otros antecedentes que los que con ellas guarden afinidad y verdadera importancia de relación: es decir, lo relativo á bacalao y pescado seco.

Lo que puede decirse que España ha desconocido ó despreciado constantemente y aun hoy tiene en el mayor abandono, constituye en casi todas las naciones marítimas valiosa fuente de riqueza, y en otras base y fundamento principal de subsistencia. En Noruega, nación que apenas cuenta dos millones de habitantes, se dedican á la pesca más de 80.000, á la pesca propiamente dicha; porque de ella se derivan otras lucrativas industrias que ocupan bastante número de brazos que no incluimos en esta cifra. La producción de bacalao en las pesquerías noruegas es prodigiosa: por término medio se recogen todos los años unos setenta millones de bacalaos, en esta forma:

Islas Lofoden.....	29 $\frac{1}{2}$ millones.
Finmark.....	18 $\frac{1}{2}$ »
Nordland.....	5 $\frac{1}{2}$ »
Sondmore, Ronsdal y Nordmore	9 $\frac{1}{2}$ »
Á lo largo de las costas.....	7 »

que valen, poco más ó menos, 30 millones de pesetas en el lugar de la pesca, recogidos por unas 11.000 embarcaciones, tripuladas por cerca de 30.000 hombres, sólo entre el archipiélago, algo del Nordland y Finmark, Sondmore, Ronsdal y Nordmore. Para España

exporta anualmente esta Nación cerca de 30 millones de kilos de bacalao y pescado seco.

No queremos perder tiempo precisando los rendimientos que en huevas y aceite de hígado rinden esos 70 millones de bacalaos, porque son datos que fácilmente se deducen; pero no es posible pasar en silencio el grandísimo desarrollo que de poco tiempo á esta parte ha adquirido la producción de guano, industria totalmente desconocida en la primera mitad de nuestro siglo. Hasta 1856, época en que se fundó la primera fábrica, se tiraban los desperdicios del pescado como inútiles y de ningún valor; pero ya hoy se cuentan diez y seis establecimientos de esta clase, cuyos progresos se pueden calcular con fijarse en que en 1870 sólo exportó el Reino á que me refiero 664.950 kilos de guano; en 1873, 1.945.350, y en 1876, 4.989.450; cifra próxima á duplicarse, á juzgar por el aumento de exportación ocurrido en estos últimos años.

Noruega es una de las naciones más adelantadas en la industria de la pesca, como tuvimos ocasión de observar en la Exposición de París en 1878, y sería sin duda la más adelantada á no existir Canadá, que tiene nada menos que un Ministerio consagrado por mitad á la protección y fomento de estas industrias, y cuyo título, de *Marina y Pesquerías*, explica desde luego. Grande por extremo es el aumento de producción obtenido de poco tiempo á esta parte en el indicado País: basta consignar que en 1863 rindieron sus pesquerías, sin contar Terranova y Estados Unidos, la suma de pesetas 21.882.630, que en 1873 subió á 52.737.010, y en 1877 á 60.149.885. En el último de los años citados ascendió la exportación de pescado á cerca de 40 millones, 20 para los Estados Unidos y el resto para las Antillas y Europa. Solo Cuba importó por cerca de 5 millones.

También es digna de estudio esta industria en Inglaterra, que ocupa en la pesca en general cerca de un millón de hombres y más de 40.000 barcos, de los cuales 6.000 son de primera clase, es decir, de más de 15 toneladas de arqueo. Pero entre todas las pesquerías del mundo sobresalen en la actualidad *por sus productos* las conocidísimas de Terranova, de universal y justa nombradía, que los españoles explotaban hasta que otras naciones, más hábiles ó más fuertes, los despojaron de ese derecho. Concretándonos solamente al Gran Banco, que tiene 200 leguas de largo por 100 de ancho, y á donde acuden desde los primeros días de primavera millones de bacalaos, diremos que sus rendimientos exceden á toda ponderación, y eso que los datos estadísticos son incompletos, porque es

producto que se seca y prepara en tres distintas regiones, Canadá, Terranova y Labrador, exportándose gran parte sin tocar en ninguno de los puertos de esas comarcas, en los cuales pasa de 100 millones de pesetas lo que se obtiene por huevas, lenguas y guanos.

El Gran Banco produce anualmente, por término medio, unos 140 millones de bacalaos, incluyendo las costas de la isla, cuyo comercio general para Inglaterra, Francia y Estados Unidos se valúa en 75 millones de pesetas. Lo exportado en 1873 por Terranova subió á 170 millones, valor en los puertos consumidores. Francia empleó en 1879 en esta pesca 177 barcos con 7.168 hombres, que extrajeron por valor de 6.992.436 pesetas: añadiendo á estas cifras las de Islandia, resulta que la vecina República dedica á la pesca de bacalao 498 buques, tripulados por 11.891 hombres, que producen 33.786.911 kilos de pescado, que se evalúa en 14.546.790 pesetas.

Respecto de España, hay muy poco que decir en cuanto á producción, que es nula, fuera de la de Canarias; pero no así en punto á importación y consumo. Los siguientes datos, que es preciso no olvidar, cerrarán este capítulo de antecedentes. La Nación española importa todos los años del extranjero por más de 30 millones de kilos de pescado seco y bacalao en hoja, que valen unos 15 millones de pesetas y que pagan por derechos de aduana 5 millones. Tenemos á la vista la estadística oficial de importación de 1877, de la cual resultan los siguientes detalles:

PROCEDENCIA.	KILOS.	
Alemania.....	32.437	Cuyo valor subió á pesetas 13.079.072, abonando por derechos de aduana 4.768.4 2.
Bélgica.....	2.512	
Dinamarca.....	1.829.067	
Francia.....	46.956	
Holanda.....	511.530	
Inglaterra.....	1.595.112	
Gibraltar.....	382.050	
Portugal.....	113.728	
Suecia y Noruega.....	22.724.064	
Naufragio.....	10.610	

Agregando á estas sumas las de las Antillas, que son: 5.690.668 kilos por valor de 2.731.520 pesetas y 426.800 de derechos, dan un resultado definitivo de importación en un año, que se resume en las siguientes cifras:

Importación en kilos.....	32.938.734
Que valen pesetas.....	15.810.592
Y adeudan por derechos de aduana..	5.195.212

Si las pesquerías canarias, que ahora producen poco más que lo que el consumo de las islas necesita, alcanzaran un rendimiento igual á 32 millones de kilos de bacalao en hoja y pescado seco y lo enviaran á la Península, tendrían sobre la ganancia ordinaria la de los 5 millones de pesetas que por derechos de aduana paga el artículo extranjero y que el de Canarias economiza por ser producto de industria nacional. Si se explotaran como corresponde los bancos de que ahora hablaremos, cabe afirmar que su producto llegaría á las cantidades anotadas y aun pudiera superarlas. España consume además unos 50 millones de kilos de pescado fresco, veinticinco de salado y tres de conservas, de cuyas clases también Canarias podría exportar grandes cantidades.

III.

LOS BANCOS.

Cuatro siglos hace que nos hallamos en quieta y pacífica posesión de los riquísimos bancos de pesca que se extienden á lo largo de la costa comprendida entre los confines del Imperio de Marruecos, hasta ahora no precisados con bastante claridad, y los del Gran Desierto en el Sudán, que han explotado y explotan, pobrísimamente equipados y en malísimas condiciones, unos cuantos barquitos canarios.

Estos barcos comienzan á trabajar desde los mares que bañan las islas, muy abundantes en pescado, como también el espacio comprendido entre éstas y el continente africano, continuando luego desde el cabo Nun á lo largo de unas costas que no ofrecen al viajero más que un espectáculo de grandes tristezas: no hay allí ni siquiera vestigios de poblaciones, ni montes, ni verdura, ni aun promontorios y cabos que distraigan la vista y llamen la atención; no se conoce mayor monotonía. Recorriendo esta costa parece que se da vuelta á vetusto castillo de interminable recinto, no presentando á la vista más que fea y sucia muralla, sin almenas ni torreones ni ajimeces; uniforme en color y altura, como uniformes son el clima y las brisas marinas que rizan aquellas aguas, por demás inmóviles, en cuyo seno se ocultan raudales de oro que el proverbial abandono de los españoles ha tenido poco menos que en completo olvido.

Principalmente entre los cabos Bojador y Blanco, que se ven á

gran distancia á causa de la altura de sus dunas, se desarrolla una no interrumpida cadena de bancos que alimenta de continuo las arenas del Desierto y en donde se mueven millones de millones de variados peces, á quienes únicamente inquietan las primitivas artes de pesca que emplean los *pailebots* canarios.

La dirección general de la ondulada costa del Sahara comprendida entre los extremos indicados, es de NE. á SO.: desde el cabo Juby se inclina más al S., corriendo así hasta los 26° 35' de latitud al NE. del falso Bojador; unas veces los bancos avanzan dentro del mar y otras es éste quien penetra en la costa para formar caprichosas ensenadas. Paralelos á esta playa, por extremo baja, y á corta distancia de la orilla de las aguas, se ven unos oteros de arena, llamados *Malillos* por los navegantes canarios, en una extensión de 20 leguas, que es la parte más cercana á tierra isleña, como que enfrente y casi á la vista está la de Fuerteventura: un viaje de costa á costa es cuestión de horas.

Desde aquí al cabo Bojador, 40 leguas, la costa, siempre undulada, vuelve á correr al SO., notándose á intervalos la presencia de rocas, aunque igual la abundancia de pescados. Á partir del paralelo 26, la dirección es de SSO., principiando á verse fondo de conchuela, que aumenta á medida que se descende, hasta encontrarse sitios en que predomina casi exclusivamente. Á algunas leguas al S. del cabo Bojador, terror de los navegantes en la Edad Media y término de todos los viajes marítimos hasta 1533, está el fondeadero de los Pilonos, y un poco más allá, á los 24° 53' de latitud, el Morro Garnet, del cual se pasa á la bahía del mismo nombre, que es riquísima en pesca de todas clases y cuyo fondo no pasa de 20 á 25 metros.

Ya en el trópico (23° 35') está el puerto de Río de Ouro, de 20 metros de fondo, formado por ancha entrada del Océano y que por un lado limita larga y estrecha península que comienza en el monte de la Decepción y concluye en la punta Durnford; y por otro la costa, que por aquel sitio pueblan tribus de lo más salvaje que se conoce. Más abajo están el puerto y bahía de San Cipriano, terminando ésta al O. en el cabo Barbas, y á pocas millas la punta Galha con sus islotes; corriendo desde aquí la costa hácia el S., hasta cabo Blanco, término de los viajes de los cartagineses, situado al extremo inferior de una península cuya dirección es de N. á S., para dar lugar á la espaciosa bahía del Galgo, con fondo de fango, en donde termina la regularidad de la costa que desde aquí se des-

vía en dirección SE., interrumpida con frecuencia por pequeños bancos, islotes y escollos. Al S. de cabo Blanco y aun del cabo Mirik, á seis millas de la desembocadura del río San Juan, se halla el extenso banco de Arguín, límite de las pesquerías, y entre él y la costa la isla del mismo nombre, frente al puerto. Hace poco que los franceses se han posesionado de ella, sin que el hecho haya preocupado á lo que parece al Gobierno español.

La índole de este trabajo no consiente dar mayor extensión á la sucintísima reseña que queda hecha. Complétanla dos palabras: en estas pesquerías, desde el cabo Nun hasta más allá del Blanco, se puede pescar tranquilamente durante los doce meses del año, siendo tan insignificantes y tan raras las tempestades en aquellos tranquilos mares, que en los cuatro siglos que hace que los barcos canarios las recorren en todas direcciones, no han perdido ni un solo hombre ni una sola embarcación; y que fuera de algunos días excepcionales, media docena en el año, en que sopla el abrasador *Simoun*, la temperatura es uniformemente primaveral, como la de las islas Canarias.

En la gran extensión de costas que abrazan estas pesquerías, que excede de 600 millas, se encuentran en innagotable abundancia exquisita variedad de pescados, muchos de ellos con inmejorables condiciones para la salazón y toda suerte de preparaciones industriales. Dos ejemplares de inmejorables gadóides desmienten con su presencia en aquellos mares la antigua creencia de que el bacalao era exclusivo de las regiones septentrionales: el *gadus canariensis*, pescada, y el *phycys limbatus*, abadejo, que se distinguen por la blancura de su carne, rica en sustancias alimenticias y de apetitoso gusto. El primero tiene la figura de merluza y alcanza hasta 66 centímetros de largo con peso muchas veces de más de 12 kilos: como el *gadus morrhua*, bacalao, lleva una barbilla en la sínfisis de la mandíbula superior y dos aletas anales, y del mismo modo que la merluza dos dorsales, corta la primera y grande la segunda, extendida á lo largo del dorso. El segundo ejemplar, aunque de menores dimensiones que el descrito, le iguala en todas sus buenas cualidades, y ambos se pescan á 100 y 200 brazas, constituyendo siempre la principal parte del cargamento de los buques pescadores, por ser extraordinaria su abundancia.

No menos apreciados que los gadóides son varias clases de sama, con las cuales pueden ejecutarse con provecho cuantas operaciones se hacen en Terranova con el bacalao. Entre ellas sobresale la *chrysophrys cæruleosticta*, de excelente carne, que alcanza 66 centíme-

tros, de largo con peso de 10 á 12 kilos, cuyos ejemplares arriban á las pesquerías saltando sobre las aguas en numerosísimas bandadas, en términos de que en breves momentos se cargan barcos. He oído asegurar que buques de 30 á 50 toneladas han hecho su acopio en horas. La sama dorada, *dentex vulgaris*, de Cuv., es otra especie escogida, que llega hasta adquirir un metro de largo y que se diferencia por su color plateado y sombras azules hacia el lomo.

La corvina, *corvina nigra*, de Cuv., se ve en grandes cantidades entre Canarias y Africa; es una de las especies que existen en el Mediterráneo, la *sciæna nigra*, de Linneo; su color es pardo plateado, buena carne y peso de hasta 20 kilos, abundando distintas clases. El bocinegro, *pagrus vulgaris*, de Cuv., que se pesca á 60 brazas, color plateado con lustre rojizo, 40 centímetros de largo y peso de 5 á 8 kilos; el cherne, *percua cernua*; el tararte, parecido al salmón, y otros igualmente estimados, forman la base de los productos de las pesquerías.

Es digna de notarse la riqueza ictiológica de las aguas de que hemos tratado. Con este fin apunto á continuación las especies más conocidas, por orden alfabético de los nombres con que en Canarias se las distingue comunmente:

Abadejo, *Phycis limbatus*; Abriote, *Phycis limbatus*; Alfonsiño, *Serranus anthias*; Aguja, *Belona vulgaris*; Alfonso, *Priacanthus boops*; Antone, *Dentex macrophthalmus*; Araña, *Trachinus radiatus*; Berrugate, *Umbrina canariensis*; Besugo, *Pagellus centrodonatus*; Besugo vulgar, *Pagellus canariensis*; Boca negra, *Promatomus telescopus*; Bocinegro, *Pagrus vulgaris*; Boga, *Roops vulgaris*; Bonito, *Pelamis sarda*; Buyón, *Clinus canariensis*; Buyón de hondura, *Labrus nubilus*; Burro, *Pristipoma viridense*; Caballito, *Hippocampus brevirostris*; Cabrilla de afuera, *Serranus cabrilla*; Cabrilla melera, *Serranus cabrilla*; Cachorro, *Serranus caninus*; Canterero, *Scorpæna scropha*; Carreal, *Julis speciosa*; Castañeta, *Heliasus marginatus*; Catalufa, *Priacanthus coops*; Chicharro, *Boops canariensis*; Chucho, *Frygón vulgaris*; Chopa, *Cantharus vulgaris*; Congo, *Gempylus prometheus*; Corvina, *Corvina nigra*; Corvina roncador, *Umbrina ronchus*; Cuatro hilos, *Polínemus quadrifilis*; Diablo de mar, *Scorpæna*; Dorada, *Coryphæna equifelis*; Empedrado, *Clinus canariensis*; Escolar, *Rovettus pretiosus*; Escorpión, *Scorpæna*; Gallito, *Monacanthus filamentosus*; Gallo, *Balistes caprinus*; Gallo de San Pedro, *Zeus Faber*; Herrera, *Pagellus mormyrus*; Lagarto, *Aulopus maculatus*; Lagarto de tierra, *Saurus trivirgatus*; Lagarto real, *Aulopus*

filifer; Lisa, Mugil chelo; Lobina, Labrax lupus; Lobo de mar, Labrax lupus; Machosalema, Boops salpa; Machote, Pristipoma bennettii; Merluza, Gadus merluccius; Mero, Serranus gigas; Mero de tierra, Serranus finsbriatus; Morena, Murænophis; Obispo, Myliobatis episcopus; Pagro vulgar, Pagrus vulgaris; Palometa, Lichia glauca; Pampanito, Crius berthelotii; Pampano, Nemobrama webii; Pampano morisco, Brama raii; Papagayo, Xirichthys novacula; Pargo, Dentex filusus; Perca cabrilla, Serranus cabrilla; Peregrino, Naucrates ductor; Pescada, Gadus canariensis; Pez ángel, Squatina angelus; Pez del Paraíso, Polinensus artedii; Pez perro, Labrus scropha; Pez rey, Temnodon saltador; Pez verde, Julis pavo; Piloto, Naucrates ductor; Rascasio, Scorpæna porcus; Rascasio colorado, Scorpæna scropha; Raya, Raia giorna; Rayuela, Labrax lupus; Réмора, Echeneis naucratus; Rey, Serranus emarginatus; Ribalto, Promatomus telescopus; Ribalto prieto, Promatomus telescopus; Róbalo, Sciæna punctata; Rodaballo, Rhombus serratus; Ronserito, Acantholabrus veridis; Romero, Naucrates ductor; Roncador, Umbrina ronchus; Roncasio, Scorpæna scropha; Rubio, Mullos barbatus; Rubio colorado, Sebastes imperialis; Rubito, Trigla lucerna; Salmón de altura, Labrax lupus; Salmonete, Mallus Maculatus; Sama, Chrysophis cæruleosticta; Sama, Serranus acutirrostris; Sama dorada, Dentex vulgaris; Sama porquero, Pagrus berthelotii; Sapo, Uranocopus bufo; Sapo de mar, Scorpæna; Sargo, Sargus cervinus; Sargo blanco, Sargus roudaletii; Sargo breado, Sargus fasciatus, Saífia, Sargus salviani; Serrano común, Serranus cabrilla; Soldado, Solea oculata; Solla, Solea scribe; Tembladora, Torpedo frepidans; Tiburón, Prionodan obvelatus; Trompetero, Centriscus; Vaca, Serranus papilionaceus; Vaqueta, Serranus papilionaceus; Verde, Acantholabrus veridis; Vieja, Scarus canariensis; Víbora, Trachinus radiatus, y Volador, Exocætus exiliens.

IV.

EXPLOTACIÓN.

Las islas Canarias han sido y son por punto general poco conocidas entre nosotros no obstante formar una provincia de verdadera importancia entre las que constituyen la Nación española.

Lo mismo en nuestros tiempos que en los tiempos antiguos, las relaciones comerciales entre la Península y el Archipiélago apenas

si traspasan los límites de la nulidad: desde la terminación de la conquista, 1496, hasta fines de la primera mitad de nuestro siglo, por la natural lentitud y atraso en las comunicaciones y extremada pobreza del país; y á partir de esta época, porque declarados francos los siete puertos principales de las islas, el comercio toma rumbos bien distintos de los que hasta entonces siguiera, encaminándose casi en totalidad á los países extranjeros. De suerte que mientras con la Península son rarísimas las comunicaciones, fuera de los dos correos mensuales servidos por barcos de vapor, con el extranjero son bien activas y frecuentes, en la actualidad en gran decadencia á causa de la extremosa depreciación de la grana, cuyo pingüe cultivo enriqueció en pocos años aquellas comarcas, de nuevo sumidas en el mayor abandono y pobreza.

A estas causas achacamos principalmente el que no se hayan explotado como corresponde á su grande importancia las pesquerías canarias, que se encuentran hoy beneficiadas en la misma forma que há siglos, dominando los más rudimentarios y primitivos procedimientos. Sin capitales, aunque de modesta monta, no es posible dar un paso eficaz en el adelanto de esta pingüe industria, y las islas Canarias no los tienen. Si en lugar de España hubieran sido Inglaterra ó Francia las poseedoras de las pesquerías, seguro que estarían rindiendo ahora acaso bastante más que las del Gran Banco en Terranova.

Generalmente, los capitales en España, faltos de garantías eficaces, no han buscado otros negocios que aquellos de todo en todo protegidos por el Gobierno, de seguros, rápidos y excesivos rendimientos, no dando por otra parte, provechosos resultados la asociación libre y activa, que en otras naciones maravilla. Mas gracias á la paz conquistada y disfrutada de 1875 acá, y á los gigantes esfuerzos hechos por el primer Gobierno de la Restauración en favor de la realización del derecho y del imperio de la justicia en este perturbadísimo País, vase despertando de prolongado letargo y siendo cada día mayores los adelantos del progreso de los tiempos, que penetran á vueltas del lento mejorar de las costumbres, hasta en los más apartados lugares de la Monarquía.

A ello se debe la creación de una Sociedad anónima titulada *Pesquerías canario-africanas*, constituida en Madrid á fines de 1880, con un capital de 500.000 pesetas, y con objeto de construir pesquerías y factoría industriales de productos del pescado en la isla Graciosa, establecer las construcciones necesarias para beneficiar la

pesca, y adquirir los buques y material para efectuarla en los mares canario-africanos, desarrollar la industria de salazón y seca del pescado, fabricación de aceite, grasa y guano, y en general el aprovechamiento industrial de la pesca, según los procedimientos más modernos y productivos, venta de estos productos, utilización de buques de vapor y de vela, y las artes de pesca lícitas en la proporción que convenga á los intereses sociales, y aprovechar sus capitales, material flotante y construcciones, para todos aquellos negocios y contratos que juzgue favorables para sus intereses.

Ignoramos los progresos económicos realizados por esta empresa en los dos años que lleva de existencia; pero desde luego puede asegurarse que aun contando con lo modesto de su capital y el error de situarse en la Graciosa, islote deshabitado, sin ningún género de vegetación y hasta sin agua, y aunque muy próxima á la costa de Africa, muy apartada de los mejores bancos y de los centros productores y consumidores, como quiera que aquella fuente de riqueza está poco menos que virgen, la Sociedad, repetimos, ha debido realizar buenas ganancias, proporcionadas á las sumas directamente invertidas en la explotación. Pero el esfuerzo de las *Pesquerías canario-africanas*, con ser tan laudable, no ha influido ni podido influir en grande escala en el mejoramiento de una industria que sigue en el mayor atraso, dada la importancia que encierra: muchas sociedades como esta son menester para que la explotación llegue á un grado de verdadero desarrollo.

Cuando Jorge Glass visitó y estudió las islas Canarias y costa de Africa, fijó grandemente su atención en la riqueza de estas pesquerías, lamentando el grandísimo abandono en que se encontraban, y censurando con tal motivo la desidia de los españoles. De entonces acá ha transcurrido más de un siglo, y si el marino escocés pudiera visitar de nuevo aquellos lugares, vería con asombro que no obstante los prodigiosos descubrimientos modernos, la explotación de la industria que tanto le entusiasmaba alcanza, en 1882, el mismo nivel que á principios de la segunda mitad del siglo XVIII en que él la describió.—Excepto ligerísimas variantes, los párrafos que á este respecto dedica Glass en su obra (1), sirven para describir en la actualidad el estado de la industria de que nos ocupamos. Dicen así:

«Los barcos empleados en la pesca de la costa son 30, de 20

(1) *The History of the Discovery and Conquest of the Canary Islands*, Londres, 1764.

á 50 toneladas cada uno y tripulados por 15 á 30 hombres: la isla de la Palma equipa dos ó tres; Tenerife cuatro, y el resto Gran Canaria. El armador provee la sal y la galleta (1), y los marineros llevan anzuelos, cordeles y otros utensilios para la pesca, con más, por su propia cuenta, vino (2), aceite, aguardiente, pimientos colorados y cebollas. La pesca se hace á la parte; es decir, que todos los beneficios que resultan se dividen en común, según los antiguos usos establecidos entre los marinos del cabotaje en el Mediterráneo. La suma líquida de los productos, deducidos los gastos de compra de sal, galleta y otros, se reparten de este modo: la parte del buque, que se compone de varios lotes, según su capacidad, dos partes para el patrón, una para cada marinero, media para cada mozo y una cuarta parte para cada grumete.

»La pesca tiene lugar, según la estación, sobre diferentes puntos de la costa de Africa, que abraza un espacio de 10° de latitud, poco más ó menos, desde el cabo Num, hasta mas allá del cabo Blanco. El litoral que constituye el límite occidental del Gran Sahara está casi desierto; no se encuentra en él ningún establecimiento; algunas tribus de árabes viven esparcidas bajo sus tiendas, pero no poseen ni buques, ni siquiera piraguas, y no podrían entorpecer las operaciones de la pesca. Nada tienen que temer los canarios de los cruceros de Mogador, los barcos que el Emperador de Marruecos armase con intenciones hostiles no se atreverían jamás á aventurarse muy al S., porque esos parajes les son completamente desconocidos. En primavera y verano se hace la pesca á lo largo de la costa septentrional; es decir, hacia el cabo Nun y aun más acá; en invierno y otoño al S. en la dirección del cabo Blanco, porque se ha observado que las bandadas de peces suben hácia el N. al fin del invierno, para volver después á bajar gradualmente en dirección al S.: los barcos pescadores los siguen en sus emigraciones. Cuando los buques canarios llegan á estos parajes, principian por buscar el cebo, que pescan con liñas á la mano, poniendo en los anzuelos una especie de mosca. Estas liñas están hechas con seis hilos de cobre, torcidos unos con otros; los anzuelos tienen próximamente cinco pulgadas de largo, pero carecen de aleta de flecha en la punta; la

(1) La galleta es cara: hoy sólo embarca gefío.

(2) En el tiempo en que Glass escribió era en Canarias el vino abundante y barato; actualmente no se lleva á la costa de Africa, porque es artículo caro en todas las islas.

caña del anzuelo está empatada de modo que quede horizontal y la cubren de pellejo de pescado hasta donde forma la curva.

»Tan luego como los barcos han llegado á un cuarto de legua ó media legua de la costa, fuerzan de vela de modo que puedan recorrer unas cinco millas por hora, y entonces tres ó cuatro hombres largan sus corricanes. La velocidad del buque hace que los cebos de los corricanes queden en la superficie del agua, y los tásartes, tomándolos por pequeños pescados, los muerden al momento. Estos tásartes son peces sin escamas, muy voraces, de la forma de las grandes caballas y del tamaño del salmón, con el cual se les puede fácilmente confundir cuando están curados; tragan todo el anzuelo, á pesar de su tamaño, y se necesita abrirlos para sacárselo. Tres hombres pescan muchas veces ciento y hasta ciento cincuenta tásartes en media hora, y hay barcos que han completado su carga con esta clase de pescado. Se pesca del mismo modo otro pez llamado anjova, un poco más grande que la caballa. La caballa pequeña del Mediterráneo sirve de cebo; es muy abundante en esos mares y se deja coger con la mayor facilidad. Cuando el barco se ha provisto suficientemente de cebos ó carnada, deja en el bote cinco ó seis hombres que continúan la pesca de tásartes y aujoras, y el barco se dirige á alta mar para continuar la gran pesca en profundidades de 20, 30, 40, 50 ó 60 brazas. Todos echan sus liñas al mar con sus anzuelos bien cebados, y muy pronto las corbinas, bacalaos, etc., vienen á comer, pescándose con facilidad. Las liñas que usan para esta pesca tienen plomadas, pues las clases de peces que acabamos de nombrar permanecen cerca del fondo.

»Los vientos alisios que reinan en esta costa obligan á los pescadores á largar el ancla, y cuando el viento es demasiado fuerte, se acogen á las bahías, anclando al abrigo de los promontorios de la costa, ocupándose entonces de la preparación y salazón del pescado. De cinco á seis de la tarde suspenden el trabajo y preparan la única comida que toman en todo el día. La cocina es de lo más sencillo que se conoce: una piedra plana les sirve de fogón, sobre el cual suspenden un enorme caldero que emplean para hacer el caldo de pescado que sazonan con cebolla, pimienta y otros ingredientes de que resulta un guiso delicioso; el segundo plato se compone de pescado frito ó asado. Cada cual se tiende luego en un rincón del barco hasta el día siguiente; las camas y hamacas son objetos de lujo desconocidos por estas buenas gentes, que al despuntar la aurora están ya de nuevo trabajando.

»Para la conservación de los pescados proceden de la siguiente manera: después de abrirlos y lavarlos les cortan la cabeza y las aletas y los ponen á escurrir el agua; luego los salan y colocan en la bodega. El pescado así preparado no se conserva sino dos meses; podría durar por lo menos medio año más si lo lavasen y salasen por segunda vez, como hacen los franceses en Terranova. Esta pesca en la costa de África reúne grandes ventajas á causa del clima en que se realiza, porque exponiendo el pescado al sol y á las brisas, según lo hacen los moros en aquellas costas, se seca sin necesitar sol.

»Los barcos pescadores son goletas finas de popa y proa, y con mucha manga á fin de poder aguantar fuerte brisa. Tienen un pequeño velacho y carecen de gavia y vela de estay, no pudiendo largar sino un foque. He visto á algunos de estos buques que en doce días han remontado voltejeando desde cabo Blanco hasta Gran Canaria. Para recorrer esta distancia, muy cerca de 400 millas, maniobran del siguiente modo: á las seis ó siete de la mañana se largan hacia fuera con la brisa de tierra, hasta el medio día, en que viran de bordo sobre la costa con el viento de mar; por la noche, fondean ó se sostienen voltejeando hasta el día y entonces vuelven á largarse hacia afuera. La diferencia entre el viento de tierra y la virazón, es en estos parajes de cuatro cuartas del compás, y los vientos reinantes son generalmente brisas frescas. Cuando los buques pescadores han llegado hasta 30 ó 45 millas NO. del cabo Bojador, entonces hacen rumbo á Gran Canaria. Si el viento es del NO., toman el puerto de Gando, situado al SE. de la isla; pero si el viento es de NNE. pasan al S. y remontan las Calmas, avanzando hasta que pueden hallar los vientos del SO. que los permite recalar y fondear en el puerto de La Luz.

»Después de haber descargado una parte de su cargamento en la ciudad de Las Palmas, llevan el resto á Santa Cruz de Tenerife, Puerto de Orotava y Santa Cruz de la Palma, en donde sus agentes se encargan de efectuar la venta. La venta del pescado es de tres cuartos la libra doble, de 32 onzas; algunas veces baja á dos cuartos, pero rara vez se eleva á cuatro. Este precio lo fijan siempre los regidores; las autoridades municipales en vez de proteger la pesca la ponen toda clase de trabas (1). Los barcos pescadores hacen ocho

(1) Todos estos inconvenientes han desaparecido con la libertad de tráfico de que se disfruta y que en la época á que Glass se refiere no pasaba de sueño. También

ó nueve viajes por año; desde mediados de febrero á fines de abril permanecen en los puertos, porque entonces los pescados bajan hacia el SSO. y sería necesario ir á buscarlos en una costa expuesta á los vientos fuertes del NO. que reinan con frecuencia en esa época del año. Cuando visité las Canarias, los pescadores no se aventuraban mas allá del cabo Barbas; pero ahora algunos llegan 90 millas más allá, hasta cerca del cabo Blanco y aun más lejos. Aunque la mayor parte de su cargamento consiste en grandes pescados del género cyprinus, también cogen otros de diferentes clases. El bacalao de estas costas es superior al que se pesca en el banco de Terranova...»

Hé ahí lo que decía Jorge Glass, el entendido marino. Más de un siglo después, las embarcaciones son de la misma clase, iguales las artes de pesca, idéntica la manera de beneficiar los productos; ni un solo paso de adelanto y progreso en la industria; está como el día en que comenzó. Las pesquerías canarias parecen monumento arqueológico nacional, porque desde há siglos no se hace otra cosa que conservar el estado que en un principio alcanzaron.

Exceptuando el establecimiento de la naciente Sociedad, de que se ha hecho expresión, no se conoce en toda la provincia un solo edificio destinado á preparaciones de pescado seco para exportar; los desperdicios del pescado se arrojan como inútiles, despreciando el gran valor que encierran para componer guano, producto de subido precio en las comarcas agricultoras de Canarias; ni se extrae aceite de hígado, ni se conservan las huevas, ni, en una palabra, se da muestras de tener idea de la riqueza que los bancos contienen y la variedad de productos que de ello es dable extraer con gran provecho.

En suma, el atraso en esta industria es sólo comparable al de los medios de navegación; aunque los barcos pesqueros, construídos casi todos ellos en Gran Canaria, recorren las 600 millas que abrazan las pesquerías, como si se tratara de pasear en tierra. Van mandados por un patrón que no sabe leer ni escribir y que lleva por todo instrumento náutico una mala brújula tirada en el fondo de desvenado baul, de donde no sale sino en rarísimos y excepcionales casos; lo mismo los cascos que la arboladura y cabullería están por

han variado completamente los precios del artículo, tanto que ahora no baja la libra de 25 á 30 céntimos de peseta; pero en lo demás, la descripción de este discreto escritor conviene con lo que hoy acontece.

punto general extremosamente deshechos, funcionando como suele decirse de milagro.

¡Y sin embargo, las pesquerías canarias son las mejores del mundo!

V.

COMPARACIONES.

No hay exageración en la frase con que concluye el capítulo anterior: indudablemente las pesquerías canarias son las mejores del mundo, y si lo que queda apuntado no basta á llevar al ánimo el convencimiento de esta verdad, la comparación con las que hoy alcanzan la supremacía, con las del Gran Banco de Terranova, será más que suficiente, porque de ella, sin mayores esfuerzos, resulta el triunfo para las de Canarias.

Ante todo, el simple examen de las cartas evidencia que la extensión de las unas y la de las otras es casi igual, acaso mayor, respecto de Canarias; pero si este detalle es de poca importancia por tratarse de unas cuantas leguas de más ó de menos, no lo es en verdad el de que mientras en las aguas del Gran Banco se disputan los productos muchos miles de barcos de distintas nacionalidades, en las de África únicamente tienen derecho á pescar los españoles, como desde há siglos vienen haciéndolo los canarios en número que excede bien poco de la milésima parte de los que á Terranova concurren.

Pero se dirá que esto depende de la falta de producto, de la falta de pescados, pues si de las Canarias pudiera extraerse el número que de la América del Norte, las seguras ganancias atraerían en tropel las embarcaciones pesqueras, que no se comprende en caso contrario tan grande abandono. Con todo eso, nada más exacto, ni que menos extrañe en este País, en donde ocurre lo mismo respecto á la explotación de otros ricos productos, como por ejemplo el carbón y el hierro.

La abundancia de pescado es en las pesquerías de que nos ocupamos mucho mayor que en Terranova. Algunos notables escritores han asegurado esto mismo, entre ellos Webb y Berthelot en su obra de historia natural de las Canarias (1), en la cual hablando de

(1) *Histoire naturelle des Isles Canaries*, ouvrage publié sous les auspices de Mr. Guizot. — Paris.

este extremo hacen el cálculo siguiente. La pesca del bacalao emplea en Terranova 6.000 buques con 120.000 marineros que producen unos 48 millones de pescados; las Canarias emplean 700 hombres repartidos en unas pocas y malas embarcaciones y producen tres millones. Ahora bien; dividiendo ambos productos por el número de hombres que trabajan en estas dos pesquerías, se ve que un pescador canario coge por sí solo 4.285 pescados en el transcurso de un año, mientras que esta misma cantidad supone en Terranova el empleo de diez hombres, lo que prueba con suma sencillez, pero de un modo incontestable, la mayor abundancia de pesca en Canarias, comparadas sus pesquerías con las de Terranova.

Sobre este mismo tema se hace por los escritores citados otra comparación: «el número de bacalaos, dicen, que puede pescar un hombre en un día en el Gran Banco con liñas de fondo ha sido apreciado de muy diverso modo; pero aunque se admita como término medio de las diferentes evaluaciones 400 bacalaos, número calculado del total, aproximadamente, de la pesca de una campaña, la ventaja está siempre del lado de los pescadores canarios, puesto que uno de sus buques del porte de 50 toneladas y tripulado por 30 hombres puede completar la carga en cuatro días. Se asegura que en las aguas de Terranova cuatro hombres pescando en una lancha con liñas sencillas de mano cogen frecuentemente más de 600 bacalaos en doce horas; y según la relación de Glass, confirmada por los informes que hemos tomado en el mismo país, un bote tripulado por un número igual de pescadores canarios puede pescar en algunas horas su cargamento de tasartes, puesto que basta 30 minutos para coger 150...» lo que daría un total de 3.600 pescados en las doce horas que en América se emplean para recoger 600.

Esto en cuanto á la cantidad. Por lo que respecta á la calidad, aun cuando escritores entendidos, como Glass, aseguran que la del gadus que se pesca en África es superior á la de Terranova, basta con que se reconozca la igualdad de buenas condiciones. Pero la comparación es insostenible en punto á la diversidad de pescados á propósito para los usos industriales: en Terranova no se pescan sino tres clases, bacalao, salmón y arenque, y eso estas dos últimas en exiguas proporciones; en tanto que en Canarias abundan extraordinariamente ocho ó diez á cual mejores, como ya hemos visto, bacalao (pescada y abadejo), samas, corvinas, tasarte, bocinegro, cherne y algunas otras.

La posición geográfica, á las puertas de Europa, es otra circuns-

tancia que acusa la superioridad que ostentan las Canarias, sobre todo tratándose de España, que anualmente importa del extranjero más de 30 millones de kilogramos de pescado seco y bacalao en hoja, que bien pudieran traerse de África con menores, mucho menores gastos de producción. Pero en lo que precisa fijarse con particular esmero es en el clima, importantísimo factor en el asunto que nos ocupa.

En las pesquerías de Terranova dominan las tempestades, las nieves y los hielos, que tienen cerrados los puertos hasta bien entrada la primavera, no pasando en el año los días de buen tiempo de la tercera parte de los 365; muchos de los de las otras dos partes se hacen insoportables á causa de las nieblas, y en los más dominan las lluvias, las nieves y los hielos. La crudeza del clima, á tan altas latitudes, obliga á una alimentación costosa, á trabajar con excesiva dificultad, y por encima de todo esto á luchar con horrorosas tempestades, que acaban frecuentemente por producir amarguísimas consecuencias: el recuerdo de lo ocurrido en 1872 causa espanto; no hay año en que no se registren desgracias personales, y en algunos las víctimas alcanzan cifras aterradoras.

Pues bien; en las costas de África pasa precisamente lo contrario. El elogio de la inmutable tranquilidad de estas aguas queda hecho con decir que durante los cuatro siglos que hace que los barcos canarios recorren en todas direcciones aquellos mares, aun navegando en las malas condiciones que hemos visto, no se ha perdido ni una sola embarcación, ni un solo hombre, pescándose como se pesca en todos los meses del año, lo mismo en los más crudos del invierno que en los de más rigoroso calor; lo que no sucede en Terranova, ni es posible, sino de primavera á otoño. Verdad que la temperatura media en las pesquerías de Canarias es de 20° centígrados: en los sitios abrigados de la costa, donde no penetran las brisas, sólo cuando es intensa la acción de los rayos solares, se ve subir el termómetro hasta 35°; pero en parajes abiertos no pasa en fuertes veranos de 30 á 32, y lo más que desciende en invierno es á 18.

Á esta circunstancia es preciso añadir otra principalísima, la virtud de las brisas constantes de enérgicos efectos secantes, y la carencia de humedad, poderoso elemento de descomposición en los climas cálidos. Todo el que visite aquellos lugares puede comprobar este hecho: se secan con rapidez con sola la acción del aire, lo mismo la carne, que el pescado, que cualquiera otra sustancia aná-

loga. Hasta tal punto llega esta cualidad, que en los cementerios de los pueblos S. de las islas ocurre con frecuencia que los cadáveres sepultados en la tierra se momifican, como hemos tenido ocasión de comprobarlo en los de Tirajana en Gran Canaria.

De todo esto se desprende otra ventaja que las pesquerías canarias tienen sobre las de Terranova: en estas la pesca no produce sino á los dos años de verificada, lo cual supone capitales amortizados y aumento de trabajo; mientras que en Canarias, aun dando plazos largos, puede un buque recoger en enero su cargamento en los bancos, llevarlo á la Gran Canaria, convertirse aquí en pescado seco ó pez palo y estar dispuesto para la exportación lo más tarde en marzo. Esto parecerá imposible á los que estén acostumbrados á ver ó conozcan las lentas preparaciones que sufre el pescado cogido en Terranova ó en el Norte de Europa para llegar al fin al estado en que se presenta en las plazas consumidoras; mas si estudian las condiciones climatológicas de las pesquerías canarias, bien pronto se persuadirán de la verdad de cuanto hemos afirmado.

El temor de que resulte demasiado largo este capítulo, nos prohíbe entrar en otro orden de consideraciones, ora respecto de la calidad de la sal que tanto abunda en Canarias, artículo de suma importancia tratándose de pesquerías; ora de las cualidades que distinguen á los pescadores isleños, con otras observaciones de interés secundario que pueden suprimirse ante los razonamientos que quedan expuestos.

VI.

CONCLUSIÓN.

Cuando los franceses se establecieron en la parte meridional y los ingleses en la septentrional de la isla de Terranova y acudieron con sus naves al Gran Banco, encontraron que ya pescaban tranquilamente los barcos españoles, como que en la segunda mitad del siglo XVI ese número no bajaba de ciento veinte.

En la actualidad sólo Francia envía á aquellas aguas gran número de embarcaciones, al paso que los españoles no tienen más remedio que contentarse con comprarles sus productos. Los rendimientos de estas pesquerías exceden para el comercio francés, inglés y norteamericano de la suma de setenta y cinco millones de

pesetas anuales, en tanto que España desempeña en este festín el papel de público que aplaude y paga.

En cambio, quien no se consuela es porque no quiere, nos queda á los españoles la gloria, en unión de los portugueses, de haber sido los primeros (1) en conocer la inmensa riqueza que encierran aquellos inagotables bancos, aunque el provecho ha pasado á manos de naciones más afortunadas que supieron unir antes que nosotros y armonizar la gloria con el interés, lo ideal con lo real y positivo.

Los ingleses nos echaron á cañonazos de Terranova, privándonos de un derecho incuestionable á pescar en el Gran Banco, de que sólo nos queda un recuerdo diplomático, el último párrafo del artículo 15 del tratado de paz entre España é Inglaterra, concluído en 1713, que dice así: «Y porque por parte de España se insta sobre que á los vizcaínos y otros súbditos de S. M. Católica, les pertenece cierto derecho de pescar en la isla de Terranova; consiente y conviene S. M. B. que á los vizcaínos y otros pueblos de España se les conserve ilesos todos los privilegios que puedan con derecho reclamar.» De suerte que se nos han conservado ilesos todos los privilegios y derechos; pero una cosa es tenerlos y otra ejercitarlos: el almirante Drake y el Obispo de Brístol podrían ilustrar esta cuestión en su doble aspecto, guerrero y diplomático.

A nuestro propósito basta que consignemos el haber tenido y ejercitado el derecho de pescar en el Gran Banco, que totalmente perdimos por voluntad de los ingleses, con el fin de que no se olvide la severa lección de la experiencia y se aproveche en el porvenir. Hace poco tiempo que en el límite de las pesquerías canarias los franceses se han posesionado de la isla de Arguín, junto al rico banco de este nombre; y hace poco tiempo también que en el comienzo de las pesquerías, en la costa de Marruecos, junto á Santa Cruz de Mar Pequeña, se han establecido los ingleses, como se establecieron en Terranova, en Borneo, y son capaces de establecerse, si los dejan, á lo largo de las costas de las cinco partes del globo.

(1) Hay quien atribuye á los vascos el haber sido los primeros en navegar por los mares de Terranova en el siglo XIV, y aun se aventura que trescientos años antes, en el siglo XI, lo hicieron los habitantes de Dinamarca y Noruega; pero lo cierto é indiscutible es que Cabot fué quien, buscando un pasaje que se suponía debía conducir á la China, descubrió á Terranova en 24 de junio de 1497; del propio modo que no se tenía noticia del Gran Banco hasta que á principios del siglo XVI lo dió á conocer Corte Real y comenzó á explotarse por españoles y portugueses.

España tiene derecho á poseer en la costa del Océano, junto á Santa Cruz de Mar Pequeña, el territorio suficiente para la formación de un establecimiento de pesquería como el que tuvo allí en lo antiguo y que S. M. marroquí se obligó á conceder á perpetuidad á S. M. Católica, según lo establecido en el art. 8.º del tratado de paz y amistad concluído en Tetuán á 26 de abril de 1860; para lo cual habían de ponerse de acuerdo los Gobiernos de ambos países nombrando comisionados que señalaran el sitio y límites de esa posesión.

Desde entonces, cuantas veces se intentó realizar el tratado en la parte de que nos ocupamos, otras tantas el Emperador opuso dificultades, hasta que el primer Gobierno de la restauración negoció con provecho en tal sentido, ofreciendo al cabo el Sultán mandar comisionados que enseñaran á los que enviase España el lugar y espacio necesario para la pesquería, quedando luego el Gobierno del Rey en libertad de fomar posesión en la forma que estimara más conveniente. Y con efecto, el Ministerio que presidió el hombre de Estado, por tantos modos eminente, D. Antonio Cánovas del Castillo, desoyendo los nuevos pretextos que opuso la diplomacia marroquí, determinó llevar á cabo lo convenido sin demora alguna. Á este fin salió de España el *Blasco de Garay*, tomó á su bordo en Mogador los representantes del Sultán, y con los nombrados por el Rey D. Alfonso, emprendió su viaje al S. del Imperio, hácia el sitio donde antes se alzó nuestro fuerte de Mar Pequeña. Examinaron los comisionados el terreno y fijaron para el futuro establecimiento la embocadura del río Ifní (29º 24' 10" latitud N. y 3º 59' 47" longitud O. de San Fernando), muy á propósito para el objeto á que se destina; de todo lo cual se levantó solemne acta que además firmaron los jefes de las tribus vecinas (1).

Mas hé aquí que cuando creíamos que el Gobierno que preside el Sr. Sagasta disponía lo conveniente para llevar á cabo el acto importante de la posesión, corre en julio último la noticia de que la

(1) En estos días ha circulado por la prensa de Madrid la noticia de haber sido descubierta por unos canarios la famosa torre de Herrera, la verdadera Santa Cruz de Mar Pequeña; descubrimiento que aunque inútil ya para los efectos positivos del tratado, terminaría una cuestión que aun no ha resuelto definitivamente la ciencia. Pero la cosa no ha pasado de la categoría de mayúscula equivocación. Hubo sí el viaje de varios canarios á principios de octubre con el indicado objeto; pero sin otro resultado que cometer grandísimo error: el fuerte que han visto y que han supuesto ser la torre de Santa Cruz, es una de tantas conocidas y examinadas fortificaciones que existen en la indicada costa y que no hay para qué describir en este lugar.

ida á la Granja de Sidi-Brischia, Ministro del Imperio, obedecía al encargo del Sultán para negociar la compra ó permuta del derecho que consigna el art. 8.º del tratado á que nos hemos referido, y que el Sr. Marqués de la Vega de Armijo, si bien rechazó desde luego la proposición de venta, admitió la de permuta, dando seguridades al embajador de S. M. marroquí que así se haría á cambio de engrandecimiento de territorio junto á nuestras posesiones del Estrecho. Con semejante conducta, el Ministro de Estado de la Nación española emprende la ingrata tarea de malograr el fruto obtenido por el ilustre General O'Donnell en la guerra de 1860, que con tanto acierto alimentó el Gabinete conservador en 1878, aunque dudamos llegue á realizarse un acto que puede desde luego ser calificado de locura y que no creemos que haya Cortes españolas que consientan y ratifiquen (1).

Si lo aprobaran, sería desconocer el ideal de esta heroica Nación, llamada á desempeñar en el porvenir altísimos destinos en la vida

(1) La noticia de la permuta, de cuyo propósito aún no se ha desistido, fué acogida con diverso criterio por el periodismo político, si bien dominando por punto general la tendencia contraria al empeño del Sr. Marqués de la Vega de Armijo. En una carta que el autor de estos artículos dirigió al director de *El Cronista* y que este diario publicó el 18 de julio, se estampan los siguientes párrafos que no creemos fuera de lugar reproducir. Dicen así:

.....

«El territorio de la Nación española no puede concluir en Punta de Europa, ni en el Peñón de Gibraltar, aun cuando ya ondeara en sus muros la con justicia orgullosa bandera de nuestros pasados triunfos, ni en los límites á que hoy se circunscriben nuestras posesiones del lado allá del Estrecho: el territorio de la Nación española no debe terminar sino frente á la provincia de Canarias, para que entre ésta y la de Cádiz no haya más soluciones de continuidad que los pequeños brazos de mar que las separan del continente africano.

»No es ahora el momento de discutir cómo se ha de llegar á un fin que en su mayor parte depende de futuros acontecimientos; pero si es preciso que se tenga siempre presente, que no se olvide, por más aflictiva que sea y más pobre nuestra situación interior, como nunca olvidó el humilde Reino de Cerdeña, que era su destino llegar al Partenope, ni los oscuros arenales del Marqués de Brandeburgo que habían de constituir, tiempo andando, el potentísimo Imperio alemán.....

.....

»España necesita la posesión del territorio junto á Santa Cruz de Mar Pequeña, no tan sólo por lo que representa en la esfera de las ideas de política exterior, desde la cual se ve límpida y nítida la imagen inmaculada de la patria, sino mirando la cuestión desde el punto de vista de la riqueza nacional, en relación con el porvenir del archipiélago canario y el grandísimo venero de riquezas que encierran nuestras pesquerías en África, que son sin duda alguna superiores á las del Gran Banco.»

de la humanidad; sería desconocer y abandonar la grandísima fuente de riqueza que encierran las pesquerías, objeto del presente trabajo, para que, de una parte Inglaterra y de otra Francia, repitan ahora en las costas occidentales del continente africano la obra, llevada en nuestro daño á próspero remate en Terranova; y sería, por último, despreciar el importante comercio que se hará por medio de Canarias con el interior de Africa en su riquísima región del S. de Marruecos el día en que, al establecimiento de pesca, se añada una factoría para toda clase de transacciones mercantiles.

Tuvimos, pues, el derecho de pescar en el Gran Banco y lo perdimos; la experiencia, como ya hemos dicho, de lo que fué, debiera servirnos de elocuente lección para el porvenir; pero el Gobierno que preside el Sr. Sagasta, ocupado en apagar las interminables discordias personales que minan su existencia, no tiene tiempo de mirar al pasado, ni menos levantar los ojos con eficacia hácia los grandes asuntos de sustancial y verdadero interés para la Patria. Por nuestra parte, cumplimos llamando su atención.

Las pesquerías en Terranova no adquirieron verdadera importancia hasta que en el reinado de Enrique IV Sully protegió con energía y fortuna la pesca del bacalao; por manera que hasta en este extremo el Gobierno español tiene saludables ejemplos que imitar, si quiere que las pesquerías canarias lleguen al nivel que su importancia merece y que de la lectura de estos artículos se desprende. Con el desarrollo de esa fuente de prosperidad están íntimamente ligados nuestros grandes ideales en Africa y el bien de una provincia tan codiciada como la de Canarias, cuya posesión han intentado, aunque con adversa fortuna, para gloria de los valientes isleños, las armas inglesas. ¿Puede asegurarse que si el abandono sigue y favorables acontecimientos no lo impiden dejen de repetirse en nuestro tiempo ataques parecidos al que el Almirante Nelson llevó á cabo contra el Archipiélago?

El deseo de no hacer cansado este trabajo nos obliga á terminar aquí las comenzadas consideraciones, dejando para otra ocasión el ampliarlas y tratar extensamente de la industria pesquera y de las que de ella se derivan en todos sus importantes detalles, siempre con relación á establecimientos en las Canarias, ó más bien en Gran Canaria, que es una de las islas que mejores condiciones reúne bajo todos conceptos para plantear la industria con provecho é inmediatos y lisonjeros resultados.

F. PÉREZ DEL TORO.

EN LA MUERTE
DE UN AMIGO DE LA JUVENTUD

SONETO.

¡Él también! ¡Cómo pasan y qué aprisa
los que vimos ayer á nuestro lado
ricos de ingenio, de ánimo esforzado,
siempre al amor propicios y á la risa!
Polvo que amasa el llanto sólo pisa
quien de la edad al término llegado
siente que á cada instante un sér amado
con el ejemplo de su fin le avisa.
¡Ay! para el alma que lo incierto espera
y ante la oscuridad gime y se asombra,
¡qué dichosa estación otoño fuera,
si al suelo no arrojase por alfombra
todo lo que en la verde primavera
nos dió perfumes, y frescura, y sombra!

MANUEL DEL PALACIO.

ESCRITORES Y POETAS
DE LA
AMÉRICA ESPAÑOLA

EL DR. D. JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO.

XIII.

OBSERVACIONES ACERCA DE «LA VICTORIA DE JUNÍN.»

Ocioso fuera detenerse aquí á exponer el plan y el desarrollo de esta celeberrima composición poética. Trazado está minuciosamente por el autor en sus cartas á Bolívar, y apreciado y juzgado en las del caudillo venezolano, reproducidas fielmente unas y otras en mi artículo anterior. Al guerrero insigne que Olmedo quiso que fuese héroe principal del poema tocó el papel de primer crítico del canto destinado á encomiar y realzar sus hazañas; y aunque no lo formula en sus observaciones de una manera explícita y terminante, déjase conocer desde luego que Bolívar supo entrever antes que ningún otro el defecto capital de la oda: su falta de unidad de acción.

Habíase propuesto el poeta, desde que llegaron á sus oídos noticias de la victoria conseguida en Junín por el ejército libertador en los primeros días de agosto de 1824, celebrar aquel hecho memorable y encarecer al valeroso capitán que le dió cima. El asunto era digno de la inspiración de tan alto ingenio y se prestaba grandemente á un cántico de vigorosa unidad, por lo mismo que era uno solo, claro y bien determinado, el fin á que había de dirigirse. Mas antes de realizar tal propósito (el 9 de diciembre de aquel mismo año), la batalla de Ayacucho, efectuada bajo la inspiración de Bolívar, pero mandada por Sucre como General en jefe, dando el triunfo á las armas libertadoras consumó la ruina de nuestro ejército del Perú, y con ella la independendencia de aquel antiguo virreinato y de

otros países de la América austral descubiertos, civilizados y regidos por nuestros mayores. La importancia de esta segunda victoria no podía menos de ofuscar hasta cierto punto el brillo de la primera, y reclamaba del entusiasmo patriótico de los emancipadores mayor consideración y aplauso, porque fué la verdaderamente decisiva para la causa americana. Olmedo lo comprendió así; mas no quiso cejar en el propósito de que su canto celebrase principalmente á Bolívar, por ser éste el alma del movimiento emancipador, y deberse á él, más que á ningún otro hijo de aquellas regiones, cuanto allí se hizo para conseguir la libertad de la América del Sur.

Tratándose de cantar triunfos de la gente americana hubiera sido injusto no conceder el primer lugar al hombre que más había trabajado por conseguirlos, y que gozaba el singular privilegio de ser mirado entonces como un ídolo por todos aquellos pueblos. En esto no cabe duda, á pesar del mérito indiscutible de Sucre y de algunos otros generales. Pero el camino que Olmedo tomó para rendir á Bolívar el tributo de admiración que exigían de los americanos amantes de su independencia el superior talento, la incansable actividad, el desinterés, la abnegación, cuantas prendas nada comunes le adornaban, pudiera haber sido más acertado. Si en vez de titular su oda *La Victoria de Junín*, y de empeñarse en hacer asunto primordial del poema aquel concreto hecho de armas, el vate guayaquileño hubiese dirigido su canto á ensalzar *los héroes de la libertad americana*, las *glorias del ejército libertador*, ó cualquiera otro tema tan general y comprensivo como los citados, fácilmente habría podido conseguir su objeto y formar un plan menos defectuoso que el de la brillante composición que le ha dado tanto renombre.

Y ¡cosa singular! Olmedo, que tan descontento de sí mismo se muestra una y otra vez respecto al modo de expresar su idea; que se confiesa, *no sólo batido, sino abatido* por la persuasión de no poder medir las fuerzas con tan gigantesco asunto, y que borraba, rompía, enmendaba, y siempre juzgaba malos cuantos versos de su canto iba componiendo, no vacila ni un solo instante en el favorable juicio que desde luego había formado de su propia concepción. «El plan es *magnífico*,» decía con candorosa ingenuidad, según ya hemos visto, en una de sus cartas á Bolívar. «Si me llega el momento de la inspiración y puedo llenar el *magnífico y atrevido* plan que he concebido,» añadía en la misma carta cuando apenas tenía compuestos cincuenta versos. Y terminada la composición, de cuyo mérito llegó á desconfiar hasta el punto de figurarse, modesta pero

equivocadamente, que no tenía derecho á esperar por ella aplauso ni piedad, todavía seguía creyendo que el plan era *grande y sublime*, y se esforzaba por que sus explicaciones lo hiciesen comprender así al caudillo de la independencia, para que no le tachase de mentiroso viendo que faltaban en el poema la grandeza y sublimidad anunciadas y no realizadas por el autor. Tan arraigada estaba en su mente la idea de que lo mejor en *La Victoria de Junín* era el pensamiento fundamental, que después de explicarlo con amoroso entusiasmo escribía las siguientes frases: «este plan, mi querido señor, es *grande y bello*, aunque sea mío»—«temo que á pesar de la perspicacia de V. no conociera *toda la belleza de la idea*, ofuscada con la muchedumbre de los versos, que es el principal defecto de mi canto»—«descontento de la ejecución, me contento con *la bondad del plan.*» De tal modo suelen equivocarse hasta los más esclarecidos ingenios, cuando se llegan á encariñar vivamente con lo que engendra ó concibe su fantasía.

Júzguese, pues, qué penosa impresión no causarían en Olmedo, tan pagado del pensamiento y del giro de su obra, estas palabras de Bolívar: «El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño. V. ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra á los demás personajes. El inca Huaina-Capac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe en fin.» Bolívar tenía razón; pero el poeta debió experimentar gran sentimiento al ver que el hombre á quien había querido hacer héroe principal de su poesía encontraba en ella otro héroe que á su juicio parecía como que menguaba y ofuscaba la importancia de los que él se había propuesto ensalzar. Á pesar de ello, el vate del Guayas, que se apresuró motu proprio á corregir *algunas máculas*, haciendo en la oda modificaciones y adiciones considerables, no pudo ó no quiso efectuar alteración ninguna en lo que tanto le llenaba. Para disculparse á los ojos del Libertador, le escribía: «Como no se ha variado el plan, *en caso de ser imperfecto*, imperfecto se queda. Ni tiempo ni humor ha habido para hacer una variación que debía trastornarlo todo.» Y para remachar indirectamente el clavo de su arraigada creencia en la bondad del plan censurado por Bolívar, añadía: «Una de las razones que he tenido, á más de las indicadas, para no hacer un trastorno general en el poema, es que así como vino ha tenido la fortuna de agradar á paladares delicados y difíciles.» Tal era, sin duda: Olmedo hubiera podido comprobarlo con

lo que escribieron acerca de la oda en cuestión literatos y poetas de tanto saber y de tan buen gusto como D. Andrés Bello y D. José Joaquín de Mora.

El primero se expresaba en estos términos: «La materia del canto á *La Victoria de Junín* presentaba un grave inconveniente, porque constando de dos grandes sucesos, era difícil reducirla á la unidad de sujeto que exigen con más ó menos rigor todas las producciones poéticas. El medio de que se valió el Sr. Olmedo para vencer esta dificultad es ingenioso. Todo pasa en Junín, todo está enlazado con esta primera función, todo forma, en realidad, parte de ella. Mediante la aparición y profecía del inca Huaina-Capac, Ayacucho se transporta á Junín, y las dos jornadas se eslabonan en una. Este plan se trazó, á nuestro parecer, con mucho juicio y tino. La batalla de Junín sola no era la libertad del Perú. La batalla de Ayacucho la aseguró; pero en ella no mandó personalmente el general Bolívar. Ninguna de las dos por sí sola proporcionaba presentar dignamente la figura del héroe; en Junín no le hubiéramos visto todo; en Ayacucho le hubiéramos visto á demasiada distancia. Era, pues, indispensable acercar estos dos puntos é identificarlos, y el poeta ha sabido sacar de esta necesidad misma grandes bellezas, pues la parte más espléndida y animada de su canto es incontestablemente la aparición del Inca» (1).

Mora consignaba de esta suerte su parecer en el *Correo literario y político de Londres* (2): «Sólo un artificio ingenioso podía formar el *simplex et unum* recomendado por Horacio é indispensable en toda composición artística. En efecto, cantar sólo la acción de Junín, que fué la que Bolívar mandó en persona, hubiera parecido frío, cuando tan de cerca le siguió la de Ayacucho, que fué la que consolidó el triunfo de las armas americanas. Cantar sólo la de Ayacucho hubiera sido obligarse á oscurecer al héroe principal, que no estuvo presente al conflicto. La profecía del Inca salva este inconveniente de un modo realmente épico, y conforme con el ejemplo de los grandes poetas de la antigüedad.»

Más que de estricta justicia, me parecen estos dictámenes, en lo que toca al punto concreto de la aparición del Inca, fruto de bien nacida benevolencia ó del impulso propio de las doctrinas literarias

(1) *Repertorio Americano*, t. I, pág. 54.

(2) Tomo I, núm. 2.º

predominantes por entonces y que Bello y Mora profesaban, cuando no consecuencia natural de la especie de fascinación que obras esmaltadas de grandes aciertos, sean cuales fueren los lunares que por otra parte las desluzcan, ejercen en almas capaces de generoso entusiasmo. Porque el hecho es (lo cual prueba hasta qué punto se equivocaba el cantor de Junín en el modo de apreciar su oda) que el poema de que se trata vive y vivirá excitando admiración y obteniendo aplauso mientras no desaparezca del mundo la poesía castellana, no ya por virtud de la hermosura del plan, sino á pesar de sus defectos. Tantas y de quilates tan subidos son las bellezas acumuladas por Olmedo al traducir en sonoros versos lo que pensaba ó sentía, desatando con estro sublime los puros raudales de su poética inspiración.

La idea de enlazar las dos victorias de Junín y Ayacucho mediante la aparición y el vaticinio del Inca, ha sido muy controvertida desde que salió á luz pública este poema por los años de 1825. Ya hemos visto lo que acerca de ella decían Mora y Bello, que al publicar en Londres sus respectivos juicios debían tener conocimiento por Olmedo mismo de la opinión de Bolívar. De lo que expusieron sobre el asunto los contemporáneos del poeta D. Juan García del Río y D. Antonio José de Irisarri no puedo decir cosa alguna, porque no he logrado verlo. En cuanto á Bello, cuya intimidad con Olmedo desde que éste llegó á Inglaterra conocen ya los lectores, cumple observar que añadía á las reflexiones anteriormente citadas, insistiendo en ellas y ampliando su parecer: «Algunos han acusado este incidente de inoportuno porque, preocupados por el título, no han concebido el verdadero plan de la obra. Lo que se introduce como incidente, es en realidad una de las partes más esenciales de la composición, y quizá la más esencial (1). Es característico de la poesía lírica no caminar directamente á su objeto. Todo en ella debe parecer efecto de una inspiración instantánea: el poeta obedece á los impulsos del numen que le agita sin la menor apariencia de designio, y frecuentemente le vemos abandonar una senda y tomar otra, llamado de objetos que arrastran irresistiblemente su atención... Nada hallamos, pues, de reprehensible en el plan del *Canto á Bolívar*; pero no sabemos si hubiera sido conveniente reducir las dimensio-

(1) Lo mismo pensaba Bolívar, juzgando desde punto de vista enteramente distinto.

nes de este bello edificio á menor escala, porque no es natural á los movimientos vehementes del alma, que sólo autorizan las libertades de la oda, el durar largo tiempo.»

Formando contraste con la anterior defensa de la aparición y profecía de Huaina-Capac, los hermanos Amunáteguis escribían hacia 1859 en su *Juicio crítico* laureado por la Universidad de Chile, y refiriéndose á las observaciones de Mora y de Bello: «Aunque sentimos no aceptar la respetable opinión de dos críticos tan eminentes, nos vemos forzados á declarar que estamos muy distantes de admirar tanto como ellos la aparición del Inca, evocada por el cantor de Bolívar. No puede negarse que el artificio empleado por Olmedo ha reunido en un solo cuadro las dos batallas de Junín y Ayacucho; pero esa unidad es sólo aparente, ficticia. Recurriendo á un procedimiento análogo habrían podido ligarse la conquista y la independencia del Nuevo Mundo, por ejemplo. Así se eslabonan los sucesos más inconexos, las épocas más apartadas. Un arbitrio de esta clase lo salva todo. El *Nec Deus intersit* del sensato Horacio es una regla que debe aplicarse, no sólo al desenlace, sino también á la trama de una fábula poética. Fuera de esto, la aparición del inca Huaina-Capac en el canto á Junín no es más que una fantasmagoría ridícula que no puede haber conmovido al poeta, y que con más fuerte razón no conmueve á los lectores. Una aparición produce efecto cuando se refiere ó escucha con fe; pero no cuando es un recurso manifiesto de retórica, como sucede en el caso presente» (1).

Lejos de seguir tal opinión, Torres Caicedo se expresaba de esta manera dos años después de publicada la obra de los críticos chilenos: «*Todos* cuantos han leído el canto de Junín *convienen* en que la aparición de Huaina-Capac es de un efecto admirable, que satisface á la necesidad en que se había puesto el poeta de celebrar esos grandes hechos de armas; y esto sin faltar á la unidad del sujeto, sino sólo aprovechándose de la mayor libertad y viveza que debe reinar en la poesía lírica» (2). El noble entusiasmo de Torres Caicedo le hacía olvidar que no todos los lectores del canto de Junín convenían en lo que él afirma en las líneas que anteceden, como lo prueban las palabras de los Sres. Amunáteguis arriba citadas, de las cuales se hace cargo, para mostrar que las considera injustas, en

(1) Págs. 28 y 29 de la obra citada.

(2) *Ensayos biográficos*, t. I, pág. 124.

la misma biografía donde se halla esa afirmación. Tampoco ignoraba que la opinión de Bolívar estaba en desacuerdo con la suya sobre este punto, dado que incluyó en su estudio biográfico la curiosa carta en que Olmedo contesta á los argumentos y observaciones críticas del Libertador.

Dígase lo que se quiera, el recurso á que alude el escritor neogranadino, y que según él es á juicio de todos *de un efecto admirable*, no le ha parecido tal á hombres de buenas letras y muy claro entendimiento, empezando por el héroe mismo del poema, apasionadísimo de Olmedo, y más interesado que nadie en el brillo y esplendor de una obra destinada á inmortalizar su nombre. Cierto que la autoridad de humanistas como Bello y Mora, favorables á la adopción y empleo de dicho resorte, pesa mucho en la balanza. Cierto que quita valor á lo que dicen los Sres. Amunáteguis sobre este particular la crudeza, extremada á veces, con que lo dicen, y la soberana injusticia con que suelen apreciar la índole y genio del poeta y el mérito de sus poesías. Mas á pesar de ello no ha faltado últimamente quien sostenga la misma idea, sin sombras de preocupación injusta, examinando con severa imparcialidad y desapasionado criterio el punto de que se trata. D. Miguel Antonio Caro, llamado por la creciente fama del vate de Guayaquil á intervenir en este litigio poético, es testigo de mayor excepción, merced al saber que atesora y al depurado gusto de que ha dado reiteradas pruebas. Hé aquí sus palabras:

«Ocurrióle á Olmedo resolver el problema cantando desde Junín la victoria de Ayacucho por medio de un vaticinio; y para que haya quien lo pronuncie, evoca la sombra de Huaina-Capac. Quiso dar á su poema la unidad de lugar, una de aquellas que tantos quebraderos de cabeza ocasionaron á rígidos dramaturgos, y que tan malos efectos produjeron en el teatro, cuando la violencia las impuso. Y violento fué el recurso de Olmedo, que la procuró suscitando un *Deus ex maquina*. Esta es la parte del plan en que él se deleita por el placer de la dificultad vencida, é imaginando que todo vencimiento es de buena ley; y el «trabajo imponderable» del plan no puede ser otro que el que ocasionaba haber de desarrollar una idea capital absurda, teniendo que disponer y ordenar en boca del Inca multitud de cosas que el poeta, y no su aparecido, debía decir sobre Ayacucho, sobre la libertad del Perú y los destinos de América.

»Que el poeta, comprometido ya á cantar la victoria de Junín, y con ella á Bolívar, se viese en la necesidad de celebrar también la

de Ayacucho, por decisiva y más ruidosa, y con ésta á Sucre, que era «un héroe y su amigo,» según consta de las cartas; y que á fin de no dar idea mezquina de la campaña peruana, como observa D. Andrés Bello, fuese «indispensable acercar aquellos dos puntos é identificarlos,» sea todo ello enhorabuena; pero que la aparición del Inca encierre un plan ingenioso y «trazado con mucho juicio y tino para eslabonar las dos funciones de guerra y conseguir el fin propuesto,» es cosa distinta, y en que no podemos convenir con el mismo Bello. Lo que predice el Inca en larguísima arenga, pudo haberse presentado como un sueño ó visión de Bolívar mismo, rendido á la fatiga del combate, con las ventajas de que un sueño, sobre ser menos inverosímil, más misterioso y poético que una aparición tan inconveniente como la del Inca, cuadraba bien con el alma profética del Libertador. Pudo suponerse, á pesar de lo largo de la relación, que la visión fuese de breves instantes, porque durante el sueño el pensamiento es infinitamente más rápido que en la vigilia, y pudo despertar el héroe vidente á los vivas del campamento, ó al ruido de

El ronco parche y el clarín sonoro.

Si este, y cualquiera otro medio que se imagine, ofrecen también inconvenientes, debemos deducir que no era hacedero reducir las dos batallas á la unidad del lugar» (1).

La deducción me parece incontestable. Si alguien lo duda, fíjese en la primera parte del poema, consagrada exclusivamente á cantar la victoria de Junín, y verá, no sólo que es de por sí una oda completa llena de animación y gallardía, sino la espontaneidad, la seductora naturalidad con que en ella corre la inspiración, como agua que fluye del manantial, sin dar en ningún tropiezo hasta que llega la rebuscada y artificiosa aparición del Inca. Pero oigamos lo que dice Caro á este propósito. Sus censuras á nadie parecerán sospechosas, por ser él americano y gran admirador de Olmedo:

«La aparición del Inca en el canto á Bolívar, ¿será un punto á donde llega la imaginación en el libre y caprichoso giro de sus excursiones aéreas? No ciertamente, sino premeditado artificio y ficción de todo punto inverosímil. La imaginación del pintor es piedra de toque de las ficciones del poeta: realza la que sugirió la fantasía, no

(1) *Repertorio Colombiano*: t. II, (de enero á junio de 1879), págs. 444 y 45.

acierta á hermohear las que sólo trazó el ingenio. Gustavo Doré, intérprete feliz de las creaciones del Dante, no nos hubiera podido expresar con el lápiz la consabida aparición. Quien diga que no es concepción absurda la de una sombra que apareciéndose en las nubes habla largamente con un ejército acampado, al mismo tiempo que va leyendo en el libro del Destino, póngase á corregir la ridícula lámina con que se intentó ilustrar el pasaje en la edición londinense de Ackerman.

»Pasemos por alto el efecto poco artístico de ligar, como primera y segunda parte de un poema, dos acontecimientos análogos, dos batallas semejantes, la una de las cuales ó ha de oscurecer á la otra, ó ha de resultar fastidiosa repetición. Lo que nos parece del todo indefensible es un vaticinio que no tiene caracteres proféticos ni oraculares, porque ni es conciso ni misterioso en su forma. Santo Tomás explica muy bien la intervención divina en los actos humanos, observando que Dios mueve á cada criatura según su naturaleza peculiar; y como la voluntad es naturalmente libre, concluye que Dios la mueve acomodándose á esa libertad de que Él mismo quiso dotarla. Observación es ésta aplicable á todo género de advertencias, anuncios é inspiraciones sobrenaturales. Los antiguos poetas gentiles, aun aceptando la creencia en el Destino, contraria á la libertad, con todo en las profecías y adivinaciones que introducían en sus poemas ponen cierta vaguedad nebulosa que deja campo para que el hombre obre con espontaneidad, y no marchando como prisionero condenado á muerte, al término que le está señalado. Y esta práctica, al par que filosófica, es poética, pues libertad y misterio son alimento de la poesía.

»No así el vaticinio del Inca. Huaina-Capac anuncia la batalla de Ayacucho con todas sus peripecias y pormenores, revelándole á cada jefe, punto por punto, la parte que ha de caberle en el combate y las hazañas que ha de ejecutar. Para gozar de la brillante descripción, el lector olvida ó disimula el artificio absurdo, y la toma como obra del poeta contemporáneo, testigo y admirador de los hechos que canta, y no como profecía de aquel personaje desenterrado y entrometido.

»Los rasgos de mitología peruviana con que el poeta adorna el vaticinio, serían muy bellos en otras circunstancias, pero en boca del Inca, que habla al ejército patriota, no hacen sino recordarnos á cada paso la impropiedad de aquella aparición, y la importunidad, á veces risible, con que habla la Sombra, por más que las ideas estén

allí revestidas de majestuoso estilo. ¿Qué efecto hubiera producido en Bolívar y en los gallardos jefes de su ejército si realmente hubiesen visto la sombra aquella, adornada nada menos que de carcax y flechas, y la oyesen proferir estas palabras:

¡Oh pueblos que formáis un pueblo solo
Y una familia y *todos sois mis hijos!*

¿Y por qué había de ser Huaina-Capac padre, no sólo de los peruanos, sino de los colombianos y de todos los españoles americanos? Aquí se ve el peruanismo del poeta, que en la persona del Inca hace á su patria reina de América. El lazo federal que el Inca recomienda á «sus hijos,» es decir, á todos los americanos, es en su boca tanto más extraño, cuanto la unidad de nuestra civilización se basa precisamente en los elementos que trajo la conquista, y el Inca empieza por maldecirla» (1).

La pasión es mal consejero, porque rara vez deja de subordinarlo todo al ímpetu de su ofuscación ó ceguedad. De no ser así, difícilmente habría incurrido un poeta de la arrebatada fantasía y el vigor varonil de Olmedo en la insensatez de hacer hablar á la sombra del Inca del modo que lo efectúa, ni dado margen con tal desvarío á estas oportunas observaciones del literato colombiano: «¿Podría dejar de sonreír Bolívar al ver que la sombra de un inca, imitando á Horacio y á Virgilio y usando luego de un lenguaje en parte español y cristiano, en parte peruviano y gentílico, le ofrece, en premio á sus fatigas por la independencia americana, que, muriendo (Bolívar), será «angel poderoso» en el «empíreo» y ha de sentarse á la diestra de Manco-Capac? Lo más gracioso es que en aquella morada de los justos Bolívar se habría de hallar entre incas é indígenas peruanos, sin otra persona de su raza con quien hablar que el fraile Las Casas, que, como solitaria excepción,

¡En el empíreo entre los incas mora!

¡Pobre Bolívar en semejante cielo!» (2).

Y ¡pobre Las Casas, añado yo, si en su calidad de prelado católico no hubiese merecido mejor recompensa final por sus apostólicas predicaciones en favor de los indios, que la que Olmedo le con-

(1) *Repertorio Colombiano*, t. II, págs. 447 y 48.

(2) *Idem*, id., pág. 448.

cede aposentándolo en el empíreo de los incas por toda una eternidad! No me cansaré de repetirlo: la pasión es siempre mal consejero, y la del odio tal vez más ocasionada que otra ninguna á exageraciones é injusticias, sobre todo cuando nace al calor de contrapuestos deseos, y se alimenta y aviva en el choque de encontrados intereses.

«En la declamación contra la conquista (añade Caro con recto y desapasionado juicio), aunque en boca del Inca, se ven en parte los sentimientos del poeta, que en este trozo estuvo injusto en lo que dijo y desgraciado en el modo de decirlo. Tratar á «todos, sí, todos» los descubridores y conquistadores, sin perdonar á Colón, de «estúpidos, viciosos y feroces;» decir que los sacramentos que trajeron eran «sangre, plomo y cadenas;» hacer solamente una excepción en favor del nombre de Las Casas, condenando á olvido ó á ignominia la multitud de varones apostólicos que evangelizaron la tierra americana, muchos de los cuales sellaron la fe con su sangre muriendo á manos de salvajes, es un rasgo de flagrante injusticia é ingratitud, una blasfemia y sacrílego insulto á la verdad histórica. No vale cubrirse con el fuero de la licencia poética. En esos casos, la musa abandona al poeta y le deja hablar sólo el lenguaje de la canalla. Vuélvase á leer el trozo aludido, y se verá cuán por debajo quedó Olmedo del más ruín coplero. De la propia suerte manchó Quintana su oda á la Imprenta, con un pasaje verdaderamente «inmundo y feo.» Con todo, la indignación se trueca en risa cuando después de ensartar impropiedades acaba Olmedo con el ya citado verso colocando al exceptuado Casas, á fuer de inapreciable recompensa, en un empíreo de incas» (1).

(1) *Repertorio Colombiano*, t. II, págs. 448 y 49.—El elocuente escritor y poeta D. Rafael Pombo, Secretario de la Academia Colombiana, que en 1872 publicó en *El Mundo Nuevo* de Nueva York, bajo el seudónimo de *Florencio*, una calorosa defensa de Olmedo encareciendo sus altas cualidades poéticas, en la brillante *Reseña* leída ante aquella corporación el 6 de agosto último se ha hecho cargo de lo que opina Caro acerca de *La Victoria de Junín*. Refiriéndose al plan de esta obra y á la asendereada profecía del Inca, escribe:

«Convengamos en que el problema era complicado y no admitía solución intachable; pero me inclino á aceptar la que le dió el poeta, porque veo en Huaina-Capac por una parte el genio del Nuevo Mundo, más interesado aún que Bolívar y Sucre en su pasado y su porvenir; ellos los paladines, el Inca la dama dolorida de su empresa; y por otra, un pretexto indispensable para describir la segunda batalla, lo cual hizo con la amplitud, viveza y frescura de la realidad, que son condiciones allí preferibles

He preferido, á discurrir sobre este punto por cuenta propia, trasladar textualmente las palabras de americano tan ilustre como el sabio director de la Academia Colombiana, celosísimo de sus glorias nacionales, por dos razones que han pesado mucho en mi ánimo: la primera es que, pensando yo, desde que hace ya muchos años leí por vez primera *La Victoria de Junín*, lo mismo que acerca de ella piensa hoy Caro, me exponía, no sólo á repetir sus ideas ú observaciones y á ser tenido por plagiario, sino á expresar menos atinadamente lo que él ha dicho con tanto acierto y lucidez; la se-

para mi deseo, al estilo oracular y misterioso que el Sr. Caro observa debió haber asumido la visión sobrehumana. Añádese que el vaticinio es fastidioso por prolongado; mas yo dudo que pueda señalarse en dónde empieza (para un americano por lo menos) el fastidio del lector, puesto que al romper la descripción de Ayacucho, la voz del Inca es exactamente la del poeta, y si describe como gran poeta mal puede fastidiar. Sugiere nuestro amigo que un sueño de Bolívar se habría prestado mejor para salir de este empeño; pero, amén de otras desventajas, Bolívar no podía ensalzarse ni aconsejarse á sí mismo, y aquellas duras reminiscencias y contrastes históricos salen del espíritu al cual correspondía mejor el hacerlos y sentirlos. Á la tacha de Bolívar fundada en la naturaleza humana, contesta el cantor señalándole á Huaina-Capac *ya en la mansión de la paz y de la luz*, ciertamente incompatible con el encono y la venganza, mas no con la justicia ni con la visión de la verdad plena y de la unidad de nuestra raza.»

La manera como Pombo aprecia en estos renglones la significación y el valer moral y patriótico del que llama *genio del Nuevo Mundo* tiene mucho á mi parecer de caprichosa y fantástica, y no invalida en manera alguna la sensata opinión de Caro. El fogoso entusiasmo de Pombo le ha impedido ver que *la mansión de la paz y de la luz*, morada celestial del Inca, ó no debía ser como él dice *incompatible con el encono y la venganza*, ó el Huaina-Capac de Olmedo era un bergante indigno de habitar en ella, cuando así mentía para atizar rencores, expresándose en versos bastante flojos:

«Guerra al usurpador.—¿Qué le debemos?
 ¿Luces, costumbres, religión ó leyes?
 ¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
 Feroces, y por fin supersticiosos!
 ¿Qué religión? ¿La de Jesús?... ¡Blasfemos!
 Sangre, plomo veloz, cadenas fueron
 Los sacramentos santos que trajeron.
 ¡Oh religión! ¡Oh fuente pura y santa
 De amor y de consuelo para el hombre!
 ¡Cuántos males se hicieron en tu nombre!
 ¿Y qué lazos de amor?... Por los oficios
 De la hospitalidad más generosa
 Hierro nos dan: por gratitud, suplicios.
 Todos, sí, todos: menos uno sólo;
 El mártir del amor americano,
 De paz, de caridad apóstol santo,
 Divino Casas, de otra patria digno.» •

gunda, que toda reflexión propia encaminada á combatir ó desvanecer con cierta energía los graves errores acumulados en el vaticinio de Huaina-Capac, donde el autor parece como que reniega de su verdadera progenie, y en el cual, cegado por pasión adversa, prorrumpe en invectivas é insultos contra la madre España á quien mostraba tanto amor en su florida juventud, se habría podido interpretar injustamente, considerándola nacida de sentimientos rencorosos y de un espíritu no menos apasionado que el del poeta, aunque en opuesto sentido. Por dicha, ha sonado ya la hora en que hispano-americanos y españoles peninsulares empiezan á hacerse recíprocamente justicia, prescindiendo de antiguos resentimientos y lamentables exageraciones perjudiciales á todos. Pruébalo el juicio de Caro que en gran parte acabo de transcribir.

Al hacer notar el hecho de que en la declamación contra la conquista Olmedo estuvo injusto en lo que dijo y desgraciado en el modo de decirlo, el inspirado traductor de la *Eneida* viene implícitamente á corroborar mi antigua opinión de que la poesía debe ante todo ser verdadera, porque donde no hay verdad no puede haber poesía. El que es poeta nunca expresa mal lo que siente bien; pero jamás puede sentir bien lo que por ser falso carece de persuasión y atractivo. Olmedo lo demuestra en *La Victoria de Junín* de un modo muy eficaz. Allí le vemos remontarse á las nubes arrebatado por la inspiración; encontrar acentos, si no superiores al de todos, no inferiores al de ninguno de nuestros mejores líricos, siempre que se trata de expresar lo que directamente le ha conmovido ó afectado. Allí le vemos caer de tan gran altura y arrastrarse y fatigarse prosaicamente, cuando se aparta de la esfera luminosa de la verdad para engolfarse en el laberinto de lo meramente artificioso. Ese y todos los defectos del *Canto á Bolívar* son consecuencia ineludible de su desdichado plan, esto es, del pecado original del poema.

Aptado ya cuanto los críticos más notables han dicho de él en pro y en contra, de medio siglo á esta parte, veamos si el egregio artista ha logrado levantar sobre tan mal cimiento un maravilloso edificio. Así debe ser, cuando lejos de disminuir su importancia con el transcurso de los años, se acrecienta cada día en América y en Europa, porque se le va conociendo más y se le juzga sin odiosas preocupaciones ni engañosos prejuicios.

He dicho en párrafos anteriores que *La Victoria de Junín* vivirá siempre con aplauso, no por virtud de la hermosura del plan, sino á pesar de sus defectos. Ó lo que es lo mismo: que lo defectuoso de

aquél se oscurece y hasta se olvida, merced á la animación, al movimiento, al estro sublime con que el autor ha logrado expresar y desarrollar la idea. Táchanle algunos de que su canto revela más la ciencia y el trabajo que la inspiración y el entusiasmo; de que ha levantado un monumento á Bolívar con fragmentos de monumentos antiguos y piedras cortadas á imitación de las que se empleaban en las construcciones de Grecia y Roma; de que abundan en su obra imitaciones de los autores clásicos (1). Efectivamente: desde que la abre diciendo:

«El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera
Al Dios anuncia que en el cielo impera,»

imitación del

*Coelo tonantem credidimus Jovem
Regnare, etc.,*

con que empieza Horacio la oda quinta del libro tercero de las suyas, hasta el apóstrofe á la Musa en la última estrofa del poema, también imitado de Horacio cuando exclama para terminar la oda tercera del mismo libro:

*Non haec jocosae conveniunt lyrae.
Quó, Musa, tendis? etc.*

encontramos no pocas reminiscencias de Horacio, de Virgilio, de Homero, de Píndaro, de Lucrecio. Hasta en la idea de la evocación del Inca imita (según observa Caro acertadamente) la aparición del Conde de Rebolledo á Palafox, en el poema *Zaragoza* de D. Francisco Martínez de la Rosa. ¿Habremos de decir por eso que Olmedo carece de originalidad, que es más poeta de estudio que de inspiración, que no le anima el fuego que se trasmite á los demás y los enciende y avasalla? De ningún modo. Lo mismo que Garcilaso y León, que Herrera y San Juan de la Cruz, que Rodrigo Caro y Rioja, que todos los poetas del Renacimiento (por no hablar sino de los grandes maestros de los siglos de oro), el vate de Guayaquil utiliza discretamente el fruto de sus lecturas, consigue hacer propio lo

(1) D. Miguel Luis y D. Gregorio Víctor Amunátegui, en su citado *Juicio crítico*, pág. 29.

ajeno comunicando nuevo sér á lo que de otros recibe, y halla, sin deliberado propósito de buscarlo, el secreto de ser original en la imitación. ¿Cuántos poetas de los que no empiedran sus obras con reminiscencias clásicas, por vanidad ó ignorancia, podrán hombrarse con Olmedo y blasonar de tan originales é inspirados?

Fuera de que si no ha de ser para el poeta título glorioso el arte de aprovechar los pensamientos é imágenes que encuentra en los maestros de pasados siglos (como lo era en concepto de los más sabios humanistas de otras edades y lo acreditan las *Anotaciones* del Brocense y del divino Herrera á las poesías de Garcilaso), tampoco se le debe acriminar porque tenga el raro don de enriquecerse con bienes extraños, lícita y naturalmente, cosa que sólo saben conseguir ingenios de refinada cultura.

Suponer que el poema de Olmedo tiene un colorido de otro siglo, que en oda tan inspirada sólo son modernos los nombres de Bolívar, de Sucre, de Junín y de Ayacucho, entiendo que es dar en lastimosa equivocación. Mucho antes de que esto se escribiese, había dicho Mora, tan conocedor de América, que el poema se halla «revestido de un color que pudiéramos llamar local, por estar en armonía con los sitios que el poeta describe, y cuyo aspecto físico es tan diferente del paisaje europeo.» Del razonable parecer de Mora son ya cuantos hablan de nuestro poeta.

Amén de los defectos de plan, en que tanto se ha insistido por su capital importancia, y de los que han sido consecuencia del carácter especial de aquél, la crítica justa y desapasionada encontrará por demás difusos ciertos pasajes del poema, y estará de acuerdo con el parecer de Bolívar, que estimaba prosaicos y vulgares muchos versos, y creía que el autor debiera haberlos borrado.

En cambio, ¡cuántas bellezas y de cuán subidos quilates no atesora la composición de Olmedo! ¿Quién ha logrado remontarse á más altura que él en alas de la inspiración y del arrebató lírico? ¿Quién trazado cuadros más vigorosos que los suyos, ni de más grandiosidad, ni en estilo más elegante y acendrado? ¿Dónde hallar riqueza mayor de luces y colores en armonioso concierto? ¿Dónde más jugosa espontaneidad, ni emoción más sincera y persuasiva? No daré contestación á tales preguntas: el lector la dará por sí mismo cuando haya tenido ocasión de oír al poeta. Así expresa éste el influjo del numen inspirador:

«¿Quién me dará templar el voraz fuego
En que ardo todo yo? Trémula, inicierta,

Torpe la mano va sobre la lira
 Dando discorde son. ¿Quién me liberta
 Del Dios que me fatiga?...
 Siento unas veces la rebelde Musa
 Cual bacante en furor vagar inicierta
 Por medio de las plazas bulliciosas,
 Ó sola por las selvas silenciosas
 Ó las risueñas playas
 Que manso lame el caudaloso Guayas;
 Otras el vuelo arrebatada tiende
 Sobre los montes, y de allí descende
 Al campo de Junín!»

Refiriéndose á los Andes, dice:

«Mas los sublimes montes, cuya frente
 Á la región etérea se levanta,
 Que ven las tempestades á su planta
 Brillar, rugir, romperse, disiparse;
 Los Andes... las enormes, estupendas
 Moles sentadas sobre bases de oro,
 La tierra con su peso equilibrando,
 Jamás se moverán.»

Y en otro lugar, aludiendo á la suspirada unión de los pueblos americanos del Sur:

«Esta unión, este lazo poderoso
 La gran cadena de los Andes sea,
 Que en fortísimo enlace se dilatan
 Del uno al otro mar. Las tempestades
 Del cielo ardiendo en fuego se arrebatan;
 Erupciones volcánicas arrasan
 Campos, pueblos, vastísimas regiones,
 Y amenazan horrendas convulsiones
 El globo destrozár desde el profundo:
 Ellos, empero, firmes y serenos
 Ven el estrago funeral del mundo.»

¿Cabe mayor grandeza en la idea, expresión más enérgica ni más robusta? Pues ved ahora este símil, que parece engendrado por el aliento de la antigua Musa helénica:

«Tal en los siglos de virtud y gloria,
 Cuando el guerrero sólo y el poeta
 Eran dignos de honor y de memoria,
 La Musa audaz de Píndaro divino,
 Cual intrépido atleta,
 En inmortal porfía

Al griego estadio concurrir solía.
 Y en esto hirviendo y en amor de fama,
 Y del netro y del número impaciente,
 Pulsa su lira de oro sonora
 Y alto asiento concede entre los dioses
 Al que fuera en lid más valeroso,
 Ó al más afortunado.
 Pero luego, envidiosa
 De la inmortalidad que les ha dado,
 Ciega se lanza al circo polvoroso,
 Las alas rapidísimas agita,
 Al carro vencedor se precipita,
 Y desatando armónicos raudales,
 Pide, disputa, gana,
 Ó arrebatada la palma á sus rivales.»

Dudo que haya en verso castellano retrato bosquejado con mayor brío ni con más seguro pincel que el de Bolívar que nos presenta Olmedo cuando va á principiar la batalla:

«¿Quién es aquel que el paso lento mueve
 Sobre el collado que á Junín domina?

.....

¿Quién el que ya deciende
 Pronto y apercibido á la pelea?
 Preñada en tempestades le rodea
 Nube tremenda: el brillo de su espada
 Es el vivo reflejo de la gloria:
 Su voz un trueno, su mirada un rayo.»

Ni es menos bello lo que pone en boca de Huaina-Capac respecto del héroe, al predecir la victoria de Ayacucho:

«Allí Bolívar, en su heroica mente
 Mayores pensamientos revolviendo,
 El nuevo triunfo trazará, y haciendo
 De su genio y poder un nuevo ensayo,
 Al joven Sucre prestará su rayo.»

Pero donde tal vez sobresalen más la varonil concisión y energía del estilo, el esplendor de las imágenes, la propiedad de las voces y la hermosura y rotundidad del verso, es en la pintura de la batalla misma, trozo lleno de vigorosa animación. Héla aquí:

«Ya el formidable estruendo
 Del atambor en uno y otro bando;
 Y el son de las trompetas clamoroso;
 Y el relinchar del alazán fogoso,

Que, erguida la cerviz y el ojo ardiendo,
 En bélico furor salta impaciente
 Dó más se encrúelece la pelea;
 Y el silbo de las balas que rasgando
 El aire llevan por do quier la muerte;
 Y el choque, asaz horrendo,
 De selvas densas de ferradas picas;
 Y el brillo y estridor de los aceros
 Que al sol reflecten sanguinosos visos;
 Y espadas, lanzas, miembros esparcidos
 Ó en torrentes de sangre arrebatados;
 Y el violento tropel de los guerreros
 Que, más feroces mientras más heridos,
 Dando y volviendo el golpe redoblado,
 Mueren, mas no se rinden...»

Sería cuento de no acabar si hubiese de citar todos los versos del *Canto á Bolívar* que merecen ser citados. Los que anteceden, no escogidos, sino tomados indistintamente, bastan para dar razón de la justa fama de Olmedo. La América del Sur puede ufanarse de haber producido al insigne poeta que en *La Victoria de Junín* ha dejado, para admiración de los venideros, una de las más hermosas páginas de la lírica española.

MANUEL CAÑETE.



EL PINTOR WIERTZ Y SU MUSEO

El viajero que, después de recorrer las alturas de Bruselas, se dirija hacia la parte baja de la misma ciudad, verá destacarse á lo lejos, entre el follaje de un espeso y copudo bosque, un edificio al parecer en ruinas y que semeja los restos de algún monumento griego ó romano, todavía en pie á través de los siglos, á pesar de los embates y las injurias del tiempo.

El edificio, en efecto, es la reproducción exacta de uno de los templos ruinosos de Pœstum, con sus columnas colosales, de las que unas yacen por el suelo, como mastodontes espantados, mientras otras se levantan altivas sobre sus robustas basamentas, como gigantes que pretenden escalar el cielo. La ilusión es tan perfecta que, aun vista de cerca aquella mole, se creería uno frente á frente del verdadero Pœstum.

Y sin embargo, se ha construído en nuestros días; ¿con qué objeto? Difícil es adivinarlo por su aspecto exterior. Los muros están literalmente cubiertos de un tapíz de verdura, que han contribuído á tejer todas las plantas trepadoras y enredaderas de los Dos Mundos, desde la humilde campanilla hasta la gigantesca hiedra, y se alzan en medio de un parque sembrado de césped y plantado de árboles artísticamente distribuídos, entre los cuales se ven aquí y allí, con su distancia y su disposición respectivas, las principales ciudades de Europa, representadas por planos en relieve.

¿Se hallará el edificio destinado á la enseñanza intuitiva de la Arqueología y la Geografía? Nada de eso. Es un museo pictórico, el *Museo de Wiertz*, el famoso pintor belga, construído por él mismo para servirle de vivienda, de taller y de lugar de exposición de sus cuadros, y adquirido y conservado después de su muerte, para este último objeto, por el Gobierno de Bélgica.

Pero entonces, ¿por qué esa imitación de un templo romano en ruinas? ¿Por qué ese parque que pudiéramos llamar geográfico?

Para comprender semejantes anomalías, es preciso conocer á Wiertz, no sólo como artista, sino también como hombre, y tener en cuenta su personalidad, una de las más salientes y originales que pueden imaginarse.

I.

Antonio Wiertz nació, á principios del siglo, de padres humildes, en una aldea de las montañas de los Ardennes, á cuyos pies se deslizan las cristalinas ondas de la Meuse, y desde muy niño reveló su vocación, poderosamente excitada por las risueñas perspectivas de aquella región agreste y pintoresca.

A la edad de cuatro años dibujaba ya cuantos objetos atraían sus miradas, fijando las imágenes bajo la pluma ó el lápiz con increíble facilidad.

A la de diez hacía retratos, sin haber recibido otras lecciones que las de su inspiración, servida por una voluntad enérgica é infatigable. Bien pronto veremos que esta voluntad fué durante toda su vida gran palanca de su genio.

A la de doce, todavía sin maestro, sin guía, sin ninguna de las condiciones exteriores que solicitan la obra ignorada, había *reinventado*, por decirlo así, el grabado en madera, y eso que, en vez de valerse de planchas serradas perpendicularmente al eje de la fibra, trabajaba sobre esta última dividida en el sentido de su longitud, después de lo cual, preparada la plancha á fuerza de ingenio y de paciencia, estampaba por sí mismo su obra.

Hemos visto dos grabados que Wiertz compuso y estampó en aquella época; el uno representa un cosaco á caballo, y el otro una Virgen de estilo rafaelesco, y ciertamente, estos primeros ensayos están muy lejos de ser perfectos; pero sirven para dar una idea de los singulares atisbos de aquella inteligencia, capaz de vencer obstáculos que para las demás hubieran sido insuperables.

Por entonces emprendió nuestro héroe una obra atrevida: la pintura al óleo.

Un posadero del país andaba en busca de un pintor de muestras para decorar el frontispicio de su albergue con una en que estuviese pintado un caballo negro sobre un fondo cualquiera, y noticioso de la habilidad del joven artista, le propuso que se encargase de hacerla.

—Para eso—observó Wiertz—sería preciso que yo pintase al óleo, y no tengo colores.

—Los tendréis—repuso el posadero;—yo os proporcionaré cuantos se necesiten.

Y pocos días después, le entregaba una hermosa colección, contenida en conchas de almejas.

El pintor puso manos á la obra.

La emoción que sintió en aquel momento debió ser tan intensa como la revelación de un primer amor. Su brocha, cuyas cerdas se impregnaban por primera vez de aquellos mágicos colores, volaba, como una hada, trazando líneas y contornos.

La figura del caballo negro causó la admiración de todos los vecinos del pueblo. Los inteligentes llegaron hasta á predecir que el joven Wiertz sería con el tiempo el primer pintor de muestras de la comarca.

Alentado con el éxito, Wiertz no vaciló en aceptar otro encargo para un asunto todavía más difícil. La muestra que había pintado era de buen efecto; el colorido al óleo le daba un aspecto vistoso y luciente; pero al fin el color del caballo, todo negro, no había permitido al pintor ensayar esos contrastes de luz y sombra que son los que producen las impresiones más vivas. En aquel cuadro la escala artística no tenía variantes. En el que ahora se le encargaba ya era otra cosa. El nuevo cliente de Wiertz, más ambicioso que el primero, quería que su muestra representase un grupo de un hombre y de un caballo, con esta leyenda: *Al Comisionista ambulante*.

A los pocos días, la muestra estaba concluída y anunciaba en su joven autor un gran progreso. La figura del caballo presentaba una escala de tonos tan finos como variados. La del comisionista era, sin duda, improvisada, pero la intuición del pintor la había caracterizado de tal modo, que el público creía adivinar en el personaje todas las malicias y estratagemas del oficio.

Desde entonces, Wiertz se consagró completamente á la pintura al óleo. Su fogoso espíritu acometía las más arduas composiciones, y aquellas obras incorrectas y, por decirlo así, rudimentarias, sorprendían ya por la intensidad de vida y de movimiento que resaltaba en ellas.

A la edad de catorce años entrevió por fin su destino: ser pintor, y pintor extraordinario, llegar á la cima del arte. Sentía en su interior que tendría que luchar rudamente; pero no se arre-

draba. Al contrario, todo en él parecía dispuesto para la lucha.

Era un adolescente, y ya tenía todos los signos exteriores de la virilidad. Estatura alta, cuerpo proporcionado, barba en la mejilla, fibra seca, sin un átomo de gordura, flexibilidad en las articulaciones, elasticidad en los miembros: hé aquí su físico. Por lo que hace á su moral, la Historia no nos ofrece ejemplos de un carácter más enérgico, de una voluntad más poderosa, más persistente é inquebrantable. Como el resorte de acero de una máquina, la voluntad de Wiertz lo dominaba todo: pasiones, obstáculos, imposibilidades. Esta potencia del alma era en él un aguijón, y al mismo tiempo un freno. No se dejaba arrastrar ni subyugar por el asunto que trataba ó por el objeto que se proponía, sino que siempre permanecía superior á él, condición indispensable para llegar al término.

Wiertz hubiera llegado á sobresalir en cualquier carrera que hubiese emprendido; mas para la de pintor, á la cual le llamaba su vocación, necesitaba otra cualidad, la imaginación, y también la poseía en grado eminente. Se ha llamado á la imaginación *la loca de la casa*, y en efecto lo es cuando no va acompañada de la razón, porque entonces se lanza á los espacios, y como le falta la luz, no ve sino lo que ella misma se finge: ensueños, quimeras, fantasmas. Pero cuando en su vuelo á través del mundo ideal lleva por delante la antorcha de la razón, la imaginación es la única que puede descubrir ó entrever al menos las maravillas del infinito. En Wiertz, la imaginación y la razón no se separaban nunca; era un pensador al par que un artista.

En la época á que nos referimos comenzó á atormentar su alma una afeción que podríamos llamar la *nostalgia de lo desconocido*. La pintura de muestras no podía ya satisfacer sus aspiraciones; las márgenes de la Meuse, en que tantas veces se había entregado á sus *réveries*, habían perdido para él todo encanto y todo atractivo. Anhelaba beber la inspiración en las fuentes vivas de las grandes obras artísticas; sabía que Amberes era uno de los centros donde se encerraban; pensó que debía partir á aquella ciudad, y partió.

II.

Hé aquí por fin á Wiertz en el campo de batalla que él mismo había elegido.

Lienzos, pinceles, cuadros, estatuas, un mundo de ideas en su fantasía; Rubens, sobre todo, por modelo. Era más de lo que necesitaba para crear, era la realización de sus más ardientes deseos.

Héle allí solo, sin protectores, sin amigos, sin recursos, sin más apoyo que su ánimo esforzado y su santo amor al trabajo.

Jamás cenobita alguno se impuso mayores privaciones, ni las soportó con mayor resignación y constancia.

Wiertz fija su morada en el rincón de un granero, en una especie de celda, de dos metros de ancho por cuatro de largo, queriendo habituarse desde luego á la pobreza, á la miseria misma, porque ha jurado no dejarse inspirar en ninguna de sus obras por el móvil del lucro.

Allí sueña á la vez con todas las glorias artísticas; osa nada menos que al pincel de Rubens, al cincel de Miguel Angel, á la pluma de Corneille, el arco de Mozart; pero bien pronto se debilita su salud y tiene que renunciar á tantas ilusiones. Entonces concentra sus facultades en su solo objeto, el arte pictórico, la pintura tal como él la comprende, no sólo estética, sino también profunda, filosófica, reflejo de la realidad y de la naturaleza. Durante el día dibuja, pinta, modela, y por la noche se entrega á los estudios anatómicos, metido en su lecho, porque no tenía lumbre, ni abrigo, ni otro medio de preservarse del frío, hasta que el cansancio le rinde y se queda dormido con el lápiz en una mano y el escalpelo en la otra.

Esta existencia excepcional no podía durar mucho tiempo sin excitar la curiosidad pública. Bien pronto la población de Amberes quiso ver á aquel singular adolescente, á aquel filósofo de quince años, á aquel pequeño fenómeno, como ya empezaban á llamarle. Á veces un impertinente asomaba la cabeza por la puerta de la celda para contemplar á Wiertz en ese oscuro escondite, atestado literalmente de dibujos, bocetos, manuscritos, esparcidos aquí y allí en el más pintoresco desorden.

Un día se le presentó un aficionado pretendiendo comprarle á

buen precio un boceto que acababa de pintar. «Guardad vuestro oro—contestó el pintor asceta,—es la muerte del artista,» y despidió al comprador sin más ceremonia.

Entonces, se dirán nuestros lectores, ¿de qué vivía? El Gobierno belga, noticioso de las asombrosas disposiciones de Wiertz, le había señalado una pensión anual de *cien florines*. Esto era mezquino, pero á él le bastaba, considerándose rico y feliz con su independencia.

¿Quién otro, en efecto, podía serlo más? Allí donde el vulgo no distinguía más que paredes desmanteladas, el genio del pintor veía desarrollarse los grupos fulgurantes de aquellos titanes, que más adelante había de reproducir en uno de sus más grandiosos cuadros. Para mayor encanto de su espíritu, Wiertz se complacía en mecer estas visiones al compás de la música, y se daba á sí mismo conciertos, en los cuales inundaba el espacio de preludios, variaciones, fantasías diabólicas, hasta el punto de hacer creer á sus vecinos que dentro de la celda había una orquesta ó una banda de músicos tocando todos los instrumentos musicales.

Estos conciertos llamaron la atención de un profesor célebre, que un día fué á visitar al artista y le dijo:

—Yo doy lecciones á veinte francos; si queréis, os pagaré á vos cincuenta por cada lección que de mí recibáis.

—Gracias—respondió Wiertz.—Después de adiestrarme, queríais exhibirme en público, y yo he dispuesto mi vida de otro modo.

Un hombre que se encaminaba á la gloria por tales senderos no podía ser comprendido. Las gentes le miraban como un extravagante, como un loco pacífico, y no faltaban chuscos que, al verle pasar por la calle, le abrumaban de burlas y de sátiras. Él los contenía con un gesto de altiva firmeza y seguía tranquilamente su camino. Bien necesitaba cubrir desde luego su pecho con una coraza impenetrable, porque, andando el tiempo, no hubiera podido resistir sin ella los ataques de la ignorancia y la envidia.

Pasaron los años: Wiertz hizo dos viajes á París, donde estudió con pasión las riquezas artísticas encerradas en los Museos de aquella gran ciudad; adquirió la suficiente habilidad para trasladar al lienzo las creaciones de su genio y se halló en estado de entrar en las lides artísticas. Abrióse en este intervalo el concur-

so para el premio de Roma, se presentó en él y fué premiado.

Entonces se recogió en su interior; fijó sus miradas en el sol de Italia, y partió ansioso de verse iluminado por sus resplandores.

III.

Una vez en Roma, la vida de Wiertz fué austera, sencilla, regular y completamente consagrada al estudio. ¡Cosa que parecerá extraña! Ni la más pequeña aventura vino á distraerle de su preocupación constante por el arte. Quizá tropezó en su camino con las funestas tentaciones que amargaron la existencia de Van-Dyck, de Leopoldo Robert y de tantos otros; pero no les dió acceso. Para él, la pintura era una amante celosa, que, no sólo no sufría rivalidad alguna, sino que hubiera mirado como un crimen la menor distracción del artista.

Había llegado á la ciudad eterna con una maleta de mano por todo equipaje, y una anualidad de su pensión por toda fortuna. Un Príncipe extranjero le ofrece *trescientos mil francos* por su *Triunfo de Cristo*, y Wiertz le responde:

—No me atrevo á vender mi cuadro; mañana encontraría en él algún defecto, y no podría corregirle.

Respuesta que revela tanta altivez como modestia, y que confirma, sobre todo, su ya notorio desdén por la riqueza.

Por lo demás, el entusiasmo de Wiertz por las obras maestras de la brillante escuela italiana fué ardiente, pero reflexivo. El laureado de Amberes no había ido allí sólo para admirar, sino también para juzgar. Midió de una ojeada la prodigiosa talla de los Rafael y los Miguel Ángel, y reconoció sus méritos sin ocultársele por eso sus defectos, hijos de la época en que florecieron. La experiencia que adquirió frecuentando los museos de Roma, de Milán, de Nápoles, de Venecia, de Florencia, sirvió de piedra de toque á su genio. Impaciente ya por medir sus fuerzas, tomó un lienzo de 30 pies y arrojó en él la conmovedora escena de la *Muerte de Patroclo*. Después, contento si no satisfecho de su obra, regresó á su patria, llevando consigo, como tributo de gloria, aquella gran página homérica.

Al anclar en el puerto de Amberes el buque que conducía el cuadro, estalló casi una revolución en el seno de la dicha Academia. La nota de los gastos de embalaje y transporte importaba

500 francos. ¡Quinientos francos! El secretario no podía dar crédito á sus ojos. Limpióse las gafas para leer mejor la nota; repasó la suma por si había en ella algún error de cálculo; se acercó una y otra vez á la nariz aquel documento, y convencido al fin de que en el último renglon decía: *total*, 500 francos, exclamó lleno de espanto:

—¡Ah! Esto es inaudito; la Academia no puede pagar tan enorme suma; habrá que hacer abandono de ese mamotreto.

Antes, sin embargo, de llevar á efecto semejante propósito; ó más bien *despropósito*, picóle la curiosidad y mandó desclavar el cajón que contenía el cuadro.

Nueva exclamación de asombro.

El cuerpo de Patroclo quedó al descubierto, demasiado al descubierto. Ante la desnudez de sus formas, no sólo nuestro hombre, sino también los académicos presentes, volvieron el rostro, no pudiendo su pudor soportar aquel espectáculo.

Iba ya el cuadro á ser rechazado definitivamente, cuando se presentó un hombre llamado Van-Brée, un corazón entusiasta, un verdadero artista. Este hombre salió á la defensa de la obra, hizo ver sus bellezas, y tanto y tan bien habló, que el areópago no pudo menos de suspender su sentencia.

La nota fué pagada, y el cuerpo de Patroclo se libró de caer en poder de los armadores del buque, como si dijéramos, de los troyanos.

IV.

Desde entonces cada cuadro que salía del taller de Wiertz atraía sobre su cabeza una lluvia de anatemas. Se envidiaba su genio, se consideraba como un insulto, ó como un desafío á la sociedad, la enérgica altivez de su carácter. La crítica, sobre todo, era con él, no ya severa, sino cruel y despiadada.

Wiertz dejó su pincel, tomó la pluma y se lanzó al palenque de la discusión pública, más que para defenderse á sí mismo, para defender al arte.

Antes, sin embargo, se había dado ya á conocer como crítico y escritor notable.

La obra en que reveló estas cualidades era un elogio, el *Elogio de Rubens*, Memoria premiada por la Academia de Amberes.

La posteridad había declarado ya á Rubens un gran pintor;

Wiertz nos le presenta como la más asombrosa individualidad artística que han producido los siglos. Y no se crea que este juicio es el resultado de un examen superficial. Wiertz va al fondo de la cuestión; analiza, disecciona, escudriña los menores detalles; después, en un estilo rápido, fogoso, brillante, reúne todos los elementos esparcidos, los enlaza, los condensa, los desarrolla, y hace con este motivo una especie de *fisiología de la pintura*.

En la imposibilidad de reproducir íntegra la Memoria de que se trata, citaremos al menos algunos párrafos para dar una muestra del talento que el autor despliega en ella.

«Si el genio de Rubens, dice, es extraordinario en la teoría, lo es todavía más en la práctica. Su facilidad en la composición no tiene límites, no parece sino que, como á un dios, le basta un acto de su voluntad para crear sus obras.

»¿Se quiere tener una idea de esta prodigiosa aptitud? Supongamos un concurso, evoquemos por un momento á aquellos grandes maestros, y figurémonos que acometen una obra de arte. Imaginemos á Rubens, al Ticiano, á Veronese, á Rembrandt, á Velázquez, con la paleta en la mano, ante un lienzo dispuesto á recibir sus creaciones.

»Ya el fogoso Veronese arde en deseos de mostrar la soltura y la energía de su pincel; Rembrandt, lleno de confianza en los recursos de su experiencia, no cree que deba tener superioridad alguna; el intrépido Ticiano fía también á su habilidad el éxito; el animoso y espontáneo Velázquez lo espera todo de su pericia.

»Los cuatro grandes maestros trabajan con afán, mientras Rubens, con la mirada fija en su lienzo, permanece tranquilo y pensativo. Ellos trazan á grandes rasgos masas, esbozos, detalles; las líneas se multiplican y se confunden; aquí se fijan los contornos, más allá se preparan los colores; pero ¡ah! también se borran, apenas expresadas, ideas poco felices; también se repiten los ensayos inútiles, y la imaginación, prematuramente agotada, se entorpece ó se paraliza. En vano el Ticiano y Veronese procuran combinar con exactitud el plan de algunos grupos, el movimiento de algunas figuras; en vano se esfuerzan por dibujar algunas actitudes difíciles. Ambos maestros, lo mismo que Rembrandt y Velázquez, no pueden dar un paso sin el modelo; y, sin embargo, este recurso aumenta su embarazo, porque á veces destruye lo que la imaginación había ideado, y es preciso comenzar de nuevo tareas penosamente acabadas. No obstante, Rembrandt y el Ticiano, con una

constancia indomable, procuran por medio de capas superpuestas, de toques reiterados, acomodar al modelo el dibujo, el color y el modelado. Después de muchas vacilaciones, logran determinar el movimiento de las figuras y el juego de los paños; pero aquella naturaleza fría, aquel maniquí inanimado, los extravían y se ven todavía obligados á refundir muchas cosas, sometiéndolas á nuevos ensayos. Por fin, consigue Veronese reunir sus masas de luz, obtiene el Ticiano la armonía que busca, llega Rembrandt á producir sus efectos, y Velázquez imprime á su obra la corrección y la elegancia que le caracterizan. La inspiración vuela, pero la mano se mueve lenta y torpemente.

»Rubens, entretanto, siempre absorto en su inspiración, no ha tocado aún al lienzo inmenso que tiene delante; sólo su mente se agita y trabaja. Como surge á lo lejos un huracán impetuoso en un cielo inflamado de estrellas, así se preparan en silencio, en el cerebro del maestro, las maravillas que van á brotar de su paleta. No son los medios ordinarios de que se valen sus émulo los que él emplea para ejecutar sus obras; no es el modelo ni el maniquí los que le inspiran sus admirables creaciones. No comienza tampoco sus tareas por los vanos ensayos de un lápiz tímido é inseguro; nada de eso. Maduro ya su pensamiento, coge sus pinceles, se lanza al lienzo y arroja en él olas de colores. Las líneas, las masas, las formas, las sombras, las luces, brotan á los golpes de su brocha, que, como un hada, va, viene, corre á derecha é izquierda, arriba y abajo. Es el dique que se rompe, es el torrente que se desborda, es el poder de un numen, que á la vez quiere, obra y crea.

»Ya se ven las líneas generales, ya se perciben las grandes masas, ya los efectos de luz resplandecen. Como se llena de repente el recinto de un gran circo, apenas se abren sus puertas á la multitud apiñada, así se cubre de figuras el vasto campo en que opera el pincel de Rubens.

»¡Con qué vertiginosa rapidez su brocha ancha y atrevida ataca el conjunto y los detalles! Aquí coloca masas deslumbradoras, que son el foco de luz más intenso; allí hace resaltar algunas partes débiles, ó atenúa otras demasiado fuertes, y revolviendo sin cesar una pasta fresca y brillante, á todo extiende sus minuciosos cuidados.

»Pero esta materia informe aguarda un soplo de vida. Rubens, cuyo genio entrevé de una sola mirada lo que le falta para la

perfección, se aleja un momento y recorre con la vista su obra. Después, rápido como el rayo, coge su paleta cargada de ricos colores, se acerca de nuevo al lienzo, y brotan en él como por encanto los contrastes de luz y sombra, y los objetos cambian, se desarrollan y engrandecen.

»Su impetuosidad no se detiene un instante; profundiza los puntos oscuros, realza los cuerpos salientes, y concluye atacando por última vez todas las partes del cuadro, hiriéndolas con toques felicísimos, ahondando los negros vigorosos, picando los blancos deslumbradores, y dando á todo lo que toca la animación y la vida.

»Y así es como hiciste tu *Descendimiento de la Cruz*, ¡oh hijo inmortal de Amberes!»

V.

Después de haber demostrado su competencia en la crítica, Wiertz tenía el derecho de discutir con los críticos de oficio, y le ejerció publicando un folleto en el cual planteaba resueltamente esta cuestión:

¿Es posible la crítica en materia de arte?

Todos sus razonamientos concluían por la negativa. ¿Por qué? Porque, según él, la ciencia estética no está constituida, porque no hay principios fijos que determinen lo *bello*, y esto permite á cada cual errar á la ventura á través de los dominios del arte, no consultando más que sus propios gustos, ó los de la moda, ó bien sus intereses y sus caprichos.

En apoyo de esta tesis, Wiertz refería la siguiente anécdota:

«Un día, hallándome en París, resolví hacer un cuadro que gustase á todo el mundo. Consultemos, me dije, á los hombres más competentes, sigamos sus consejos y hagamos las correcciones que ellos indiquen hasta que se den por satisfechos.

»Y con ese propósito pinté un lienzo que representaba á Adán y Eva después de su caída.

»La primera persona á quien sometí mi obra fué Mr. Guérin, uno de los pintores más distinguidos de la época, el cual me hizo estas observaciones:

—»No me gusta la actitud de vuestro Adán; á mi juicio, no expresa bien el asunto. La pierna del niño me parece algo larga.

¿Qué disco es ese que se ve en el horizonte? ¡Ah! la luna. Quitadla; no se necesita para nada.

—»¿Qué más creéis que debe hacerse?

—»Cambiar el fondo y procurar ser más correcto; vuestro dibujo se resiente del gusto flamenco; estudiad lo antiguo...

»Estas observaciones me parecieron perfectamente. Dí las gracias á Mr. Guerín por su bondad y me dirigí á Mr. Gérard. El gran pintor recibía con mucha amabilidad á los jóvenes que iban á pedirle sus consejos. Menos clásico que Mr. Guerín, no profesaba tanto horror al romanticismo, y se mostraba muy tolerante con las tendencias coloristas. Me guardé muy bien de decirle que acababa de ver á Mr. Guerín, para que esto no influyese en su ánimo, y me limité á pedirle su opinión sobre mi cuadro.

—»Está bien—me contestó,—muy bien; comprendo vuestro pensamiento. La disposición del grupo es acertada; el conjunto me gusta...

—»¿Pero no creéis—repliqué yo, algo cargado, porque no me ponía ningún defecto—que la actitud de Adán no expresa bien el asunto?

—»Al contrario, la encuentro excelente; es una de las mejores cosas de vuestra composición. No diré lo mismo de Eva. Cambiad su expresión. Variad también el celaje.

—»¿Y la luna?

—»Buena idea.

—»¿La pierna del niño no es algo larga?

—»Nada de eso.

—»¿Qué pensáis del dibujo en general?

—»No está mal; hay naturalidad.

—»¿No convendría reproducir mejor las formas antiguas?

—»No por cierto; no os lo aconsejo.

»En casi todos los puntos, la opinión de Mr. Gérard era contraria á la de Mr. Guerín. ¿Qué hacer? Ambos artistas habían hablado de buena fe; ambos eran jueces competentes en la materia. Yo estaba en la situación de Sganarelle en *El Amor médico*, cuando, después de haber consultado á varios sabios doctores sobre la dolencia de su hija, exclama: «Héme aquí con más dudas que antes.»

Wiertz quiso todavía oír el dictamen de otro pintor. Para éste, el cuadro era espléndido; sólo que las formas transcendían horriblemente á lo antiguo.

Desesperado ya nuestro héroe, consulta sucesivamente á perio-

distas, poetas, historiadores y hasta teólogos. Todos ellos juzgan desde diversos puntos de vista, y éste los absorbe de manera que cada cual sacrifica el conjunto á la parte que especialmente le interesa.

¿Cómo fiarse, pues, de la crítica? Los juicios son tantos como los hombres. Para lo bello no hay principios fijos.

Tal era la conclusión de Wiertz. Nosotros ni la admitimos ni la rechazamos. *Relata referimus.*

VI.

Otro folleto escribió Wiertz con el título de *El secreto del diablo*.

En él protestaba contra el vasallaje en que los escritores y artistas franceses pretendían tener á los escritores y artistas belgas, y á que éstos se sometían demasiado dócilmente.

A fin de despertar en sus compatriotas el sentimiento de la independencia, Wiertz proponía un concurso en que las obras francesas, tanto literarias como artísticas, fuesen expuestas en parangón con las belgas, y ofrecía por premio al vencedor del torneo su cuadro titulado *La joven de la cortina*.

El concurso quedó desierto por falta de concurrentes, y este lienzo siguió ocupando su puesto en el taller del artista, donde todavía puede contemplarle el público.

A pesar de todo, Wiertz, excitado por sus amigos, se decidió á enviar su *Muerte de Patroclo* á la Exposición de París, aunque sin esperanza alguna de éxito. Quería probar que no hay allí triunfo posible sin el apoyo de la prensa, sin las intriguillas de costumbre, y que siempre que no se use ampliamente de estos medios, la obra expuesta, cualquiera que sea su mérito, pasará desapercibida, fijándose siempre el espectador, no en el cuadro, sino en la etiqueta; no en la pintura, sino en la firma. Tenía razón, sin duda, pero como hecho general, no siendo sólo en París donde eso sucede, sino en todas partes.

Y en efecto, la *Muerte de Patroclo*, desprovista de recomendaciones y de *reclamos*, no fué comprendida, ni siquiera alcanzó una mención honorífica. Wiertz no quiso resignarse á este fallo, que le parecía hijo de una gran parcialidad ó de una gran ignorancia, y resolvió apelar de él á su manera.

Sabiendo que uno de sus amigos poseía un magnífico cuadro

de Rubens, le rogó que se le confiase por algún tiempo; se lo llevó á su taller, le firmó con su propio nombre, y le envió á la Exposición de París, después de haber hecho levantar acta notarial de todo lo ocurrido. Examinado allí por el Jurado, fué rechazado nuevamente, declarándole malo entre los más malos.

Wiertz había logrado su objeto. Vuelto el cuadro á Bruselas y desempaquetado ante las personas que habían sido testigos de la mixtificación, ya puede figurarse el lector las burlas, las rechiflas, las sátiras sangrientas que llovieron sobre aquellos jueces que, en su alta sabiduría, en su profunda imparcialidad, en su infalibilidad á toda prueba, habían tratado á Rubens como si hubiera sido un Orbaneja.

La venganza de Wiertz no podía ser más completa. Para saborearla mejor, nuestro artista escribió al Jurado, algunos meses después, una carta, de la cual extractamos los siguientes párrafos:

«Yo soy, sin vanidad, quien el año pasado tuvo el honor de enviaros con mi firma un cuadro de Rubens, que os pareció detestable. Perdonadme, señores, por haber querido así demostrar al público vuestra competencia en materia de pinturas. Que me perdonen también los señores folletinistas por haber tenido la imprudencia de abrir un concurso sobre esta cuestión irreverente:

»*Influencia perniciosa del periodismo en las artes y las letras.*

.....

»A esta orgullosa locura se unen en mí otras dos, con las cuales tengo la pretensión de mantenerme en una independencia absoluta y poder desafiar impunemente á todos los poderes formidables que mataron á los Gilbert, los Géracault, los Hégesippe Moreau y tantos otros. La primera consiste en que me cuido muy poco de las ventajas de la fortuna y no me asusta el hospital. La segunda en que no ambiciono más que la aprobación del porvenir, la suerte de aquellos que, nacidos en una época en que no había ni jurados de pintura ni siquiera folletinistas, alcanzaron sin embargo una gloria imperecedera.»

VII.

Wiertz pertenecía á esa raza de hombres que pudiéramos llamar *cazadores de ideas*. Su pensamiento no dormía, ideando siempre medios de perfeccionar el arte.

Fruto de sus largas vigiliass fué el descubrimiento de la *pintura mate*.

Para él la *pintura al fresco* dejaba mucho que desear bajo el doble aspecto de la conservación de la obra y de su desarrollo artístico. En primer lugar, decía, empleando este procedimiento, el pintor no puede vacilar ni hacer ensayos, porque se expone á tener que retocar, y los retoques son aquí punto menos que imposibles. Además, debiendo el color aplicarse precisamente al muro fresco, hay que tratar durante el día toda la porción del mismo que ha sido preparada de antemano por el obrero. Finalmente, la estearina, como todos los cuerpos crasos, se altera por la acción del tiempo, y lleva consigo, para los frescos ejecutados con encáusticos, degradaciones de tintas que concluyen por desfigurarse completamente la obra.

Todos estos inconvenientes debían desaparecer, según Wiertz, con la *pintura mate*, por él inventada.

Y en efecto, hizo una copia con *pintura mate* de su cuadro *La Muerte de Patroclo*, la expuso al lado del original, y al decir de los contemporáneos, el público no encontró diferencia real entre el uno y la otra.

Por lo demás, tan convencido estaba Wiertz de las ventajas de su método, que en un folleto que escribió para darle á conocer, se expresaba del modo siguiente:

«Hace tres siglos que se siente la necesidad de un procedimiento nuevo, de una *pintura sin reflejo*, de una *pintura mate*, que ofrezca á la vez el vigor del óleo, su transparencia y su brillo. Yo he buscado ese procedimiento y creo haberle encontrado. Dejando aparte toda afectación de modestia, diré francamente que he llegado en este punto más allá de lo que me había prometido.»

Después de lo cual, dirigiéndose á los artistas jóvenes, les decía con el tono de la convicción más perfecta:

«Mi procedimiento os ahorrará muchos sacrificios; no tendréis que gastar vuestra juventud, vuestra inteligencia, vuestra vida, en un ejercicio penoso; hallaréis, siempre dispuesta á obedeceros, siempre pronta á seguir las órdenes de la voluntad, una materia dócil, sumisa, fácil de manejar, de plegarse á todos los caprichos de la imaginación, á todas las inspiraciones del genio.»

VIII.

Durante mucho tiempo la crítica se ensañó en las obras de Wiertz con increíble encarnizamiento.

Sin embargo, después de la aparición de su cuadro *El Triunfo de Cristo*, sus enemigos bajaron la cabeza y hubieron de resignarse, ó más bien apelaron á una nueva táctica, que consistía en dividir en dos la personalidad de nuestro héroe, aplaudiendo al artista y reservándose atacar directamente al hombre. Se le acusaba de soberbio sin comprender que su altivez, calificada de *salvajismo*, era en él un soberano desprecio por la esclavitud de la moda, y sus supuestos defectos verdaderas virtudes inaccesibles al vulgo.

El calor con que rechazó ciertos ataques ha hecho creer á muchos que tenía horror á la crítica. Y sin embargo, nadie más dispuesto que él á tomar en cuenta una observación justa, y los que le conocían fueron más de una vez testigos de la solicitud con que se apresuraba á hacer las correcciones que se le indicaban por personas imparciales y competentes.

Más aún, toda censura le parecía provechosa; así es que en otro de sus folletos, titulado *Pintor, pintura y crítica*, se pregunta:

«¿Deben temer los artistas hacerse enemigos?»

Y responde desde luego negativamente.

«¿Quién como nuestros enemigos—dice—sabe ilustrarnos sobre nuestros defectos? Ellos son los promovedores de nuestra gloria; constantemente tienen la vista fija en nosotros; nos señalan la menor imprevisión, el menor extravío, y si hubiéramos de complacerles, necesitaríamos excedernos á nosotros mismos.»

Por manera que Wiertz renegaba de la crítica como faro, y sólo la aceptaba como estímulo. Así se hizo tantos enemigos como críticos, y quemó como Hernán Cortés sus naves, resuelto á vencer á todo trance ó morir á los golpes de la maledicencia.

En primer lugar, no pintaba nunca cuadros de encargo, como no fuesen retratos, y eso para atender á las más imperiosas necesidades de la vida. Ya hemos visto que estas necesidades eran en él escasas, y que desde muy joven se había acostumbrado á las mayores privaciones. Consagraba, pues, una hora de trabajo á las exigencias de la materia, y el resto á las del espíritu, á la gloria, al culto del arte por el arte.

En segundo lugar, no consultaba nunca para los asuntos ó el género de sus obras al gusto reinante, sino á su propia inspiración. Trataba solamente aquellos que él mismo concebía y que se acomodaban á sus aptitudes especiales, sin curarse para nada de si tendrían ó no salida en el mercado. Esta circunstancia le importaba tan poco, que no quiso nunca vender sus cuadros, aunque para todos tuvo compradores, y por alguno de ellos, como *El Triunfo de Cristo*, se le ofrecieron, según hemos dicho, hasta *trescientos mil francos*.

¿Por qué semejante negativa? Porque Wiertz no creía que sus obras estuviesen nunca acabadas, y las conservaba para ir reto-cándolas y mejorándolas, en vista de los consejos de la crítica sana y de su propia experiencia. Su divisa era ésta: *Hacer bien, es cuestión de tiempo*, y no vacilaba en afirmar que todo el mundo puede llegar á ser, con la medida, un Platón, un Dante ó un Miguel Ángel. Absurda convicción que, sin embargo, abona su modestia, puesto que él atribuía exclusivamente á su constancia, á su asiduidad en el trabajo, lo que era, ante todo y sobre todo, debido á su genio.

Por otra parte, la pintura, desde sus primeros rudimentos hasta las obras maestras del arte moderno, ha tenido un carácter puramente decorativo ú ornamentalista. El templo, el palacio, la casa particular, son hoy, como siempre, la única mansión de que dispone, el único albergue en que puede cobijarse. Allí figura como un simple huésped, y no tiene el derecho de ser exigente, debiendo contentarse con la luz, el espacio, el sitio que se le conceden. ¿Encuentra siempre lo que necesita? ¿Se preocupa un arquitecto de proporcionar colocación conveniente á los cuadros que han de adornar el monumento que construye?

En una palabra, la pintura es esclava de la arquitectura. Wiertz quiso hacerla libre, en cuanto de él dependiera, no exponiendo sus obras sino en un edificio *ad hoc*, dotado de todas las condiciones necesarias para que los aficionados las contemplasen tal y como habían salido de su pincel. Existían, á la verdad, para el objeto los *Museos públicos*; ¿pero serían esas obras admitidas en ellos? ¿Ocuparían allí el puesto más á propósito, para hacer resaltar sus cualidades artísticas? Wiertz no podía esperararlo: resolvió, por consiguiente, levantar un Museo especial, y en poco tiempo vió realizado tan ambicioso proyecto.

IX.

Tal fué el origen del *Museo Wiertz*.

En cuanto á su rara forma arquitectónica, que ya hemos descrito, se explica fácilmente por el carácter del autor, cuya originalidad también conocemos. Wiertz quiso sin duda con esa forma dar un sello especial á la armazón que debía envolver su obra, y nada tan adecuado para ello como la reproducción de un antiguo monumento griego ó romano en ruinas.

¿Pero ¿y el jardín geográfico? También se explica por los hábitos del pintor. Viviendo constantemente encerrado en su taller, debía sentir algo de la pasión de los presos que, por lo mismo que no pueden franquear las cuatro paredes que los cercan, nunca son más felices que cuando se les permite leer libros de geografía ó de viajes. Wiertz quiso, sin andar mucho, sin salir de su hogar, poder trasladarse de vez en cuando á París, Londres ó Berlín, y ver, siquiera fuese en pequeño ó en perspectiva, aquellas grandes ciudades, que tanto atractivo tenían para él, no como centros de la riqueza, de los placeres ó del bullicio del mundo, á que era de todo punto refractario, sino como objeto de curiosidad artística.

Por lo demás, este jardín no es más que un accesorio, un sitio de esparcimiento que se había reservado el artista, como es otro accesorio la parte del edificio destinada á servirle de taller y de vivienda. Lo principal de su obra está en el Museo, que ocupa casi todo el mismo edificio y que puede considerarse un verdadero templo del arte. La impresión que se experimenta al penetrar en aquel recinto ha sido descrita por uno de los que le han visitado, y consignada por el mismo en el *Registro de visitas* que allí se lleva, en los términos siguientes:

«Cuando entré por primera vez en el Museo de Wiertz, el salón estaba completamente desierto. La sorpresa, el asombro y un no sé qué de imponente y de grandioso, se apoderaron de mi espíritu desde luego. No había tenido tiempo de analizar, ni comparar, ni juzgar, cuando ya me había invadido un sentimiento de admiración y respeto. Estaba solo en aquel sitio, libre, por lo tanto, de las exigencias de la etiqueta, y sin embargo, me llevé instintivamente la mano al sombrero y saludé las obras allí encerradas con una especie de emoción respetuosa. Por una intuición rápida co-

mo el relámpago, sentía el ardor de la lucha, la intensidad del esfuerzo que había sido preciso emplear para hacer revivir en el lienzo aquellos gigantes de las grandes epopeyas humanas. Lo digo con entera conciencia; no eran sólo mis ojos los que seguían espantados los remolinos de aquellas terribles batallas en que el Bien y el Mal, tan antiguos como el mundo, se retuercen en convulsiones inmortales. A mis oídos mismos llegaban también ruidos extraños; oía resonar desde lo alto de las esferas los clarines de los arcángeles; percibía el martilleo del hierro contra el hierro, el silbido de las serpientes, y dominando todos estos ruidos extraños, la gran armonía que producen los orbes rodando á través de la inmensidad del espacio.

»Y ni siquiera me ocurrió la idea de comparar este Museo con los que había visitado en el curso de mis viajes, porque no hay comparación posible entre uno y otros. Yo había visto magníficas colecciones de cuadros encerrados en soberbios edificios, entre mil curiosidades artísticas, muebles antiguos, estatuas, viejas armaduras, todo mágicamente dispuesto para deslumbrar al espectador. Aquí nada de eso: cuatro paredes desnudas y una cubierta transparente. Pero el sol que penetraba por los deslustrados cristales del techo parecía complacerse en derramar sus rayos sobre una multitud de obras, á cual más bella, á cual más admirable y perfecta.»

Hasta aquí el visitante á que nos referimos; por nuestra parte, no podemos detenernos á describir minuciosamente el *Museo Wiertz*, ni menos nos juzgamos competentes para hacer la crítica de los cuadros que contiene.

Son muchos, porque el autor unía á una gran fecundidad un extraordinario amor al trabajo, y de varios géneros, porque todos le eran familiares y todos los cultivó con igual solicitud, si no con igual éxito. Aparte de algunos que representan asuntos de actualidad, entre los cuales citaremos: «El niño quemado,» «El tocador,» «La curiosa á la puerta de los gabinetes» y «La joven preparándose para el baño,» los demás pueden dividirse en cuatro series, que comprenden los cuadros siguientes:

Serie filosófica. La espera; El orgullo; Hambre; Locura y crimen; La lectora de novelas; Inhumación prematura; Dos jóvenes; El suicidio; Una emboscada; Carne de cañón; El león de Waterloo.

Serie mitológica. La rebelión de los infiernos; Contra el cielo; Ninfas y sátiros.

Serie bíblica. Cristo en la tumba; El encuentro en el cielo; La huída á Egipto; El niño de la Virgen; El triunfo de Cristo.

Serie homérica. La muerte de Patroclo; La lucha homérica; Un grande de la tierra.

Y aun omitimos algunas obras de que no tenemos apuntes ó que nos parecen de menos importancia.

X.

¿Qué pensar ahora del pintor cuyo retrato moral y artístico hemos procurado trazar en estas páginas?

Que goza de una honrosa celebridad en su Patria, donde se tributa á su memoria un verdadero culto, no puede negarse.

Que sobresalió mucho del nivel común por su carácter, por su abnegación, por sus virtudes, se deduce también de cuanto llevamos expuesto.

¿Pero tienen sus obras el mérito que sus admiradores le atribuyen? ¿Debe reconocérsele, como éstos pretenden, por heredero y continuador de Rubens? En una palabra, ¿fué un gran pintor, ó solamente un hombre extraordinario?

Ai posteri la ardua sentenza.

MARIANO CARRERAS Y GONZÁLEZ.

A LA RECONSTITUCIÓN
DE LA
NACIONALIDAD IBÉRICA

No su lumbre negar quiera á mis ojos
El claro Sol, sin que alcanzarla véa,
Y que, alcanzada, indestructible séa,
Aunque al audaz Britano cáuse enojos.

Sólo así de dos Pueblos los sonrojos
Cesarán, y al impulso de alta idéa
Una gran Nacion más habrá Européa,
Con Gibraltar y Tánger por despojos.

Mas, si fin tan glorioso ha de lograrse,
No merced á la amarga violéncia
De fraticida lucha ha de alcanzarse.

¡Ceda esta vez de Destruccion la Ciéncia!
¡De España y Portugal el santo lazo
Fruto ha de ser de fraternal abrazo!

FERNANDO DE GABRIEL Y RUÍZ DE APODACA.

Madrid 4 de Octubre de 1882.

RECUERDOS

I.

Hace próximamente medio siglo, hallábase nuestra noble y amada Patria, presa de cruel y sangrienta guerra civil; de exterminio en los comienzos, desoladora en su largo transcurso, encarnizada y feroz en determinada zona, tremenda en todas, desdichada siempre, así en triunfos como en reveses, dado que se hacía entre hermanos; que la sangre tan profusamente derramada, salía de las mismas arterias, y que no sólo tenía por campo el haz de la Península, sino también el hogar de la familia, donde ardía con idéntica violencia, produciendo iguales ó mayores estragos en uno que en otro terreno, y en el último, si menos transcendentales, infinitamente más dolorosos.

Al estallar la primera guerra civil del siglo, dos principios opuestos la informaron; pero tan opuestos, tan irreconciliables, tan poseídos de intenso odio, tan devorados por antiguos rencores, que si personificadas las dos ideas que una y otra sustentaban se hubiesen querido poner juntas para hacer su asimilación, no sólo se habrían rechazado, sino que, como Eteocle y Polinice, después de darse muerte, las llamas, abriéndose en su pira, hubiéralas separado para que ni aun sus cenizas se confundieran. A medida, pues, que la guerra se desenvolvía tomando las inmensas proporciones que alcanzó, la revolución avanzaba con su imprescindible séquito de mudanzas y trastornos. Tomando posiciones, batía en brecha el muro ya socabado que pretendían oponerle, y derribando con estrépito en una parte, construyendo en otra con los elementos nuevos que allegaba, proseguía su camino de reformas y proseguían las discordias, los enañamientos, las venganzas, que cada vez más hirvientes y apasionadas, se acogían á la ley cruenta de las represalias.

Como en períodos análogos acontece, y en aquél era natural que aconteciera, porque las reacciones habíanse sucedido con igual rapidez á los cambios que las originaron, y en proporción directa los agravios que éstos y aquéllas hubieron sucesivamente de inferir, las pasiones alcanzaban un estado de febril efervescencia en tan alto punto peligrosa, como lo son en otro orden los combustibles que sin precauciones se acumulan; la ambición comenzaba á levantar sus vuelos hasta los espacios inconmensurables, y todo esto en una sociedad en la cual el descreimiento no había penetrado todavía apagando la fe que atesoraba; rica aún de ilusiones, apasionada á sus ideales, á la que la experiencia no había amaestrado, ni aun enseñado las tristes verdades aprendidas á posterioridad y que novísima en las prácticas, crédula para los ofrecimientos, sin que el letal y egoista yo que más tarde había de inficionarla se hiciera sentir en ella, obligándola á equilibrios ni mistificaciones que corrigieran sus exuberancias, hijas de su viril energía; se lanzaba al combate en dos mitades, representación una del pasado con todos los objetos del antiguo culto; representación otra de los nuevos ideales singularmente deslumbradores como cuanto es generoso y se conserva en su envoltura de teorías.

Por la misma fuerza de las cosas, el pueblo, que daba arriba su oro y arriba y abajo su sangre en abundancia; excitado allá, exprimido aquí, sin seguridad, sin tranquilidad, sin pan á veces, en algunas cediendo al impulso que le comunicaban, revolviase con furias de leon hambriento; embriagábase de ira y caía sobre aquello, á que lo lanzaban, como cae la piedra sobre el sembrado destruyéndole; como el rayo sobre el roble, derribándole; como el verdugo sobre el reo, ejecutando lo que la terrible ley de la pasión ó de la conveniencia política decretaba sin piedad, y sobradas veces, con pena lo decimos, sin razón y sin justicia.

Corría uno de los períodos más tristes y sembrado de azares de la guerra, que tras seis años de combates dejó asolado el País; los reveses, más frecuentes que las victorias en el Norte; los fusilamientos en masa en la Coronilla de Aragón, donde Cabrera había establecido su teatro de operaciones; las últimas sangrientísimas revueltas del Principado de Cataluña, los frecuentes cambios de Ministerio, el lenguaje de los periódicos, las acusaciones que se cruzaban de partido á partido de los que militaban en el estadio político, todo, en fin, junto con la miseria que asomaba su amarillenta y descarnada faz, sobreexcitaba los ánimos, mantenía la intranquilidad en

las familias y el descontento se acentuaba en todas las esferas sociales, sin excepción alguna, pues en todas se hacía sentir el mal-estar traducido en pérdidas, temores, angustias y perennes sobresaltos.

II.

Era el otoño; la noche serena y templada; millares de estrellas bordaban el azul firmamento despidiendo sus trémulos fulgores, y el ambiente un tanto cargado de humedad, con el aroma de las últimas flores, traía las salutíferas emanaciones de los campos.

Desde el día anterior, la ciudad presentaba los síntomas precursores infalibles de los movimientos populares, percibiéndose en la atmósfera política, hasta por los menos avisados é inteligentes, la cargazón que precede á sus más deshechas tormentas.

Causa ó pretexto, dábale con más ó menos fundamento, el rumor misteriosamente esparcido de una acción empeñada entre el ejército que mandaba el General Oraa y los batallones carlistas de Forcadell; las noticias que circulaban, alarmantes en grado máximo, suponiendo haber sido el primero derrotado, recibían su confirmación en la tardanza del correo de Madrid, interceptado, según opinión general, por las tropas carlistas, que tomando la ofensiva debían haber ejecutado un movimiento de avance sobre el mismo Madrid, casi desguarnecido, como siempre, ó sobre las capitales de Valencia y Zaragoza, sirviendo de comprobante, las medidas tomadas por las autoridades para aquietar los ánimos soliviantados.

Aquella tarde á primera hora (el correo llegaba á las tres) comenzó la gente, como si obedeciera á una consigna, á dirigirse á la plaza del Correo con pretexto de esperarle, y á la del Ayuntamiento, por hallarse éste en pleno, con motivo de haber sido llamados á las casas consistoriales los jefes de la milicia ciudadana y todas las autoridades para reunirse en junta y acordar las medidas oportunas y conducentes á conservar el orden y la tranquilidad, si los *discolos* ó *ilusos* pretendían alterarles.

Con esto en uno y en otro punto hubo rumores, tal cual grito subversivo y alguna que otra corrida, sin que pasara á más; era tan inminente, sin embargo, el movimiento; se esperaba con tanta seguridad el alboroto, que cada ciudadano pacífico se retiraba á sus hogares hondamente preocupado con lo que fuera acontecía, temero-

sos á cual más de lo que dentro y en breve término pudiera por desgracia acontecer.

Antes que anocheciese, el movimiento iniciado tenía gráfica semejanza con las corrientes submarinas: no subía á la superficie, por más que su fuerza fuese mucha; no era franco, en lo cual se revelaba doblemente formidable, y esto hacía á unos retirarse presurosos á su domicilio, salir del suyo á otros que no se dan al público sino en determinadas ocasiones.

Todo el mundo iba de priesa; la puerta que se abría para dar ingreso, cerrábase al punto con llaves y cerrojos, pues el que acababa de entrar venía á ser como la nave cuyo experimentado piloto toma puerto antes que la borrasca se desate. Cerrábanse unos tras otros, por vía de precaución, los establecimientos públicos, y el derrotero fijo de los que al venir la noche circulaban por la ciudad, era el de una de las dos plazas, puntos estratégicos de los motines y revueltas de aquellos tiempos, fecundos en tal género de públicas y tumultuosas manifestaciones.

A eso de las siete comenzó á volver la gente. Venía de prisa, en grupos, y con trazas de disgustados y mal contentos. Al doble rumor de pasos y voces, abriéronse con precauciones y á cuchillo algunas puertas; asomóse tal cual curiosa de las más atrevidas al balcón, y simultáneamente por una de aquéllas asomaron los ojos de una mujer; por uno de los otros el cuerpo entero de un hombre, envuelto en plegada y elegante bata, prenda que por entonces acusaba, cuando menos, la distinción de la persona que la vestía.

Hay que advertir cómo puerta y balcón se hallaban fronterizos.

El curioso del balcón, recostándose en la baranda, se puso al descubierto al ver venir; la de la puerta siguió mirando por la angosta abertura en que la mantenía; mas quiso la suerte que acertase á pasar un su conocido, y entonces abrió un poco más, ceceó, y como no la oyese aquél, adelantó la cabeza, y alzando la voz le llamó diciendo:

—¡Sr. Ginés, Sr. Ginés!...

Volvió el su conocido sobre sus pasos, vínose á la puerta, que se abrió otro poco más, y con voz sonora y cordial acento exclamó:

—¡Hola, *señá* Dolores! ¿Quién había de pensar que estuviese V. ahí?...

—Pues aquí estoy rato há con el cuidado de ver quién viene. ¿Qué se deja V. por allá abajo, Sr. Ginés?

—Según las trazas nada bueno, *señá* Dolores.

—¿Ha venido el correo?

—Ya ha llegado.

—¿Y qué, Sr. Ginés?

—Nada, *señá* Dolores. La gente se ha puesto á gritar pidiendo que leyeran el parte; ha salido uno al balcón diciendo que no le había, que se retiraran; han seguido los gritos, y el administrador, ó quien sea, ha cerrado el balcón entrándose bonitamente y dejándonos á todos con dos palmos de narices.

—Haber entrado en la oficina...

—Ya han querido algunos intentarlo, pero está cerrada, hasta la reja, á piedra y lodo, sin que se oiga más que el golpeteo de sellar la correspondencia.

—¡Pues vaya un despotismo! Están allí toda la tarde espera que te esperas, para que salgan con esa embajada. Ni que fuesen una manada de ovejas los que todo se lo han dejado para ir á saber qué nos sucede.

—Esto está malo, *señá* Dolores, muy malo. Un señor nos ha dicho que sólo se ha salvado el General Oraa y algunos oficiales de su Estado Mayor.

—Los gordos, Sr. Ginés, siempre se salvan.

—Ello es lo cierto que hemos salido con las manos en la cabeza. ¿Y el maestro?

—Allá se fué esta tarde de los primeros, dejándose el trabajo abandonado; el oficial, que se despepita por estas cosas, se marchó detrás. Viendo que no volvían, mandé al aprendiz á ver si le encontraba para que le dijera se viniese á concluir la obra que hay precisión de entregar mañana; tampoco ha vuelto, y aquí me tiene V. dando á quien la quiera la perra suerte de la mujer.

—Pues no tardará, porque allí no queda ya gente. Conque pasadlo bien.

—Lo mismo digo: memorias á la *señá* Nicolasa.

Con esto, el Sr. Ginés siguió su camino, la *señá* Dolores volvió á entornar la puerta, quedando en acecho, y el de la bata continuó recostado en la baranda del balcón.

En su actitud é inmovilidad aparecía profundamente abstraído.

III.

No bien dobló el Sr. Ginés la esquina próxima, otro hombre que se acercaba á buenpaso llegó y se detuvo á la puerta; mas antes que llamase franqueóse la con diligencia la *señá* Dolores, sin que al hacerlo cruzasen palabra alguna; elocuente señal de dominio en el que venía, clara muestra de enojo en la que á través de éste apresurábase á recibirle, después de haberle esperado hora tras hora con viva impaciencia.

Pasó el uno, como quien dice, de fuero; cerró la otra la puerta con sobrado vigor, poniéndole, por costumbre, precaución ó gusto, llave, cerrojo y aldabas, y un grueso palo además para atrancarla; en seguida trajo un veloncillo de cobre, limpio como el oro, y púsole con brío encima de una de esas mesas bajas, pequeñas y cuadradas que necesariamente había en todos los antiguos talleres de obra prima, constituyendo su posesión la presidencia y ésta la categoría y autoridad de maestro.

Disipadas las tinieblas por la luz del veloncillo, descubrióse una tienda modestísima de calzado, con su anaquelería pintada de blanco y azul, su reducido mostrador, una banqueta forrada de cuero encarnado, dos taburetes de pino y la mesilla de que llevamos hecha mención, literalmente cubierta de botas y zapatos en corte, uno de éstos hecho, otro á medio hacer, todo en desorden, todo revuelto con la herramienta, indicio de haber sido abandonado de pronto y sin darse tiempo para poner cada cosa en su lugar.

Los dueños del establecimiento, jóvenes ambos, honrados, trabajadores, padres de cuatro hijos, el mayor de ocho años, la menor de dos, venían siendo modelo de unión, de orden, de laboriosidad; pero tocado el marido del general achaque de la época, la política, los nuevos deberes perjudicaron los antiguos, y la Patria se sobrepuso al hogar. Los hábitos de orden y de trabajo se quebrantaron, el matrimonio tuvo sus nubes, la sociedad conyugal sus pérdidas; pues la política, al penetrar sabe Dios cómo en el taller y el obrador, hacíalo perturbando ó pervirtiendo, según eran las ideas ó los planes de quienes la administraban á grandes dosis, por sí ó por sus intermediarios, desde su estudio, su gabinete ó la mesa del café.

Aquella noche la mujer, un si es no es contagiada de las opiniones de su cónyuge, pero de mucho mejor buen sentido práctico que

éste, hallábase poco satisfecha de la inversión que le había dado al tiempo; así fué que, encarándose al marido, que acababa de sentarse en la banqueta dando muestras patentes de cansancio, con el desparpajo de la mujer de pueblo, echando sobre la reconvención aires de curiosidad:

—¿Qué traes de nuevo—le dijo,—después de seis horas que has pasado fuera de casa?

—Nada, y mucho—respondió con tono misterioso el marido, sacando del bolsillo de la chaqueta un pañuelo flamante de *yerbas*, con el que se puso á sacudir el polvo de que estaban cubiertos sus zapatos.

—Pero en junto, ¿qué hay?

—La derrota más espantosa que puede sufrir un ejército.

—Algo menos será, Antón, porque ni ellos son de bronce ni los nuestros tiran con estopa.

—¿Te acuerdas lo que dijo D. Miguel?

—Yo, no, ni hace al caso; pues á D. Miguel, cuando le parece, «¡vítor, vítor; repiquen las campanas! Hemos ganado la batalla; los hemos deshecho, van á la desbandada...» «Vítor, vítor; los hemos vuelto á deshacer y ellos se han vuelto á desbandar;» como que los nuestros son unos Bernardos del Carpio, que con abrir la boca y echarles el aliento, ¡paf! batallones á tierra, como cayeron los judíos cuando Nuestro Señor dijo en el huerto «¡yo soy!» y cuando le acomoda de otra manera, como ahora sucede, aquellos son Tarascas y los nuestros buñuelos, de los que á cada abrir la boca se engullen un centenar.

—¡Es que ahora nos han vendido!

—¡Por trapos y hierro viejo!

Enderezóse el zapatero en su banqueta, y después de mirar de hito en hito á su mujer, tras un adjetivo propio de obra prima, rebotante de energía.

—¡Imposible parece—exclamó en tono trágico—que tú, tú seas mi mujer!

—¿Porque no me cuela D. Miguelito, ni me gusta su continuo visiteo, ni le doy crédito á lo que dice?...—repuso la *señá* Dolores sin arredrarse:—pues eso más que nada te dice que lo soy, porque demuestra que miro por tí y me duele que te embauquen y te lleven como palo de barquillero.

—Á mí no me embauca nadie.

—Sí tal, D. Miguel; y te está haciendo mucho daño con sacarte

de tus casillas. Ya que vayas... y que vengas...; ya que votes, y todo, Antón, todo en provecho suyo.

—Nuestro, porque mis hijos...

—Antón, lo que te digo: el que se ha de comer la castaña, que la saque del fuego. Conque á lo que nos importa; cenaremos y nos acostaremos y descansarás del zascandileo de esta tarde.

Hizo pausa, dió un paso hacia su marido, y variando de tono, añadió:

—¡Si vieras qué rico está el bacalao!... ¡dice comerme!

El ceñudo Antón levantó los ojos, miró á su mujer, robusta, agraciada, fresca, con unos ojos negros como soles y la gracia derramada á mundos sobre su persona, y dando al olvido á Oraa y su horrible derrota,

—¿Y los pequeños?—preguntó levantándose perezosamente.

Durmiendo como unos ángeles. Ví que tardabas, hice que cenaran y los acosté para que ellos estuvieran recogidos y yo libre y dispuesta para estar á tu cuidado.

Alargó la mujer el brazo, tomó el veloncillo que derramaba los rayos de su luz sobre el tirapié y las cuchillas: dispúsose dócilmente el marido á seguirla, dirigiéronse los dos á la trastienda, que en aquellos momentos era su Oriente, á tiempo que hubieron de sonar dos recatados golpes á la puerta.

—¿Quién será á estas horas?—dijo la mujer con algo y aun algunos de impaciencia.

—O el capitán, que ha ido á ver al comandante—respondió el marido deteniéndose,—ó Cristóbal, á quien he dicho que se arme y que venga por lo que pueda ocurrir.

Siempre con el veloncillo en la mano, la *señá* Dolores, en quien en aquel instante hubo de predominar el espíritu burlón, propio de la mujer de pueblo,

—Pues qué—dijo á su marido fijándose;—¿es que pensáis salir esta noche á batir al enemigo?

—Y á fe que si salimos, es más que posible que salgamos—respondió el zapatero ofendido,—no volverá á derrotar á nadie.

La zapatera se echó toda hacia atrás, alzó en alto la luz y entonó á media voz:

—A matar escarabajos
Con trompetas y caballos,
¡Argüir argüir,
Que vienen los moros
Con el candil!

Si no se repitieran los dos golpes, si no se hubiese distraído su atención hacia otro objeto, Dios solo sabe qué forma hubiese tomado el correctivo puesto por Antón á la fisga de su mujer; pero como no se puede atender á dos cosas á la vez, el zapatero, volviéndole la espalda con desprecio, se puso á quitar tranca, aldabas y cerrojos; no sin que la *señá* Dolores, que no tenía nada de temerosa, se le acercase y convirtiendo el tono, de burlón y alegre, en serio y suplicante, le dijera:

—¡Por María Santísima! Antón, si es Cristóbal, que deje el fusil á un lado y se ponga á concluir los zapatos de D.^a Encarnación, ó las botas de D. Juan José; que los llevas en palabras un mes hace y no van siendo las tuyas nada suaves, ni tu bolsillo se encuentra muy provisto que digamos.

Ocupado en abrir, cosa un tanto difícil; ó preocupado con sus pensamientos, ó porque no se enterase quien quiera que fuese el que llamaba de lo que en su réplica pudiera haber de inconveniencia ó destemplanza, ello fué que el zapatero dejó pasar el consejo y el aviso como antes la burla, tiró con fuerza de la puerta y cediendo ésta, se deslizó por ella un individuo diciendo con voz oscura y tono zumbón:

—¡Hombre! ¿por qué no abres un foso para mayor seguridad?

—¡Hola, D. Miguel!—exclamó el zapatero riéndose.—¿Quién se había de figurar que andaba V. por estos mundos?

—Ya sabes que yo cuento para todo con los amigos.

—Y los amigos están siempre prontos para seguirle por la ruta que señala.

—Sí, hombre, sí, todos á una y ganaremos la jornada.

La *señá* Dolores dejó la luz en la mesilla, haciéndole sitio entre las leznas y el tirapié; metió las manos bajo el limpio delantal y fué á sentarse detrás del mostradorcillo, donde por lo encogida, se quedó medio oculta á las miradas del recién venido.

IV.

Á la sazón D. Miguel era en el círculo social en que vivía, y en el círculo político donde figuraba, una potencia de primer orden. Cómo había llegado á tanta altura, no es del caso, y basta con sentar que era uno de los corifeos, el principal, del partido á que se hallaba afiliado.

En su feliz instinto, la zapatera le aborrecía; en cambio y sin que pudiera explicarse en condiciones ni miras análogas, Antón le tenía en gran aprecio, atendiéndole como á superior potestad, y haciendo de él infalible oráculo, cuyas predicciones formaban otros tantos artículos de fe.

Para su solaz, la zapatera tenía un libro viejo, en el que solía leer los ratos del día de fiesta que se quedaba sola con sus hijos. No lo entendía mucho, pero aprovechaba lo que podía entender y era el texto de todas sus citas y la fuente de donde extraía la principal virtud de la vida: la conformidad con los decretos de la Providencia. Estaba el libro ilustrado, era *El hombre feliz*, del P. Almeida, y uno de sus grabados representaba á *Miseno* rodeado de las furias que pretendían apoderarse de su corazón, una de cuyas furias, erizado el cabello, llameantes los ojos, abierta la boca para arrojarle su hálito inflamado, le tenía cogido con las crispadas manos dispuesta á hacerle presa suya; y en sus antecedentes y sus prevenciones, que por cierto las últimas eran de sobra justas, la honrada zapatera, en sus inquietudes, comparaba á su marido con *Miseno* y á D. Miguel con la furia que le tenía entre sus dedos retorcidos como serpientes.

Fuérase de esto lo que quisiese, la verdad era que D. Miguel fué quien introdujo la política en el tranquilo hogar del zapatero; quien le dió rumbo y norte á sus ideas, estableciendo sobre él su omnímoda é incontrastable influencia.

Aparte lo que por ésta pudiera asimilarse, no se hallaba ninguna otra analogía entre D. Miguel y la furia del grabado. Lejos de echar llamas por los ojos, ni de estar desmelenado y anheloso, poseía rostro agradable, buena presencia, formas corteses, mucha calma y no salía nunca de tono, ni declamaba, ni aun hacía uso de las hinchadas frases de que tanto abundaba la oratoria de aquella época.

Sentados uno junto á otro en la banquetta, D. Miguel abrió el diálogo, preguntándole rotundamente al zapatero:

—¿Qué orden se ha dado á última hora?

—La de estar preparados para lo que se resuelva en la junta.

—¿Está dispuesto el batallón?

—Hay indecisiones.

—¿Y la compañía?

—Esperando la voz para salir.

—Bien vá.

La *señá* Dolores dió un terrible bostezo, no sin hacerse veinte cruces sobre sus rojos labios.

—De lo que no se sabe nada cierto aún, es de lo de Oraa.

—¿Quieres leer el parte?

—¡Pues qué! ¿lo ha habido?

—¿Tú quieres leerlo por tus ojos?

—¡No he de querer!

—Pues acerca la luz.

Hízolo el zapatero, sacó D. Miguel del bolsillo su cartera, de ésta un papel, y desdoblándolo, púscle al alcance de sus ojos y repitió:

—Lee y convéncete.

Mientras el marido estudiaba lo escrito, la mujer sacó la cabeza para escuchar.

—«Ejército del centro—leyó al fin Antón.—Oraa, destrozado... cinco mil prisioneros van para Morella... noventa carros de heridos se dirigen á Castellón... el campo cubierto de cadáveres... Es copia.»

—¡María Santísima del Carmen!—exclamó Dolores con explosión levantándose de un salto.—¡Cuántas madres sin hijos!

El zapatero permanecía con el papel en la mano y la vista fija en D. Miguel, cuyas cejas permanecían formando arco.

—¿Pero cómo ha sido ese desastre?...—preguntó Dolores estremecida y yerta de haberle oído.

—Iban vendidos—respondió D. Miguel;—vendidos por los que tenemos entre nosotros, dándoles guardia de honor.

Oyéronse pasos que se detenían á la puerta, un golpe que dieron á ésta y una voz que dijo desde fuera:

—¡Antón!

—¡Voy!

Abrió el zapatero y entró uno de los esperados, el más importante, el capitán de la sexta compañía del batallón de milicia ciudadana.

D. Miguel fué á su encuentro, y los dos vinieron á la luz, ínterin Antón cerraba la puerta.

—¿Qué ha salido de la junta?—preguntó el primero al segundo.

—Nada—respondió el interrogado;—se fluctúa.

—Entonces es menester arrastrarlos.

—Si se espera el acuerdo... se pierde la ocasión.

—Con que sancionen, basta: manos á la obra.

El zapatero se incorporó con ellos diciendo:

—¿Qué hay, D. José?

—Traidores, Antón. Nos han vendido antes y siguen vendiéndonos por treinta dineros.

—Pero, señor, si esto clama al Dios verdadero. ¡Noventa carros de heridos!...

—Y lo que seguirá si los dejamos; pero no los dejaremos. Vamos para el Ayuntamiento, á donde ha ido una comisión.

Dolores se acercó á su marido y le dijo á media voz:

—¿Te vas tú también, Antón?

—Sí.

—Toma siquiera un bocado antes de irte, pues sabe Dios á qué hora volveréis.

—No puedo detenerme; cena tú, y si viene Cristóbal, que deje el fusil y vaya á buscarme al Ayuntamiento.

El matrimonio se entró en la trastienda, discutiendo la urgencia de irse y la necesidad de tomar una refacción. Cedió el marido; disponíase á servirle la mujer, pero se interpuso D. Miguel, quien después de leerle una lista al capitán, se asomó, diciendo:

—¿Te vienes, Antón?

Y Antón, echándole una ojeada de codicia al plato y otra de sentimiento á su mujer, repitiendo á ésta su encargo, tomó el sombrero y se fué con los que se le llevaban como bulto, como número y como agente á su exclusivo servicio.

Asomó Dolores la cabeza para verle ir, y cuando se perdió en la sombra, cubriendo las de la tristeza su agraciada faz,

—¡Miseno, Miseno, Miseno!—repitió.

Y se llenaron de lágrimas sus ojos.

V.

Entróse la zapatera, cerró, y después de enjugarse el llanto con la punta del delantal, púsose á recoger la cena sin probarla, en cuya operación sorprendióla un nuevo golpe á la puerta acompañado de un «soy yo» que la hizo decir:

—¡Siquiera éste se quedara y concluyera esos zapatos!

Y sin atreverse á acariciar la esperanza, abrió la puerta y entró por ella un mozo de diez y ocho á veinte años, moreno, de fisonomía regular, abierta y franca expresión, mirada inteligente y de singular lucidez, vestido con pobreza y armado con un enorme fusil,

cuya bayoneta llevaba á la cintura sujetándola con un pañuelo encarnado.

—Buenas noches, maestra—dijo al entrar, en tono suelto y cordial;—¿está V. sola?

—Ya lo ves.

—Buenas ganas he tenido yo de seguir, porque ya van todos para allá y los pies no querían detenerse.

—Pues mira; dejas el fusil y te vas al Ayuntamiento á buscar á tu maestro.

—Ganas me dan de no hacerlo, porque van á tocar generala.

—¿Pero qué hay, Cristóbal?

—Una zambra de mil diablos. El Ayuntamiento está en sesión permanente y allá van comisiones y vuelven comisiones; unos diciendo que sí, otros diciendo que no; grita la gente, salen á arreglarla... si viera V. aquello, maestra; ¡lástima que no pueda V. venir conmigo!

Había dejado el fusil y se estaba quitando el pañuelo con que se sujetaba la bayoneta.

Vió Dolores un papel, y bajándose á cogerlo, preguntó al expansivo oficial mostrándoselo:

—¿Se te ha caído?

—A mí, no; será del maestro.

—Será más bien de D. Miguel, que ha estado leyendo un parte. Mira si es y verás qué desastre; ¡todos prisioneros, heridos ó muertos!

Acercóse Cristóbal á la luz, recorrió de una ojeada el papel, y sin dejar de mirarle, exclamó:

—Maestra, esto no es parte, sino lista y cifrada, pues yo ya he visto otras dos y presumo que no sean solas.

La curiosidad y el deseo de satisfacerla, brotaron vivas y ardientes en el corazón de Dolores, y para conseguirlo preguntó con interés al despejado oficial:

—¿La entiendes tú, Cristóbal?

—Medio sí, medio no.

—¿Y no podrías leérmela ó explicármela?

—Si fuera V. mujer de callar...

—¡Toma! Pues no he de serlo, y luego ya ves tú, ¿á quién pueden importar estas cosas más que á mí?...

—Y tanto, porque el maestro está metido... hasta la coronilla. Si cayéramos, ¡pataplúm! abajo: si ganamos, rrist... arriba.

—Pues ya ves—dijo Dolores oprimido el corazón—si á mí me interesará... Anda, leémelo.

Vaciló el oficial si hacerlo ó no, y prescindiendo de los extremos, adoptó el medio con prontitud.

—Mire V., maestra—dijo,—no puedo detenerme más, porque la cosa está comprometida y allá arriba están haciendo falta voces que griten, y después yo no tengo la clave y sólo me presumo lo que trata.

—Pues hijo, te vas con Dios y grita mucho; pero por éstas—y Dolores juntando las manos le presentó las cinco cruces formadas con sus dedos—que no he de volverte á mirar más á la cara.

—Pero maestra, si no he concluído...

—Cristóbal, no me gusta la gente que se vuelve atrás.

—Vamos, maestra, no se ponga V. fosca, que no hay razón. Si voy á explicarle lo que yo comprendo, ó me figuro.

—¡Bueno eres tú, Cristóbal, bueno, bueno!

—Venga V. acá, maestra, que son VV. las hembras.....

Y Cristóbal, poniéndose de rodillas para que cayese bien la luz sobre el papel, dijo á Dolores, que imitándole, se hallaba á su lado devorando con la vista su misterioso é incomprensible contenido.

—¿Ve V.?—dijo el oficial mostrando la columna del centro.

—Sí.

—Todos son nombres: Pérez, López, Vargas; Puertas, Mira, Garcés...

—Sí, sí.

—¿Ve V. á la derecha?

—Sí; letras puestas unas encima de otras.

—Pues bien, cada letra dice una palabra.

—Ya; ¿y esto otro que hay á la izquierda?

—Son signos que varían de forma, como debe variar el significado. Esto es á mi parecer.

—¿Los entiendes tú?

Sonrióse con gracia rebosante de malicia el todavía imberbe oficial de zapatero y respondió:

«No muele tanto mi molinito
ni coge tanto mi costalito.»

Dolores dejó pasar la negativa como si no la hubiese oído, y continuando el examen de la cifrada lista, dijo con el tono de curiosidad empleado hasta entonces:

—Oyes; en algunas partes hay dos letras, una junto á otra; ¿para qué?

—La primera sirve para precisar más el sentido de la segunda... al menos es lo que á mí se me figura.

—Dime, ¿qué quiere decir E?

Con más prontitud de la que cumplía á su papel de medio iniciado, respondió:

—*Elegido.*

—¿Y la S que hay encima?

—*Separado.*

—Atiende ¿y esta A junto á esta D?

—*A discreción.*

—¡Qué cosa! ¿Y esta T?

—¿Una T?

—Mírala... aquí, la que hace doce.

—Sí, sí; T es.

—¡Anda, dí?

—Quién sabe...

Sin insistir sobre el significado de la T, Dolores se fijó en la columna de la izquierda, línea de aquélla, y le dijo en tono natural:

—Esto parece una C, ¿verdad?

—Sí que parece—respondió el oficial sosteniendo la reserva ó la ignorancia demostrada con la T.

—Pero está tendida, ¿ves? y mira para abajo; ¿qué significa...?

—No lo sé, maestra.

Clavó Dolores sus grandes y rasgados ojos en Cristóbal y con serio y breve acento replicó:

—Lo que tú no sabes es ladrar, y eso porque la gracia no te aprovecha.

El oficial sostuvo sin turbarse la mirada que le envolvía, y con cierto deje pesaroso, medio humilde y un si es no es hipócrita, repuso:

—No sé tanto, ni mucho menos, de lo que V. se imagina, maestra; y buena prueba acabo de dar en este instante.

—Pues ya se ve—afirmó Dolores con ironía.

—Crea V.—añadió el oficial—que si yo alcanzara...

—Chico—dijo la zapatera interrumpiéndole con viveza,—no te prepares á negar de nuevo, que ni tú eres San Pedro, que sepamos, ni yo el gallo que te lo avise.

—Pero...

—Nada—prosiguió Dolores con insidioso desdén, atajándole segunda vez la palabra,—guárdate tu secreto y que no te empache. Si D. Miguel os compra con esos enreduchos, como los piratas compran á los negros de Angola, con cuentas de vidrio verde, que buen provecho os haga. Por lo demás, arrieritos somos y el camino andamos.

Con esto volvióle la espalda, dirigiéndose al mostradorcillo para sentarse.

—Maestra—dijo Cristóbal con intención, yendo tras ella:—don Miguel está en lo firme y va á su fin más derecho de lo que V. se figura. Enciéndale V. una candelica, que no estará de sobra la devoción.

Volvió Dolores sobre sus pasos, y en tono despreciativo repitió:

—¿Una candelica?

—¡Vaya!—dijo Cristóbal afirmándolo.

Miróla de hito en hito y añadió acentuando la intención:

—Ese sí que sabe, maestra; y sobre todo, que puede.

Profundamente excitada, Dolores dió un paso hacia el joven diciendo:

—Hombre, hombre, ¿qué me cuentas?

—Lo que hay, maestra. D. Miguel no cambalachea con vidrio verde, sino con...

Sin acabar la frase, los ojos del oficial se fijaron en su enorme fusil de chispa con singular expresión.

—Sigue—dijo la zapatera alarmada con la reticencia usada y el movimiento hecho,—sigue adelante.

—Seguiría—contestó Cristóbal en tono franco y suelto,—pero ya sabe V., maestra, que la prenda del hombre es la palabra.

A pesar de su curiosidad, elevada á su mayor altura; de su interés, de su inquietud, que todo concurría á aumentarla, el instinto burlón se pronunció en Dolores más punzante y agresivo que nunca; la risa asomó á sus labios, chispearon sus ojos, y mirando frente á frente al oficial:

—¿Y á quién, si puede saberse—le preguntó,—se la has empeñado hijo? ¿Es á la T ó á la C...?

—Ni á una ni á otra—respondió el despierto Cristóbal con prontitud,—porque no estoy en tratos con ellas.

Tras esto, declarándose en retirada, se dirigió á la puerta, diciendo en tono natural:

—Buenas noches, maestra; voy á ver si me reuno á mi compañía.

—Dios te dé la suya y hasta mañana.

Salió el joven, y la zapatera se asomó tras él.

En aquella parte todo estaba desierto, y el silencio, de profundo, pasaba en aquellos momentos á pavoroso.

Tomó Cristóbal la calle arriba con ligero paso; pero no bien hubo dado algunos, retrocedió de pronto, tornando á donde permanecía Dolores entregada á sus pensamientos, más que medianamente inquietos y embrollados.

—Maestra—dijo con no poca sorpresa de Dolores.—¿Quién vive en esa casa de enfrente?

—¡Toma! ¿Pues no lo sabes? Los señores de Garcés.

—No me acordaba bien; hasta luego, si hay jaleo.

—Si acaso, no te apartes de tu maestro.

—No tenga V. cuidado, maestra, que yo no saldré de filas.

Con este propósito emprendió nuevamente la marcha, mientras la zapatera, como clavada en el escaloncillo que daba ingreso al portal, veíale alejarse reflexionando sobre la última extemporánea pregunta del bueno del oficial.

—Cristóbal—se decía Dolores allá para sí—ha querido darme á entender alguna cosa con lo que me ha dicho. Sabe mucho, está enterado de la maraña que está urdiendo D. Miguel, y cuando suelta un cabo, sabe muy bien para qué lo suelta.

Preocupada con la idea que la había asaltado, levantando los ojos, maquinalmente, paseó su mirada desde el balcón á donde se asomó el caballero de la bata hasta la puerta que, como de costumbre, permanecía sin cerrar.

Sobre el fondo oscuro del zócalo, imitando jaspe, á la altura escasa de un hombre, y en la parte donde la luz del farol reflejaba con más fuerza, destacábanse de gran tamaño, pintadas de blanco, una T y á su lado una C, tendida en la misma forma que las de la lista en cuestión.

Al fijarse en ellas, la sangre ardiente de Dolores subió al rostro enrojeciéndoselo; de sus oscuras pupilas brotó la luz en vivas irradiaciones, y no mentalmente, como antes, sino con voz conmovida:

—¡Ya caigo en lo que es!—exclamó dándole fuerte latido el corazón;—¡ya sé lo que significa la C cabeza abajo!

Cerró la puerta apresuradamente, precipitóse sobre el papel, buscando el signo y la letra que se habían duplicado en la pared de la casa fronteriza, y que por cierto se hallaban ligadas al nombre de que momentos antes hiciera mención con Cristóbal, al satisfacer su rara curiosidad.

VI.

Con dificultad pudiera hallarse cuadro de familia más sencillo, más tierno, más encantador, que el que presentaba en la misma hora que la zapatera descubría los misteriosos signos trazados en el muro exterior de la casa que habitaban seis meses hacía, la familia de Garcés reunida en torno de un velador sobre el que magnífica lámpara de bronce derramaba su blanca y diáfana luz á través del globo de cristal cuajado y la pantalla de bordada gasa que lo cubría, verdadero lujo en aquella época de modestia y relativo atraso.

Tres sillas y un sillón le circuían; entre dos de las primeras veíase una preciosa cuna figurando una cesta, en la que reposaba entre holandas y encajes una hermosa niña, de pocos meses; sobre el tapete de paño azul había algunos libros, un telar de mano con batista, otro con cañamazo, algodón, sedas, dibujos y dos lapiceros.

Ocupaba el sillón una señora, cuyo rostro perfecto parecía tallado en marfil; su cabello negro, mezclado de hebras de plata, más que la edad, acusaban austeridades ó padecimientos. Vestía severamente de estameña negra, y en el pecho ostentaba, en plata, el corazón atravesado con siete punzantes espadas de los servitas. Reclinado en sus brazos dormía un niño, como de dos años, con tez de nieve y suelta melena de oro.

Enfrente hallábase Garcés, vestido de negro, entre éste y la señora del sillón; próximos, como dos flores abiertas en la misma rama, dos jóvenes, no más de veintitres años una, no menos de diez y ocho otra; rubia ésta, de cabello de azabache aquélla, encantadoras ambas; inclinadas sobre su labor, sumergidas en religioso silencio, oían atentamente al jefe de la familia, leer en los *Mártires*, de Chateaubriand, el precioso episodio de Eudoro y Vellida.

Aquellas seis personas representaban tres generaciones: madre, dos hijas, yerno y dos nietos; vivían juntos formando una sola familia, de la que la representación pertenecía al hijo político, y la autoridad omnímoda y respetuosamente acatada á la madre, que la ejercía sin restricciones de ningún género.

Seis meses antes llegaron, procedentes de Valladolid, se instalaron en aquella casa sin aparato alguno, y se constituyeron retrayéndose de todo trato, excepción de dos personas, á quienes se les ad-

mitió con frecuencia y todo género de distinciones: el confesor que fué elegido entre los exclaustrados y un brigadier jubilado, excomandante de realistas, pública y profundamente desafecto al Gobierno constituido.

En provincia, ciertos desvíos son fatales; el de la familia de Garcés produjo rápidos y desagradables resultados, atrayéndoles pronunciadas y generales antipatías; pues sabido se está que el orgullo ofende, que el ofendido no perdona, y á orgullo se tuvo el alejamiento de las que evitaban con cuidado las ocasiones de acortarlo, haciéndose inaccesibles.

Todo tiene en la vida su causa determinante, sin que la cuestión estribe en más que en comprenderla. Habíala, y fundada, para constituirse, como lo hicieron; pero desconocida al principio, cada uno de sus actos formó una pieza de su proceso y fué condenada irremisiblemente.

Lo que se inquirió, se supo y se anatematizó con energía, fué lo que sin detalles ni comentarios vamos á referir.

El año 34 se retiró á Valladolid una de las muchas familias que, en el cambio político efectuado, habían perdido su posición. El jefe de ella, corregidor y alcalde de casa y corte, que había sido, figurando de mil maneras en el azaroso período del 24 al 33, realista ardiente, afiliado en la sociedad secreta del *Angel Exterminador*; á la muerte del Rey, se vió vigilado y hasta vejado, en la extralimitación de las instrucciones de que era objeto; de aquí que en cuanto D. Carlos pisó el territorio español, desapareció llevándose sus dos hijos, que ingresaron en los famosos batallones castellanos, dejando á su esposa y á sus hijas, casada una, en tristísima y precaria situación, como que inmediatamente le fueron secuestrados sus bienes, si no muchos, los bastantes para vivir con decencia y holgura, como hasta entonces vivieron.

Ciego de enamorado, el yerno, que para casarse había arrostrado la oposición de su familia, hijo, nieto y biznieto de militar, lo era también con el empleo de capitán, pero al tomar la guerra las terribles proporciones que en breve alcanzó, no por cobardía, ni por voluntad propia, ni por falta de adhesión y entusiasmo á la causa y al partido en que militaba, sino cediendo á influencias para él irresistibles, se rindió al asedio en que le tenía su familia y pidió su licencia absoluta, que le fué expedida, adicionada con la nota infamante que llevan las que se conceden en semejantes críticas circunstancias.

Reunióse en Valladolid con su suegra y su cuñada, que no tenían más apoyo que él; constituyeron familia y hubieran vivido tranquilamente á no mezclar la política sus odios y sus persecuciones. Su suegra, señora de grandes virtudes y de firme y elevado carácter, atesoraba todos los fanatismos que por su intransigencia llegan á ser odiosos y peligrosos. Ningún respeto humano, ninguna consideración posible, ningún temor alcanzaba á templar la expresión de su odio, ni á velar sus repulsiones, ni á disimular sus simpatías. Sus hijas la reverenciaban como á Dios, después de amarla y respetarla como á madre, y su yerno, tras haber luchado mucho con ella, doblándose como el hierro encandecido, sacrificio sobre sacrificio, hábala hecho cuantos el hombre puede hacer, algunos tan dolorosos y transcendentales que habían quebrantado su felicidad y oscurecido su porvenir.

VII.

De pronto, elevándose sobre la voz de grato y sonoro timbre del lector, oyéronse lejanos, pero distintos, algunos disparos de fusil. Al primero aplicó el oído fijando su atención, al segundo D.^a Rosario tendió la mano con autoridad en ademán de interrumpir la lectura, y sin dirigirse á ninguno, dijo:

—¿Oís?

—Viento—respondió la rubia y dulce Consuelo en tono que quiso y no pudo hacer natural.

—No, no; no es viento... ¿Oís?

—Puertas que se cierran—añadió su yerno en tono verdaderamente tranquilo.

—¿Oís?—tornó á decir D.^a Rosario por tercera vez—¿oís?...

Todos oían, pero todos callaron, y lo que oían, eran tiros, estrépito de puertas que se cierran apresuradamente y los destemplados ecos de los tambores tocando generala; pero todo lejano, pues el motín que desde por la tarde amenazaba, al comenzar hallábase concentrado en el punto estratégico de los motines de aquella época; al pie de las casas consistoriales.

—Justina—dijo D.^a Rosario rompiendo el silencio para dar órdenes,—cierre V. la puerta al momento y súbame V. la llave.

Dentro se oyó un respetuoso «voy, señora» y por breves instantes reinó de nuevo el silencio, silencio de expectación en uno, de

palpitante y angustioso temor en dos y en todos disimulado bajo el velo transparente de la indiferencia ó de la tranquilidad.

Como antes, fué D.^a Rosario quien se encargó de ponerle término, diciendo con acento incisivo y breve:

—¿Qué pretenden echar abajo esta noche?

La pregunta se dirigía á su yerno, y éste contestó lacónicamente:

—No sé.

—¿Pero á qué viene esto?

—Lo ignoro, porque como de costumbre, no he hablado con nadie; mas según lo que se deja traslucir, se han recibido malas noticias del teatro de la guerra.

—¿Malas?

—Dicen que Oraa ha sido batido y derrotado.

—¡Gloria á Dios!— exclamó su suegra con explosión.—¿Y dijiste que malas noticias?... No, sino buenas y dichosísimas.

—Es verdad: para V. lo son; pero como todo tiene su anverso y su reverso...

—Mamá—dijo muy bajo su hija menor, ángel en cuya dulce y blanda naturaleza sólo cabía el amor y la abnegación,—¡que va con Oraa su familia!...

• La advertencia, advertencia no, que no cabía tal en el respeto de la hija á la madre; el ruego que envolvía el recuerdo de la joven, pasó sin hacer efecto en D.^a Rosario, que siempre interrogando, y siempre directamente, á su hijo político, repitió delectándose con el apasionamiento, por desgracia tan común á las organizaciones vigorosas y enérgicas:

—¡Conque batido!

—Batido y destrozado—repitió Rafael, sin que voz ni tono se alterase; lo cual nunca dejará de ser una terrible desgracia.

—Desgracia es ésta—repuso D.^a Rosario, señalando al balcón por donde de nuevo penetraban los ecos del motín—y ventura grande, si después de derrotar á Oraa, derrotaran á Meer, y luego á Córdova, y en seguida á Sarsfield, y á Espartero, y á Narvaez, y Alaix...

Con acento frío como la nieve, profundamente sardónico y cortante, permitiéndose interrumpirla, dijo el yerno atajándole la palabra y las derrotas:

—Y si prendiera un incendio que devastase y consumiese á España y luego sobreviniera el diluvio, que elevara sus aguas cien codos sobre sus montes más altos, infinitamente mejor.

—¡Por Dios, Rafael!—dijo su esposa con cariño,—no tomes las cosas así.

—Mejor cien veces—repuso D.^a Rosario, exaltándose por grados,—pues para vivir en esta atmósfera saturada de sangre y de iniquidades, mano á mano con los que el 17 de julio iban de convento en convento asesinando inocentes é indefensos religiosos, y luego, ya amaestrados, además de asesinarlos, los quemaban, y despojándolos de sus bienes en castigo de haber sido asesinados y achicharrados, se les exclaustaba, arrojándolos á la miseria; con los que no contentos aún, iban á los calabozos en que yacían, sacaban los prisioneros ¡sagrados! porque lo eran en virtud de un tratado solemne, los acribillaban á puñaladas, echábanles al cuello una soga y arrastraban desnudos los cuerpos palpitantes ensañándose con los cadáveres; y todavía no satisfechos—tienen algo de hienas,—cogen en rehenes á una inofensiva anciana y la llevan al suplicio, valiéndose de esos valientes que, no pudiendo vencer al hijo, asesinan á la madre, probando su incontestable heroísmo.

—Tiene V. razón, mamá—afirmó Rafael en el tono de antes,—asfixian los vapores de esta tierra de asesinatos jurídicos, cometidos de *real orden* como en la infelíz Mariana Pineda; de los cadalsos levantados en competencia; de las persecuciones en masa; de las proscripciones á lo ilustre, de los que encerraban en jaulas de hierro á los héroes que los habían salvado; de las venganzas de todo género; sobre todo, de ese buen Conde de España que coronaba las almenas de la ciudadela con las cabezas de sus numerosas y continuas ejecuciones; de los que negaban en detalle, después de haber castigado en conjunto, el pan y la sal á los que habían cometido el crimen de seguir á los que se *gloriaban de ser los primeros* en marchar por la nueva senda; de los que ponían en tablillas y á la infamia los nombres de aquellos que por desdicha suya, no hacían los alardes del famoso fariseo del Evangelio, de las ilustres damas que escondían bajo los ricos encajes de sus mantillas...

—¡Rafael!...—volvió á decir su esposa con acento suplicante,—¡dejemos á un lado todo aquello que no nos pertenece!

—Sí, mamá, sí; tiene V. razón: vale cien veces más morir que vivir entre crímenes y expiaciones.

Y levantándose fué al balcón, torció la falleba, asomóse, medio recostándose después con negligencia en la baranda, como hiciera al principio de la noche.

(*Se concluirá.*)

T. DE A. B.

CRÓNICA POLÍTICA

15 Noviembre.

No hace muchos días que, deseosos de perder de vista, siquiera fuese relativamente, el espectáculo de la malhadada Fusion, vagábamos en nuestra humildad por los alrededores de un pueblecillo cercano á la Villa y Corte, cargados con el morral y la escopeta, y seguidos de un montaraz personaje de alquiler, que, acompañando á los cazadores forasteros por los vericuetos y lomas donde se albergan las perdices de su comarca, gana el mal empleado jornal de su subsistencia. Era y es este paleta un alto y fornido mozo de quien, segun la crónica local, no ha podido sacar partido alguno el pobre, piadoso cura del lugarcillo, cuyos afanes de veinte años han sido inútiles para enseñarle el *padre nuestro*. La cavidad de su cerebro tiene moralmente todo el carácter de la vasija sin aire de una máquina neumática. El vacío hace en ella las veces de la primera idea, que no ha llegado aún á condensarse en su region nihilista. Los chicos del pueblo procuran, siempre que se le arriman, sacudirle y melearle de lo lindo, en la esperanza de ver caer al suelo las bellotas que suponen ser la única produccion de su estólida persona. Y es, en fin, nuestro hombre uno de esos ejemplares aparentes de la especie humana, ante el cual se entristecen recónditamente los filósofos filántropos, considerando que con el pan que semejante energúmeno consume, pudiera alimentarse cualquiera racional criatura.—¿Por qué al ir en su compañía nos asaltó la idea y la sospecha de que cazábamos con un fusionista rural? No sabemos por qué. Acaso por el co-

nocimiento de algun político madrileño del mismo partido, cuya juventud es fama que tuvo entre los cerros de su aldea el mismo aspecto y las mismas condiciones agrícolas; acaso porque la dominación fusionista ha engendrado tristemente en nuestro ánimo la propensión á pensar mal de todo lo tosco. Ello es lo cierto que, en uno de los inevitables descansos de una cuesta arriba, y mientras nos apercibíamos á echar el sacramental cigarrillo, preguntamos al rústico Nemrod á qué partido de los del pueblo pertenecía, calculando fundadamente que el pueblo, de España al fin, tendría su colección. «Pues soy, nos dijo, de los que mandan; es decir, soy sobrino del alcalde, y soy el que llevó á Madrid, á nuestro *deputao*, el acta que aquí se le hizo.»—¡Oh presentimiento! exclamamos mentalmente: ¡y luego habrá quien te niegue!—Y añadimos, continuando la interpe-lación: Y diga V., Sebastian (porque el paleta lleva el nombre del santo mártir, aunque parezca mentira), ¿qué le han dado á V. sus amigos los que mandan?—Y hubieran ustedes visto entonces transformarse súbitamente, al influjo de nuestra última pregunta, la faz caótica y terriza del montañés, inundada con el rojo inequívoco de la ira. Echóse entrambas manos á la faja, como buscando un cuchillo que no llevaba, y mirándonos como á quien le había hurgado en una matadura, exclamó: «¡Qué dar, ni qué rayos! si éstos son tan liberales como el gran tacaño! ¿Sabe V. lo que nos han *dao* á mí y á mi padre? Pues no nos han *dao* otra cosa que aumentarnos la *con-trebucion* del majuelo. Bien dice el maestro barbero: que ni esto es gobierno, ni *náa*; que esto es un golpe de sanguijuelas que le han puesto á España en la boca del estómago!»

No por el vano deseo de motejar una vez más á la quisicosa dominante, hemos ofrecido á la atención magnánima del lector el sucinto relato que antecede. El símil patanesco de los chupópteros podrá ser todo lo merecido que se quiera, pero bien se nos alcanza que no es precisamente el más nuevo ni el más culto. No es, pues, al transcribirlo, una razón de aceptación absoluta la que nos guía; es que, prescindiendo de él y de su forma, nos ha parecido descubrir en el fondo de la brutal y egoísta lamentación que le dió ori-

gen, una verdad sustancial relacionada esencialmente con el orden de cosas que atravesamos, ó que nos atraviesa hace ya docena y media, larga, de meses. Con efecto: si á todo el centenar de amigos, más ó menos paletos y empleados, con que la Fusion cuenta en el País, se les obligase, uno por uno, á confesar en conciencia cuál es el fruto único y positivo de la administracion febreril, excepcion hecha de sus sueldos y mercedes; y si hubiese medio de cotejar y confrontar luego estas declaraciones adictas, con las que sobre el mismo particular se exigiesen tambien, uno por uno, á los diez y siete millones de ciudadanos libres que componen, segun se asegura, el contingente español peninsular é isleño; veríase, sin duda, veríase con natural asombro, pero con la claridad irresistible de la evidencia, que, acaso por primera vez en la historia patria, todas las opiniones estaban conformes con la afirmacion intrínseca del campesino. Con efecto: ¿en qué conoce España hasta ahora que la mandan los progresistas y los moderados de la Fusion, sino en los excesos de tributacion que han sido el solo resultado práctico y tangible de su gobierno? Nosotros no tendríamos inconveniente en someter este punto á un verdadero sufragio universal, del que desde luego esperaríamos un fallo mucho más tranquilizador que el que D. Venancio espera de sus elecciones provinciales. Ya es tiempo de reconocer y de decir que el paso de los liberales relativos de Febrero por el poder, no ha revestido al fin y al cabo otro carácter fundamental que el de un verdadero mal paso económico. Las circunstancias, la fatalidad, la deficiencia del genio camachista, la mala estrella que para todo lo que no sea cobrar pedimentos acompaña al alonsismo, el enojo providencial contra este país que no escarmienta de farsas liberalescas, ó cualquiera otra causa, en fin, que á VV. les parezca más legítima, lo habrá dispuesto: pero ya está demostrado hasta una saciedad insuperable, que el único dato, la señal única é infalible de que en España rigen los liberales que la creían perdida en manos de los conservadores, es el quejido de los contribuyentes. Hablen, sinó, los nueve mil municipios apremiados en su inmensa mayoría, y los vecinos adscritos á cada uno de ellos,

y embargados. Del fondo de sus hogares, del fondo de sus casi ociosas bocas, no se exhala, ni puede exhalarse otra verdad. Aquella gran etapa izquierdo-central para cuyo advenimiento fué preciso tan grande y salvador esfuerzo, aquel *hatchis* fusionista que el sagastismo químico, farmacéutico, médico y balsámico, iba á propinar al País para sumirle indefinidamente en los sueños de la felicidad sobre el asiento de su bienestar conquistado, todo eso se ha reducido á la triste agua de cerrajas negativa de una recaudacion de contribuciones insaciable é inexorable. ¿Es que el liberalismo del verdadero progreso modesto, que es el que no quiere parecerlo, se reduce ya á la compresion enérgica de la materia imponible, desdeñando los caracteres históricos de su escuela, que brindaba á los pueblos otras zarandajas políticas y administrativas mucho más gratas, aunque vacías de toda positividad metálica en su esencia? Será: no tenemos empeño en negarlo; pero sea por lo que sea, lo cierto es que quien dice ya en España «Fusion,» dice «pagar más,» y no puede decir otra cosa; lo cierto es que entre «fusionismo» y «sangría» se ha establecido ya una sinonimia inolvidable, y que fuera de esta riqueza deparada al idioma castellano, el último ensayo de liberalismo monárquico, dinástico y campista, no ha fomentado otra alguna. Lo cierto es, en fin, que nuestro selvático acompañante venatorio, al quejarse, como lo hizo, de sus ingratos amigos políticos, daba, sin saberlo, pero con hondo espíritu de justicia, á la administracion fusionista, el tinte predominante y devastador que la caracteriza.

¿Quiere esto decir, empero, que esa administracion no haya tenido rasgo alguno distinto, sobresaliente, notable ó plausible, en la esfera más concreta de sus procedimientos y acuerdos especiales, y fuera del tono general de su espíritu cobrador? No. Por muchos que sean los derechos que la ley de la reciprocidad nos conceda para ser injustos con un órden de cosas cuyo ideal estúpido ha sido y sigue siendo el exterminio de todo lo que huelga á conservador, nosotros no queremos, ni podemos serlo. Nosotros hemos aceptado ya la saña manicómica de nuestros enemigos, y sus reiteradas con-

secuencias, como expiacion merecida de lo que en su favor hicimos por amor á la legalidad del 75, nuestra obra. ¿Qué culpa tienen ellos, despues de todo, de que los creyésemos patriotas y hombres de gobierno hasta un punto refractario á su modo de ser? Nosotros hemos criado el cuervo, y ya no es ocasion de lamentar que amenaza nuestros ojos, sino de procurar quebrarle las ingratas, malhechoras alas. Así, pues, nosotros no hemos de negar hoy, ya que la ocasion se nos presenta, que, considerada aisladamente en alguna de sus más profundas disposiciones, la administracion fusionista no es tan mala como su aspecto general demuestra. Precisamente la actual quincena empezó con una disposicion gubernativa que nos tiene hace catorce días con la mirada y la mente fijas y absortas en el Ministerio de la Gobernacion del Reino. Precisamente la *Gaceta* del día 1.º de Noviembre nos sorprendió á quemar-ropa, sin preparacion, ni anuncio, ni rumor prévio, sino con toda la crudeza conmovedora de las verdaderas sorpresas, con una trascendentalísima Real órden, circular, suscrita por el Sr. Gonzalez, que ha pasado injustamente desapercibida por la crítica periodística, pero ante la cual la verdadera y sana opinion pública no tiene más remedio que pararse y aplaudir. Especie de violeta administrativa, nacida en letras de molde y entre el follaje, como si dijéramos, de un Real decreto de Marina autorizando al Sr. Pavía para que adquiriera en Francia 26 cañones con destino á no sabemos qué barcos, y una Real orden de Guerra concediendo generosamente la vuelta al servicio de un alférez de caballería, esa para nosotros inolvidable y elogiabile disposicion, ha pasado, como las violetas verdaderas, sin que nadie la note, ni la arranque al depósito susceptible de su inmerecida oscuridad. Y, sin embargo, el Sr. Gonzalez trata en ella de una cuestion tan grave como española, de la cuestion taurina, de la cuestion de las plazas y de las corridas de toros, de la misma, exactamente de la misma cuestion tratada por Jovellanos. Y, sin embargo, el mismo espíritu civilizador, cristiano y progresivo del gran jurisconsulto, es el que ha inspirado al señor Gonzalez en su lucubracion dispositiva. Y, sin embargo, en esa

Real orden se dispone que en lo sucesivo no se construyan más redondeles sin que el Sr. Gonzalez sea sobre ello consultado, ni se dé, sino con mucho tiento y superior parsimonia, permiso para nuevas corridas, aunque sean de novillos. Y, sin embargo, en fin, por esa Real orden se crea ó se aspira á crear la verdadera estadística del ramo, disponiendo que se den al Sr. Gonzalez los datos necesarios, con arreglo al modelo adjunto. Y todo esto se dispone, justo es reconocerlo, con una sencillez, con una suave llaneza y hasta con una correccion gramatical, por extremo sorprendentes. Y todo esto, además, lo ha pensado y dispuesto un gobernante, un hombre de Estado, un pensador que acaso habrá tenido que sofocar y ahogar valerosamente en su ánimo, al hacerlo, los más risueños y halagadores recuerdos de su juventud; porque: ¿qué razon hay para dudar que al Sr. Gonzalez, natural de Lillo, no hayan gustado y gusten esas funciones tan terriblemente, pero tan profundamente españolas? ¿Es acaso pensar en lo absurdo pensar que D. Venancio haya figurado en alguna de ellas, durante alguna vacacion, dentro de la misma plaza de su pueblo natal, antes de recibirse de abogado y de ser diputado ministerial de una situacion moderada? Pues hé aquí que hoy el Ministro, el hombre de accion y de gobierno, haciéndose superior á esas influencias gratas de la memoria y de la aficion, tiende, ya que no á oponerse al gusto nacional, porque, como él mismo da á entender en la propia Real orden, á la opinion hay que respetarla hasta en sus extravíos, á que puedan, al menos, reunirse los datos oportunos para saber, entre otras cosas, las reses que cada año mueren sacrificadas en los circos españoles, que es el último encargo de la circular.—Reciba, pues, el casi ilustre director de la gobernacion interior de España, el desinteresado pláceme que su valerosa y loable disposicion nos arranca; y compare, de paso, con nuestro elogio neutral y fervoroso, el silencio inconcebible de los periódicos adictos, que no han dicho «esta boca es mía» sobre el asunto. ¡Ah! ¡qué país, Sr. Gonzalez! ¿verdad?

Despues de dicha Real órden, cuya honda intencion humanitaria

habrán, sin duda, aplaudido con el público los compañeros del señor Gonzalez, que hayan tenido tiempo de leer la *Gaceta*, no ha faltado tampoco al Ministerio algun que otro motivo, ó incidente externo de satisfaccion. Tal ha sido, por ejemplo, la alocucion del posibilismo republicano y ministerial, en presencia de las próximas elecciones provinciales. La plana mayor parlamentaria é íntegra de esa benemérita comunidad firma el notable documento, que figurará, si hay justicia para los partidos, como uno de los mejores y primeros apéndices de la futura historia del sagastismo actual, cuando haya quien la escriba. Respira todo él el valor cívico que sus firmantes, con su ilustrado jefe á la cabeza, vienen demostrando en su hercúlea lucha con las demás fracciones republicanas y democráticas, que han tomado al castelarismo, no se sabe por qué, entre ceja y ceja, como suele decirse. Nosotros, que no tenemos, á Dios gracias, ningun deber de secta para secundar la ira de esas fracciones, reconocemos ingénuamente, y como quien ve los toros (¡oh D. Venancio!) desde la barrera, que la habilidad posibilista viene rayando á grande altura en toda la etapa de su benevolencia diamantina para con la Fusion y sus delegados. Considérese, en efecto, aunque sólo sea á vista de pájaro, lo poco que el posibilismo, por decirlo así, oficial, sería en estos momentos históricos, si no hubiera sabido obligar á la gratitud monárquico-gobernante á corresponderle con cierto género y cúmulo de favores lícitos; y dígase francamente si, despues de todo, hubieran perdido algo las otras fracciones frigias con afectar la bondad casi amistosa del posibilismo hacia el Gobierno. El castelarismo ha dado ¿cómo negarlo? ciento y raya á Maquiavelo en este ya largo y provechoso desenvolvimiento de su benevolencia; ha sabido, en resumen, conciliar su republicanismo, cada día más profundo, con su ministerialismo, cada día más sólido. Total: que trabajando incesantemente en pro de sus ideales, y rechazando con altivísimo desden toda alianza, coalicion, connivencia ó pacto transitorio con los que él tiene por malos republicanos, ha prestado á la vez al liberalismo monárquico que informa el Sr. Alonso Martínez el servicio inmenso de obligarle á satisfacer todas las pretensiones

secundarias de su comunión, que, como es natural en las comuniones en desgracia, no son pocas. De modo que, las próximas elecciones provinciales, ni le cogen de susto, ni le obligan á dar más de lo que ha dado; y en su virtud ha podido levantar, como lo ha hecho, ante ellas, con mano firme y á grande altura, el estandarte donde están escritas las dos únicas alianzas posibles del posibilismo amigo de la Guardia civil, que son á saber: la alianza dogmática y eterna con el principio unitario, y la alianza práctica y temporal con los buenos ministerios que le pidan y merezcan una protección decorosa al par que astuta. Imparcialmente hablando, esta inteligentísima conducta del posibilismo tiene mucho que admirar desde el punto de vista artístico. Y si no le sucede lo mismo desde el punto de vista de esa inflexibilidad moral que algunos creen inseparable así de los grupos como de los individuos, no es menos cierto que la política no puede inspirarse siempre en el catecismo; y sinó, que se lo pregunten al Ministerio, á ese Ministerio que el castelarismo sigue protegiendo, y que, según todas las señales, debe estar hecho una jalea, por lo blando y lo dulce, ante cada uno de los nuevos síntomas de esa protección. ¡Con qué placer y con qué gratitud se habrá leído en los despachos felices donde hoy se forjan los rayos del poder responsable, esa alocución última y ministerial de los posibilistas! Á nosotros nos han dicho que lloró, al saborearla, el Consejo en masa. Mas suponemos que habrá exageración en la noticia.

No están, empero, los tiempos para gollerías públicas, ni los pobres gobiernos pueden pescar truchas á calzón enjuto. La desproporción entre las satisfacciones y los disgustos, sigue siendo inmensa para los buenos corazones y las altas inteligencias que se encargan, poco menos que gratis, de la felicidad del mayor número. Á vueltas de esas dos cosas gratas y dignas de encomio, que acabamos, en nuestra imparcialidad, de comentar, registra la historia del naciente Noviembre cosas, casos, hechos y dichos que no han podido, que no han debido, que no han conseguido hacer maldita la gracia al Gobierno. Verbigracia: esas turbas andaluzas que han

asaltado en Jerez, y en otras desgraciadas partes, los molinos, tahonas, cortijos y arrieros, y que, bajo el pretexto de satisfacer su hambre con el más barato de los panes, que es el que no cuesta nada, han dado que trabajar á las autoridades; esas turbas sin conciencia, enemigas de la libertad, que han osado en las barbas de un Gobierno que se tiene á sí mismo, segun *La Correspondencia*, por el más liberal de todas las monarquías terrestres, comprometer el órden, alarmar al País, y desasosegar á los Sres. Ministros; todo hace creer que esas turbas no tienen entrañas. Y como á la vez es notorio que no tienen ni trabajo, ni grande amor á tenerlo, de aquí el que la solicitud gobernante haya tenido que devanarse los sesos hasta acordar que se aumenten las obras públicas en general, y las carreteras en particular: que es lo que la miseria y el salvajismo del proletariado andaluz necesitan, antes que un buen gobierno previsor y enérgico.—Por otra parte, la dignidad ministerial se ha visto obligada á desmentir resuelta y vigorosamente el feo rumor que empezó á nacer y sonar por esas calles y esos periódicos de Dios, ó del diablo, referente al origen de la especie de campaña difamatoria que contra el Sr. Duque de la Torre parece emprendida por algunos diarios extranjeros. Baste decir que se ha hablado de subvenciones cuantiosas, alguna de esas de siete mil francos por un solo artículo; y como quiera que este reverdecimiento hostil, ha coincidido con la actitud presente y antifusionista del ilustre General, de aquí el que la maledicencia de la gente ociosa y desalmada haya supuesto que acaso pudiera haber alguna complicidad oficial española, en esos inexplicables é inexplicados ataques de ciertos órganos de allende el Pirineo. El Gobierno, pues, se ha defendido, y ha hecho bien, de la ruin sospecha, la moral pública se ha tranquilizado, y el Duque de la Torre ha seguido despreciando impertérrito á los autores de tan sucio ardid de guerra, sean los que sean en el fondo. Pero al fin y al cabo, esto no ha podido menos de ser un disgusto más para los Sres. Ministros.—Pues no digamos nada de esa otra especie, nacida tambien y levantada en letras de molde repentinamente, que atribuye al partido conservador-liberal el firme propósito de no reincidir en la ton-

tería desastrosa de volver á sufrir los rigores electorales del procedimiento fusionista, ó lo que es lo mismo, de aconsejar á sus individuos, en el caso improbable de que el sagastismo llegase á presidir otras elecciones generales, que las contemplasen tranquila y prudentemente desde sus casas. Y todo ¿por qué? Porque á los conservadores se nos ha metido en la cabeza que para hacer el caldo gordo á la insensatez fusionista, que para perder distritos y actas por artes de birlibirloque, que para servir de víctima propicia y cándida al centralismo progresista, ó al progresismo centralista, basta y sobra con una vez. Naturalmente, la susceptibilidad ministerial se ha disgustado mucho con la noticia, por un puñado de razones; en primer lugar, eso de no creer los conservadores que ni el País ni ellos merecen otras elecciones sagastinas, le parece el colmo de la aprension; y luego, eso de que la situacion tenga que buscar otra *ánima vilis* sobre quien apoyar la formacion de otra mayoría, cuando llegue el instante de que la actual se descomponga, que ya lo está; eso no se nos ocurre más que á nosotros los pícaros conservadores, que parece que estamos ideando perdurablemente el modo de disgustar á la situacion.—Y sinó, que lo digan los discursos leídos en la inauguracion anual del Ateneo y de la Academia de Jurisprudencia, por sus respectivos presidentes. ¿Qué necesidad tenía, por ejemplo, el Sr. Cánovas, de decir en su última obra maestra oral, aquello de que todavía queda á las naciones un buen trecho de tiempo en que vivir como tales, con progresistas y todo? Ya que la humanidad tenga aún que ver llover mucho antes de organizarse como una sola familia privada, ¿qué bien se hace á los pobres pueblos quitándoles la esperanza con que la escuela liberal procura entretenerles desde el poder, y animarles desde la oposicion? ¿Es así, con estos medios desilusionantes y maquiavélicos, como el Sr. Alonso Martínez tenía el derecho de esperar que el Sr. Cánovas le hiciera la contra? Lo mismo que aquello del Sr. Romero Robledo en su no menos notable discurso, de que cualquiera diría que la Historia se complace en derrocar el edificio de la soberbia humana! ¿A qué viene esto de hablar de soberbias vanas y de derrumbamientos, en un país donde se

está formando una izquierda insensata, que aspira á derrumbar el gobierno más liberal de nuestra historia? ¿Cuándo se ha hecho así la oposicion en los países bien constituídos? ¿No le sobra razon á *El Liberal* para creer que los pícaros conservadores que así escribimos y obramos, lo que pretendemos es envenenar el espíritu de la juventud que nos oye en las Academias, y predisponerla á no seguir el ejemplo de los Vega de Armijo?—Con estos, pues, y otros disgustos análogos, ante los cuales ha empalidecido y eclipsádose cualquiera breve y escasa alegría de su triunfal carrera, ha pasado el Ministerio la última quincena. Por fortuna, el feliz alumbramiento de S. M. la Reina le acaba de deparar una verdadera, una compensadora satisfaccion, y proporcionádole, por vez primera, ocasion y motivo para ver identificado su leal contentamiento con el de la inmensa mayoría de los españoles. Nosotros, que tambien lo compartimos muy sinceramente, damos gracias al Cielo por el feliz suceso, y seguimos deseando á la dinastía todo género de dichas. Respecto á la nueva hija de nuestros Reyes, á la tierna Infanta cuyos ojos acaba de herir la luz de la vida, á la vez que pedimos para ella á Dios salud y virtudes, no puede menos de sonreirnos, ante la idea de su porvenir, la evidencia con que presumimos que cuando llegue á la edad de la razon, ya, de seguro, no habrá en su amada patria fusionistas.

Fusionistas son en el fondo, ó merecen serlo, las noticias de más bulto que nos han llegado estos días del extranjero. Las hijas de un gran geógrafo francés han contraído matrimonio, digámoslo así, por un procedimiento muy semejante al del amor libre, que, como es sabido, simboliza y resume la expresion suprema del espíritu del siglo. Lo único que ha atenuado un poco el radicalismo del acto, ha sido la reminiscencia bíblica de la bendicion paterna, única que ha recaído sobre los contrayentes. Veremos, cuando pase la luna de miel, lo que dura en ellos su recuerdo; y ya nos lo dirán las gaceti-llas de la capital del mundo civilizado. Mientras tanto, nada tendría de extraño que por algunos de nuestros hombres de Estado se empezase á estudiar el nuevo sistema, aunque no fuese más que por

avergonzar una vez más al criterio conservador.—Las últimas elecciones italianas han dado mayoría á los actuales ministros del Rey Humberto, de origen republicano, y por este lado nada tiene que temer, á juicio de los mayores liberales dentro de la monarquía, la causa de la libertad. Y lo mismo puede decirse de la gran república norte-americana, donde la democracia rival del republicanismo gobernante parece salir victoriosa del fondo del sufragio, y prepararse á regenerar, ó cosa así, la administracion de las prevaricaciones gigantescas. Respecto al discurso-programa leído por el ministerio francés al reanudarse las tareas parlamentarias en la vecina república, que la prensa europea califica de especie de memorial de gobierno necesitado, sólo diremos que, sin saber por qué, nos parece que va á parecersele mucho el primer discurso del Sr. Sagasta en las Cortes. Desgraciadamente, cada pueblo tiene el Mr. Duclerc que merece.

G.



MOVIMIENTO
CIENTÍFICO Y LITERARIO
EN EL EXTRANJERO.

Siguiendo el camino indicado por muchos sabios católicos y despejado por la Encíclica de 4 de agosto de 1879 sobre la doctrina de Santo Tomás, el P. Luis de San, de la Compañía de Jesús, ha comenzado á publicar sus *Instituciones de Metafísica*, tratando en la primera parte de la *Cosmología*. Los nueve capítulos que contiene el volumen tienen por objeto el *nauteismo*, la *constitución de los cuerpos*, su *cantidad*, su *figura*, su *actividad*, sus *accidentes*, el *movimiento*, el *espacio* y el *tiempo*, y en todos ellos el sabio tomista demuestra sus profundos conocimientos y la pureza de su doctrina. Su *Cosmología* no es, como otras, una compilación más ó menos afortunada de otros trabajos, sino una exposición nueva de la ciencia de los cuerpos en general. Aprovechándose de los estudios de otros célebres tomistas modernos, el P. de San sabe apropiárselos y darles carácter personal, añadiendo al mérito de su erudición y sólida doctrina, el de una refutación viva y enérgica de los sofismas del siglo pasado y de los errores del presente. La obra está escrita en latín de pureza relativa y claridad absoluta, siguiendo así la tradición de la Iglesia en las publicaciones filosóficas, tan precisa en su lenguaje. El trabajo es recomendable, no solamente á los profesores de filosofía, sino también á los que se interesan en las grandes cuestiones metafísicas. Los aficionados esperan con ansiedad la *Psicología* y la *Teodicea*, que en breve aparecerán (1).

(1) *Institutiones metaphisicæ specialis*. T. I. *Cosmología*. Pars prima, par le R. P. de San.—Louvain, Fonteyn, 1881.

El libro, premiado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París, que lleva por título *Du rôle de l'Etat dans l'ordre économique*, es ciertamente digno de mención y su autor acreedor al premio obtenido y á los aplausos de la crítica. La doctrina económica que aparece en el trabajo de Edmundo Villey es contraria á lo que suele llamarse el socialismo del Estado ó sea, á dar cierta extensión las atribuciones gubernamentales, que atacan profundamente á las libertades esenciales de la vida privada. Comienza la obra por una introducción filosófica en que, partiendo de sólidos principios, analiza el Estado y el individuo, creyendo que los derechos de aquél son un medio necesario, pero que están subordinados á los de éste, y que el interés del Estado es algo más que la suma de los intereses de los individuos, pues abarca lo pasado, lo presente y lo porvenir. En la clasificación de las atribuciones *naturales y necesarias* del Estado hay algo de arbitrario; pero el resto del libro tiene abundancia de doctrina, buen método y soluciones racionales en ciertas cuestiones. Combate la intervención del Estado en la dirección de la industria, en los cambios comerciales, en la limitación de las horas de trabajo en los adultos y en el seguro obligatorio; rechaza con energía la explotación oficial de los caminos de hierro; se declara partidario de la libertad de enseñanza en todos sus grados, condena la gratuita, se burla de la libertad de la enseñanza superior cuando el Estado se reserva los programas, y pide la separación de la Iglesia y el Estado con ciertas condiciones, reconociéndole á aquélla el derecho de adquirir y poseer racionalmente limitado. En resumen, es un libro serio, que debe estudiarse por todos los aficionados á conocer las cuestiones económicas y sociales (1).

Mr. J. Loth ha publicado también en París una Memoria que llama *Ensayo sobre el verbo neocéltico en irlandés antiguo y en los dialectos modernos*, donde se encuentran reunidas por primera vez las formas tan variadas que la conjugación ofrece en los dialectos neocélticos de todos los tiempos. En buen orden y con método claro, reúne gran número de voces prestadas á los dialectos modernos que no se hallan en ningún otro trabajo sobre la materia, ofreciendo gran facilidad para el estudio y mereciendo el trabajo

(1) *Du rôle de l'Etat dans l'ordre économique*, par Edmond Villey. —París, Guillaumin, 1882.—1 vol., 8 frs.

concienzudo de Mr. Loth elogios de todos los peritos en la lengua celta. La semejanza que ofrecen ciertas formas neocélticas con otras del dialecto bretón lleva al autor á sacar consecuencias un tanto apasionadas; pero en todo caso, su trabajo ofrece un cuadro completo del verbo y una multitud de observaciones interesantes sobre su historia, que nadie había hecho antes que él. Este es seguramente el mérito principal de su Memoria, y por el cual merece aplauso (1).

El Congreso geográfico de Venecia concedió un diploma de honor á la gran obra etnográfica que comprende todas las nacionalidades que componen el Imperio austro húngaro. Los dos primeros tomos, que tratan del Tirol, han sido escritos por el doctor Josef Egger y en ellos describe la naturaleza y el carácter geográfico del país que habita la raza de que trata, pasa después á la parte histórica, al estudio de la religión, de la vida intelectual y del desenvolvimiento social y económico, concluyendo así su trabajo sobre el pasado de aquella comarca. En lo que toca al presente, trata de la posición especial de la nacionalidad frente al gran todo, y del desenvolvimiento del espíritu nacional: da noticias de estadística y de geografía administrativa, describe las costumbres, habla de las leyendas, de los cantos populares y del desenvolvimiento intelectual de los tiempos modernos; por último, expone la posición de esta nacionalidad respecto de las otras que constituyen el Imperio. La obra, á juzgar por la parte conocida, será una de las mejores que sobre etnografía se han escrito en los tiempos modernos, pues el editor ha cuidado de confiar cada comarca del Imperio á las personas más peritas en la materia de cada país (2).

Es Wurtemberg uno de los países sobre que más y mejor se ha escrito de historia. Sattler, Ranke, Staclin, Heyd, Kugler, Ulmann, Rommel, Bucholz, y últimamente el joven bibliotecario de Heidelberg, Jacob Willer, han publicado trabajos interesantísimos de este ducado. El último que ha visto la luz pública comprende un corto período que Willer ha ilustrado con nuevos documentos hallados en los archivos de Munich, Weimar y Marbourg. Está

(1) *Essai sur le verbe neoceltique en irlandais ancien et dans les dialectes modernes, son caractère et ses transformations*, par J. Loth. —Paris, Leroux, 1882.

(2) *Die Tiroler und Norarlberger*, von Dr. Josef Egger.

lleno de datos y noticias, así como de documentos diplomáticos del mayor interés, y bien que en lenguaje demasiado sobrio é incoloro, el autor muestra juicio sereno y suma imparcialidad acerca de los hombres y de los partidos, cualidades que hacen indispensable su libro para todos los que deseen conocer la historia de Wurtemberg en el siglo XVI (1).

Uno de los más eminentes santos que ha producido la Orden de Predicadores es el español San Luis Beltrán, apóstol de Nueva Granada y superior del convento de Valencia. Su vida se había ya escrito varias veces por los religiosos Antist, Aviñón y J. B. Feuillet, apareciendo en ella las virtudes y trabajos del célebre dominico. Con presencia de todos y auxiliado por los Bolandos, ha hecho una nueva, que se ha publicado en Londres, el P. Welberforce, notabilísima por el orden y sencillez con que presenta los hechos del santo y por su estilo ameno y lleno de unción religiosa (2).

Desde que se celebró en Florencia el cuarto centenario del nacimiento de Maquiavelo, el año de 1869, numerosos volúmenes se han publicado acerca de su vida y escritos. Tal vez la obra más interesante sobre esta materia es la que acaba de terminar Pascual Villari y dado á luz en tres tomos en Florencia, pues su trabajo no es una simple biografía, no es una apología ni un libro de polémica, sino un estudio de crítica histórica en que Maquiavelo aparece en su vida, en sus obras y en la sociedad en que vivió. Presentando los hechos con exactitud, el autor ofrece campo al lector para que forme juicio propio, ya que el suyo en ocasiones es por demás apasionado.

La introducción acerca del Renacimiento italiano, bajo el punto de vista político, moral y literario, ofrece sucesivamente un cuadro del papel político y social que representaron Milán, Florencia, Venecia, Roma y Nápoles; expone el movimiento literario desde Petrarca á Maquiavelo, y resume la situación política de Italia á fines del siglo XV. Esta introducción, que por sí sola constituye un libro, ha sido escrita con presencia de los últimos trabajos históricos sobre aquel siglo, y en ella se presentan los he-

(1) *Philipp der Grossmüthige un die Restitution ulvichs von Wirtemberg (1526-1535)*, von Dr. Jakob Willer.—Tubingen, Laupp, 1882.

(2) *The Life of St. Lewis Bertrand*, by fater Bertrand Wilberforce.—London, Burns and Oates, 1882.

chos en un cuadro luminoso, juzgando de ellos con la elevación y serenidad de espíritu de un verdadero crítico.

Dos grandes épocas de la vida de Maquiavelo se contienen en el segundo y tercer tomo de la obra de Villari; la primera abarca la época de su actividad política; la segunda, la de sus trabajos literarios. Comprende aquélla la biografía del personaje desde su nacimiento hasta la restauración de los Médicis en 1512, año en que, por consecuencia de este acontecimiento, dejó Maquiavelo los asuntos públicos y cesó en la secretaría de la República de Florencia. En este período, el autor del libro nos presenta al gran político en sus embajadas, especialmente en la de Romaña, cerca de César Borgia (1503), de quien el carácter emprendedor y grandiosa ambición subyugan al autor de *El Príncipe*, cuyo modelo es seguro que lo tuvo en el famosísimo Duque de Valentinóis, su grande amigo. La correspondencia de Maquiavelo con Francisco Vittori, Embajador entonces de Florencia en Roma, la ofrece y analiza también en este tomo Villari, y tiene gran interés porque demuestra, no sólo la situación del espíritu de Maquiavelo en aquella época, sino también sus grandes pensamientos políticos. Sigue un examen ligero de los principales escritos de Maquiavelo, con ciertas consideraciones sobre la literatura política de la Edad Media y del Renacimiento y un hermosísimo paralelo entre él y Guichardini, que da por resumen la figura de éste como la de un hombre de Estado, y la de aquél como la de un pensador especulativo. Expone después el autor *Los discursos sobre las Décadas de Tito Livio*, haciendo un examen muy importante de ellos, y concluye este segundo tomo con el de *El Príncipe*, en que agrupa todos los juicios que sobre obra tan famosa han escrito los autores antiguos y modernos. En todo este volumen, Villari se afana por disculpar la inmoralidad de ciertos principios políticos enunciados por Maquiavelo, y si bien no lo consigue en absoluto, algo la atenúa el sentimiento elevado y patriótico que los inspiraba.

En el tomo tercero analiza el biógrafo el discurso sobre *Las reformas necesarias en el Estado de Florencia*, y principalmente el de *El arte de la guerra*, que lo considera como complemento de los *Discursos* y de *El Príncipe*, creyendo que en éste Maquiavelo muestra de qué manera un conquistador ó un legislador puede fundar la unidad del Estado; en los *Discursos* manifiesta qué virtudes debe tener un pueblo que quiere sostener en su patria la libertad y la

prosperidad; y en *El arte de la guerra* declara que los ejércitos nacionales y populares son los que pueden hacer estables las libertades. Las *Historias florentinas* son también analizadas por Villari, según el cual, Maquiavelo debe colocarse entre los mejores historiadores; pues si en esta obra no brilla la investigación y novedad de los hechos, en cambio encierra un sentido político que ninguno antes que él había dado á la historia. El examen de la *Mandragora* viene al final de la obra de que tratamos, y de él se deduce la gran importancia que esta comedia tiene en el teatro italiano por las ideas sociales que encierra, por el cuadro de costumbres que representa y por la forma primorosa en que está escrita. Muchos documentos y todos muy interesantes acompañan á los tres tomos de la obra de Villari, que seguramente puede colocarse entre las mejores que en Italia se han escrito en estos últimos años (1).

El Dr. Edmundo Schebek, de cuyo libro sobre Wallenstein nos ocupamos en uno de los números anteriores, acaba de publicar otro sobre el mismo personaje, para depurar algunos puntos que dejó en duda en su trabajo anterior. El principal de éstos es la idea que enunció de que Kinsky, que negociaba en Dresde con los enviados franceses por cuenta del Duque de Friedland, podía ser un personaje ficticio. A probar que en efecto lo era destina la mayor parte de este volumen, y por el examen detenido de documentos, que se refieren á la vida y al papel político del verdadero Conde Guillermo Kinsky, llega á fuerza de sagaces y minuciosas deducciones á confirmar que el agente que negoció en Dresde con Feuquieres y Duhamel, no era sino un agente de Slavata, el más encarnizado y el más hábil de los enemigos de Wallenstein. El autor comprende que su suposición producirá polémica; pero se manifiesta dispuesto á sostenerla con igual brío que plantea su afirmación. El libro es interesante por el asunto y por ser continuación de un notabilísimo trabajo anterior (2).

C.

(1) *Niccolo Maquiaveli e i suoi tempi illustrati con nuovi documenti*, par Pascuali Villari.—Firenze, Le Monnier, 1882.—3 vols.

(2) *Kinsky und Fenquière Naehtrag sur Lösung der Wallensteinfrage*, von Dr. Edmund Schebek.—Berlin, Verlag von Theodor Hoffmann.—1882.